



COORDINADORA 19 DE DICIEMBRE

***POR NUESTRAS
MUERTAS, TODA
UNA VIDA
DE LUCHA***

Historias de Femicidios

POR NUESTRAS MUERTAS, TODA UNA VIDA DE LUCHA

HISTORIAS DE FEMINICIDIOS



POR NUESTRAS MUERTAS, TODA UNA VIDA DE LUCHA HISTORIAS DE FEMINICIDIOS

Primera edición: junio 2024

Recopilación y edición: Coordinadora 19 de Diciembre

Portada: Ser&Gráfica

Ilustradoras

@lv.styleart

@varda.aurora

@kikiylabocatequedadondemismo

@cata._guerrero

@gaune_x

@unagata.grafika

@frinealejo

@daconte_villar

@dosagapantos

@valentina_ilustra

@pawlanopaola

@nave.estrellada

@_light.baby

@cony_carolinadf

@noestamostodas

Editoras

Gabriela Aguilera Valdivia

Ana María Devaud

Leticia Herrera Cubillos

Paola Carrasco Rojas

Marcela del Sol-Hallett

Miranda Montealegre Barros

Pía Barros

 **HEINRICH
BÖLL
STIFTUNG**
SANTIAGO
DE CHILE



Por nuestras muertas...

Toda una vida de lucha...

Poner en valor la vida, nuestra vida, la de todas, tantas, vivas y presentes, compañeras permanentes y siempre vivas... El feminismo se camina y sus luchas se transitan en la esperanza cotidiana de la supervivencia... Para muchas de nuestras hermanas ha sido sin clemencia. Las que quedamos de pie, continuamos con el dolor a cuestas, pero la memoria viva, más que nunca... No cargamos a nuestras muertas, las llevamos dentro, las sentimos en profundo y las honramos un mundo y otro, de ser necesario. Valoramos y compartimos sus sueños, que hoy urdimos con los nuestros, reconocemos su posición como nuestro frente y tomamos la decisión de continuarlas en vida y jamás perdidas. En el horror de este mundo viril... no nos dejan coexistir... Un sitio seguro. ¡No basta!... Cerramos los ojos y las volvemos a ver ir y venir, juntas, acompañándonos... Sabemos del riesgo de ser, amar y caer... Nos levantamos a pulso y virtud, a nuestro pesar la inquietud del perecer y el crimen habitual de un sistema patriarcal, perfecto en su violencia, ajeno en su inconsistencia que no articula para nosotras, ni cuidados, ni derechos, ni urgencia a nuestras vidas emancipadas, mucho menos justicia. Sí, acá seguimos y estamos, no nos vamos, continuamos. A fuerza de luchas que persisten, por todas las que en cuerpa individual no existen, más en el alma colectiva subsisten sin dejar de ser. No les dejaron ser, arrancadas, fragmentadas, violentadas... Tantas de las nuestras, arrojadas, flores sueltas, desatadas, enraizadas... Nuevamente sembradas, en constante persistir, memoria y linaje... Nos narramos, fortalecidas, bravas y erguidas, a fuerza de la valentía, que nos ofrendan en oscuro

sacrificio las que existían, también morían, a mano, en manos, del profundo y vano machismo patriarcal. No nos iremos sin justicia, sin gloria y memoria para nuestras muertas, nuestras compañeras, las primeras e infinitas... Nuestras flores eternas, almas enteras... Nuestra lucha, se enciende, ilumina con vuestra infinita primavera... El horizonte ver arder, volverte a ver.

Poner en valor la vida que nos hermana, el aire que moviliza el sentir, el fuego que enciende lucha, crepita fuerte y sostenido el fragor de nuestra luna, nos arrulla, purga, sana... La voluntad ya no clama. Inflama el sol supremo de un sistema criminal... A nuestro jardín sembrado ni un vendaval va a arrasar... Vueltas tierra, nuestras cuerpos liberadas.

Junio, 2024.

Colectiva “Ser&Gráfica”.

Diseños para publicación de nuestras compañeras
de la Coordinadora 19 de Diciembre.



A las mujeres y niñas, víctimas de feminicidios, y a sus familias, quienes con mucho dolor compartieron sus testimonios, porque tanto ellas como nosotras, nos hemos impuesto la obligación de No olvidarlas.

Índice

PRÓLOGO	11
I. CASTIGO FEMINICIDA	15
1. Valeria Arenas Contreras	16
2. Michelle y Valentina Jaque Aravena	26
3. Javiera Neira Oportus	36
REFLEXIONES SOBRE CASTIGO FEMINICIDA	46
II. FEMINICIDIO	51
1. Fahíme Díaz Dervich	52
2. Paulina Gatica González	59
3. Joyce Tello Avilés	66
4. Lorena Baeza Celis	77
5. Catalina Navarrete Segura	83
6. Camila Villavicencio Casanueva	90
REFLEXIONES SOBRE FEMINICIDIO	101
III. SUICIDIO FEMINICIDA	105
1. Catalina Antonia Zúñiga Melero	106
2. Amira Godoy Guerrero	114
3. Anaís Godoy Ramírez	125
4. Francisca Moll Moreno	133
REFLEXIONES SOBRE SUICIDIO FEMINICIDA	143
IV. FEMINICIDIO CON DESAPARICIÓN	149
1. Javiera Jiménez Galleguillos	150
2. Rennatta Rozas Sáez	158
REFLEXIÓN SOBRE DESAPARICIÓN FORZADA DE MUJERES Y NIÑAS: UN DESAFÍO URGENTE	169
IV. EPÍLOGO: FUNDACIÓN HEINRICH BÖLL	175

Prólogo

Gabriela Rochín Navarro
Creadora de *Los zapatos de Catalina*
Escritora y activista mexicana

Agradezco a cada una de las valientes mujeres que, en nombre de quienes ya no pueden hacerlo, comparten las historias de vida –y muerte– que componen este libro. En especial, gracias a Claudia Neira Oportus y a la Coordinadora 19 de Diciembre, con quienes tuve el honor de coincidir en Santiago de Chile a finales del año 2022 para la conmemoración del Día Nacional contra el Femicidio el 19 de diciembre, fecha que marcó su vida y la de tantas otras que nos unimos y acompañamos en esta digna lucha. Qué pena tremenda, y a la vez qué indispensable, es que necesitemos y demandemos días nacionales e internacionales para evocar y conmemorar aquello que nunca debió suceder. Ojalá que no nos viéramos obligadas a tener que ser tan valientes.

Ser mujer en este mundo –en cualquier rincón de este mundo– todavía significa comprender, tarde o temprano, que en algún punto de nuestras vidas experimentaremos dominación, abuso, injusticia, cosificación, crueldad, discriminación por el simple hecho de ser mujeres. Contamos las historias de cada una para cambiar esto y poder construir otras formas, realidades y futuros posibles.

Leer las páginas de este libro, me tocó por dentro y provocó mi llanto una y otra vez. Un llanto lleno de dolor, tristeza,

rabia y luto, pero también un llanto que brota de la dignidad, fuerza, empatía y esperanza porque juntas seguimos exigiendo lo que por derecho siempre debimos tener: una vida libre de violencias para todas. El llanto que viene con la aceptación de la responsabilidad de no callar, no rendirnos, no soltarnos y no dejar de soñar que nuestras vidas puedan ser distintas y mejores.

No estamos todas porque nos están matando. Nombro a Valeria, Michelle, Valentina, Javiera, Fahíme, Paulina, Joyce, Lorena, Catalina, Camila, Catalina, Amira, Anaís, Francisca, Javiera y Rennatta; víctimas de las formas más extremas, criminales y brutales de la violencia machista contra mujeres y niñas. Ellas (y también las que han sido arrebatadas de sus vidas y que no aparecen entre estas páginas) no debieron morir, pero mientras sigamos luchando por la visibilización, sensibilización y evolución de nuestras sociedades hacia realidades más justas, equitativas y amorosas para con nosotras, en cierta forma, no morirán. Ellas, de ese modo, siguen vivas aquí entre nosotros.

Por nuestras muertas, toda una vida de lucha es un proyecto potente, necesario y urgente que evidencia la posición que, a lo largo de la historia, las autoridades y la sociedad han asumido frente a las violencias machistas: una postura de naturalización, minimización, justificación y tolerancia, producto del desconocimiento y la indolencia, pero también del sistema patriarcal: ese sistema de creencias y prácticas de dominio institucionalizado que mantiene la subordinación e invisibilización de las mujeres, que genera condiciones aplastantes de desigualdad estructural y sistémica.

Cada uno de los testimonios contenidos en este libro es un espejo para mirarnos. Son historias individuales y familiares, pero también es nuestra historia social y colectiva. Toda idea y emoción que surjan al conocerlas y reconocerlas, si nos lo permitimos, podrán ir tomando un lugar en nuestro pensar, sentir y actuar para promover la construcción de una mirada a nuestra propia vida, identificando las violencias –todas– con el fin de cuestionar ahora al sistema patriarcal y sus múltiples tentáculos que se extienden y manifiestan en todos los niveles de las diferentes instituciones públicas y privadas. Cuestionemos al sistema, no a las mujeres.

Lo he dicho antes, escribo como experta en nada: ni en violencia, ni en feminismo, ni en literatura. Ni siquiera experta en mí misma. Escribo desde ser mujer, nada más. Lo he reflexionado tanto: ¿dónde comienza la violencia hacia nosotras? Y sobre todo, ¿dónde acaba? ¿Cómo? ¿Y cuándo? Porque ya lo sabemos, lo hemos vivido de sobra: cuando una niña o mujer es violentada, no se lastima a una, no acaba ahí, todas resultamos heridas.

Soy una escritora que a veces, como esta vez, se queda sin más palabras. Que el futuro sea un buen lugar, por lo menos uno donde un libro como este ya no sea necesario ni urgente.

CASTIGO FEMINICIDA

I “¿Quién sería el viento bajo esas alas?
¿Cuántas veces nuestras alas de ahora
se mueven con el puro recuerdo de
aquel viento? Sólo se mueren las que
nunca pudieron hacer a otros imaginar
la eternidad. Ella sigue moviéndose,
como una diosa de agua, en los
recuerdos de quienes la vimos bailar
alguna vez”.

Ángeles Mastretta

1. VALERIA ARENAS CONTRERAS

Valeria tenía 5 años el 4 de marzo del 2000 cuando, siendo una niña, fue asesinada por su padre, quien posteriormente se suicidó, en San Bernardo.



Constanza Donoso
@cony_carolinadf

Vale, la amiga de todos.

La noticia que mi marido había asesinado a mi pequeña Valeria, salió en la televisión y en los diarios, como suele ocurrir, pero dado que era uniformado, lo taparon y rápidamente dejó de estar en la prensa. No se podía hablar mal de él.

Hasta el día de hoy no me recupero, algo importante de mí se fue para siempre.

Nadie respondió por este crimen y se confabularon para callar esta brutalidad.

Mi marido, con quien ya estaba separada, me llamó temprano en la mañana para decirme que había matado a mi niña. Corrí al lugar y no me dejaron entrar. A los minutos escuché el disparo con el que el femicida se quitó la vida y con ello, quitó también, cualquier esperanza de justicia para nosotras.

Viví violencia desde el pololeo, siempre creyendo que nunca más lo haría y presa de todos los perdones que él pedía. Fueron muchos los años de maltratos. Me sentía insignificante, fea, hasta que encontré una salida para mí y mi Vale, y me puse a estudiar. Estudié técnico paramédico. Ahí me sentí fortachona, importante. Qué podía mantenerme. La vida me cambió al sentir que la pega la hacía bien, que los pacientes me querían. Ya no me sentía enjaulada como estaba.

Después de la separación nos fuimos a vivir con mi madre, quien tenía una casa de reposo. Ese era nuestro hogar feliz, porque la Vale adoraba a los abuelos y los abuelos la amaban.

Su padre podía llevársela, cuando estaba de franco, durante el día para pasear y compartir.

Es complejo llamarlo padre, siempre creímos que la quería, la muerte o una violencia hacia ella, nunca fue una posibilidad, hasta que ocurrió.

Pedí ayuda muchas veces, cuando me pegaba, cuando me amenazaba y nunca obtuve respuesta. Era tanta mi desesperación que un día fui a pedir ayuda a la 48° Comisaría de la Familia. Sólo pedía que lo viera un psicólogo, ni siquiera buscaba sanciones. Nadie me tomó en cuenta, nadie me escuchó. Como siempre, se tapaban entre ellos. Después de la muerte de mi niña, demandé a la institución, pero obviamente perdí. Más encima, comenzaron a cuestionarme, diciendo por qué, si consideraba que mi marido estaba loco, había permitido encuentros con mi hija.

Ni siquiera después de la muerte de mi Vale recibí apoyo de la institución, nada, ni antes ni después. ¡Nada! Siempre he sentido que, de haber sido escuchada, todavía estaría junto a ella. Eran otros tiempos, la familia tampoco daba mucha importancia a los maltratos. Me faltó una amiga, una oreja, un consejo...

Ahora sigo pensando que, si hubiera hecho esto, o lo otro, mi niña estaría viva. Y muchas veces pienso ¿por qué no lo aguanté? Quizás si me hubiese quedado callada, hubiese aguantado todas sus infidelidades, todas sus golpizas, mi hija estaría acá, creciendo junto a mí.

Nos marcó tanto una vez, ya separados, cuando yo quería regalarle un computador a la Vale para Navidad. Habían salido esos computadores de juguete, recién no más. Eran caros en ese tiempo. Trabajaba en el hospital e hice muchos turnos extras para poder comprarlo. ¡Y se lo compré para Navidad! Era moradito, bien bonito, estaba tan feliz, lo único que quería era ver su cara. En la casa de mi mamá había un patio grande y siempre para Navidad me gusta adornar mucho, entonces estaba poniendo la mesa bien bonita y todo, cuando de repente lo vi ahí parado. ¡Ah! me dijo, “¿estai contenta conchetumare?” “¿Qué estai haciendo acá?”, le dije. El respondió, “vengo a darte tu regalo”, sacó el revólver y me lo puso en la cabeza. Después de unos eternos segundos, me dice, “sabi qué no te voy a disparar hueona porque mi bala vale mucho pa’ tan poca hueona como tú”. Le respondí, “sabi qué, dispara. Porque me tienes tan cansada. Tan aburrida. Sería mi descanso, dispárame, hueón, dispara”. Y ahí, él se dio la media vuelta y se fue. Nos amargó toda la noche, *poh*.

Ese era su estilo. El estilo que, si no quería tener relaciones con él, con la pistola en la cabeza, pues. Esa era su mejor arma, literalmente. La pistola en la cabeza me la puso muchas veces. Y eso mismo era lo que les relataba cada vez que iba a poner una denuncia.

Una vez me tuve que arrancar para el Sur, a la casa de mi abuela. Estuvimos ahí dos semanas escondidas. A esa altura, ya no quería más, *poh*. Sólo quería que entendiera que el matrimonio se había acabado, se había terminado el amor, se había acabado todo.

Un día llegó y habló con la Vale, “*quiero conversar contigo*” y agregó, “*nosotros con tu mamá hemos decidido separarnos*”. Ella le contestó, “*¡ah!, me parece muy bien, porque mira, mi tata con mi lela están separados. Y ahora son grandes amigos. Y conversan y no pelean. Entonces ustedes pueden llegar a lo mismo. Pero sí lo que no te voy a perdonar, es que no te acuerdes de mi cumpleaños y no me llesves al McDonald*”. Esa fue la peor respuesta, porque él pensaba que le diría no, no se separen, yo quiero verlos juntos y no fue así.

El 4 de marzo del 2000, el padre de la Vale la llevó a comprar un regalo para un cumpleaños. Cuando llegaron a su departamento ella se encontró con sus amiguitos. El día anterior yo había sufrido una gran crisis producto, una vez más, de sus violencias. El médico de la casa de reposo me puso suero con diazepam para calmarme, así es que dormí profundamente.

Como yo dormía, el padre de mi hija le habló a mi mamá para pedirle que la Vale se quedara con él esa noche porque estaba jugando con los niños a disfrazarse y que la regresaría al día siguiente a las 10:00 de la mañana. Y la Vale le dijo a mi mamá “*Lela, deja quedarme, que estoy entretenida, que aquí duermo con mi papito*”, y mi mamá dijo que bueno. Y al otro día a las 7:00 de la mañana, el femicida, llamó para decir, “*maté a tu hija, conchetumare*”. Él lo tenía todo planificado.

No sé cómo me saqué el suero, cómo me vestí y corrí. Corrí a los pacos y les dije que mi marido había matado a mi niña. Y fueron para allá. Él ya le había avisado a todo el mundo pa’ despedirse. A mi hermana, a su mamá, su hermano y al teniente.

Me fui al departamento con mi mamá, sin llaves ni nada. Cuando llegaron los pacos no quisieron abrir porque, según ellos, era un recinto privado y no podían abrir. Les insistí cuanto pude, les decía que él había llamado diciendo que había matado a mi hija, sin embargo, se negaron a abrir el departamento, a pesar de los gritos y los ruegos para que me dejaran entrar. Todo era evidente. Yo seguía pensando que al entrar iba a encontrar a mi niña viva debajo de la mesa del comedor.

En eso llega el teniente, golpea la puerta y se siente el balazo. Estaba vivo, me estaba esperando para matarme. Pero llegaron los pacos primero. Si hubiesen entrado al tiro, lo habrían pillado vivo. Pero no, no entraron. Fue más importante respetar la propiedad privada. Yo creo que matándose él, me libró de irme a la cárcel, porque era tanta la rabia, tanto el dolor y la impotencia, que yo creo que lo hubiese matado.

Cuando fui a reconocer a la Valita al Instituto Médico Legal, un funcionario me dijo, “*señora, al más mínimo escándalo usted sale*”. Hasta hoy me resuenan esas palabras frías e indolentes. Mi hija estaba muerta sobre una mesa de vidrio y me preguntaron si esa niña sin vida era mi Vale. No sabía qué hacer, estaba tan bloqueada, asustada que me sacaran del lugar por lo que había dicho el funcionario, que ni siquiera lloraba. Luego, me dicen que la vistiera, que si le quería poner alguna ropa especial, pero mi mamá decidió hacerlo ella. Yo sólo la tocaba, y ese hielo en las manos se me quedó impregnado por muchos meses. Le tocaba sus piernecitas y le contaba que la había acostado con su uniforme de colegio, porque le gustaba tanto. Le quería limpiar su pelito, porque

estaba tieso en sangre, pero no me dejaron. Quería tomarle las manitos y tampoco me dejaron. Entonces le hablaba y le decía, *“hija, dime que no, dime que es una broma, despierta, hija, por favor, despierta. Hijita no me dejes sola”*, intentaba tomarla, quería llevármela y ahí me sacaron de la sala.

Me sentía tan culpable, porque me había pedido una Barbie, como una semana atrás y le había dicho *“yo te la voy a regalar, pero a fin de mes, cuando me paguen y vamos las dos a comprarla”*, pero no alcancé.

Y fui a comprarla y se la puse arriba de su cajón. Y adentro le dejé su mochila con su colación favorita, galletas morochas con jugo. También su peluche regalón.

La Vale fue muy amiga de todos, cuando pasábamos por el supermercado, saludaba a todos. Conocía el caballero de las llaves, de la lavandería, de las flores, del diario ¡eran todos amigos! Del jardín la habían llevado a aprender cómo se hacían las pizzas, cómo se hacía el pan y obvio, que se hizo amiga del gerente.

El día de su funeral, cuando llegamos al cementerio había como cuatro personas del supermercado, con delantal blanco y una corona ¡enorme! La corona decía: Adiós amiga.

Cuando la sepultamos, yo no quise saber nada de nada. Todo eso lo hizo mi mamá. De hecho, aún tengo mi mente en blanco sobre quién fue, quién estaba.

Un día soñé con la Vale. Eran tiempos de pandemia. Soñé que la iba a ver al cementerio. Y que ella estaba allí con su

buzo del jardín y que estaba en posición fetal. Y le digo, *¿qué estai haciendo así? ¡Te van a doler tus piernas!* Y en sueños, me respondió, *“¡Ay!, es que mamá aquí está todo lleno. Está todo lleno, mira para allá”*. Y yo miro, y está todo lleno de flores, y se supone que donde hay muchas flores, hay gente sepultada, y me dijo, *“mira para allá, allá está oscuro y está lleno de cajones, mamá”*.

Ahí lloré, y lloré mucho y al otro día tenía que ir a trabajar. Estuve todo el día llorando, sin poder ir al cementerio, porque no dejaban entrar por la pandemia. Mi hijo me dijo vamos al cementerio, por último, la miras de afuerita para que te quedes más tranquila. Los guardias que conocían la historia me vieron mal, hablaron con el administrador y así me dieron permiso pa' entrar.

Ahí vi que la parte oscura que me mostraba en el sueño, antes estaba llena de árboles y los habían sacado todos y la muralla la habían pintado verde bien oscura y habían puesto nichos. Entendí que esos eran los cajones de los que me hablaba en el sueño y decidí cambiarla de lugar.

A la Vale la cambié de cementerio, fue un proceso terrible. Pero no me arrepiento. Donde está ella ahora, es mucho más lindo.

El cambio se hizo el 4 de marzo de 2021, gracias al apoyo de mucha gente. Ahí pude hacer, lo que no pude hacer antes. La esperé con muchas flores. Muchas flores. Tiramos muchos globos blancos al cielo. La esperé con música. Con la música que a nosotras nos identificaba. Le canté. Tomé su cajoncito

y la abracé. Y fue todo como una ceremonia. El hecho de haberla vuelto a tomar, ya fue algo lindo para mí. Aunque hubiesen sido sólo sus huesitos. Aquí está mi hermosita me decía para mis adentros.

Fue un dolor muy grande ese traslado, pero luego vino la conformidad.

A veces recordar no es cosa fácil. A veces hay cositas que se confunden y ahí está mi familia, hablando siempre de mi hija, luchando contra el olvido. De vez en cuando vemos los vídeos de sus cumpleaños. Una vez, le dije a mi hijo, *“te quiero presentar a tu hermanita, para que veas cómo era ella, cómo actuaba, cómo corría, cómo reía. Para que tengas una imagen de la Vale, de quién siempre te estoy hablando. No sólo un nombre”*. Nos acostamos a ver el vídeo, y él me dijo, *“oye, mamita, es muy picúa mi hermana... es muy linda, muy preciosa”*.

Recuerdo también que la primera vez que llovió, después de la muerte de la Vale me desesperé. Me volví loca. Lloré y lloré. A las 3:00 de la mañana me tuvieron que llevar al cementerio. Porque no soportaba que mi hija se estuviera mojando. Sentir que mi niña se estuviera mojando me enloquecía. Con el sólo recuerdo se me hace un nudo en la garganta. Por qué mi hija se tenía que mojar, si yo la había protegido tanto, del frío, del calor, del agua, de todo. No entendía por qué ese pedacito de carne que estuvo dentro de mi guatita, que amaba con todo mi corazón, estaba metros bajo tierra.

Todas las navidades me pregunto qué me habría pedido de regalo.

La Vale hoy tendría 29 años.

Para su cumpleaños le gustaba que hiciéramos un arco. Entonces, todavía para cada Navidad y cumpleaños le hago un arco de globos, llenos de colores. Y le hablo, y me disculpo porque no puedo llorar, y siento el nudo, y me duele. Y en los sueños, me dice, *“mamita, yo siempre estoy contigo. Jamás, me he alejado de ti, siempre, siempre estoy contigo, yo te miro”*.

Me intenté matar muchas veces y no me resultaba. Me llevaban casi muerta al hospital. Hasta que una vez escuché a mi mamá hablando con una amiga y lloraba tanto, y le decía, *“no sé qué hacer. Se me fue lo más lindo de mi vida. Lo que yo más amaba, mi niña preciosa y ahora, mi hija se me está muriendo en vida”*. Oír el sufrimiento de mi madre, me hizo retroceder con mis intentos de suicidio. Y decidí tener un hijo, alguien que me permitiera aferrarme a la vida.

Con pena, con llanto, pero pude empezar de nuevo. Y volví a tener fuerzas, a vincularme con la vida.

En mi familia siempre se habla mucho de la Valita. Para la Navidad ponemos sus fotos y velas y su puesto en la mesa.

Lo mismo para cada Año Nuevo.

Historia editada por Paola Carrasco Rojas, psicóloga, poeta integrante taller literario “Las mujeres de mi vida”.

2. MICHELLE Y VALENTINA JAQUE ARAVENA

Michelle de 11 años y Valentina de 3, siendo unas niñas, fueron asesinadas por su padre el 13 de abril del 2021, quien posteriormente se suicidó, en San Bernardo.



Cata Guerrero
@cata._guerrero

“Todavía pienso que las voy a volver a ver”.

Soy Alejandra, la mamá de Michelle y Valentina, asesinadas por su padre el 13 de abril de 2021.

Mi hija Michelle nació cuando yo apenas tenía 12 años y su padre 28. Todo el mundo sabía que se trataba de un abuso, pero a pesar de que nadie decía nada, yo siempre supe que no podía develar la edad del padre. Él era hermano del marido de mi mamá y vivía al lado de mi casa. Ahí lo conocí.

Yo creía que estaba construyendo una familia. Cuando era chica estuve muy sola. Siempre he andado de bote en bote, sin nada en la vida: sin casa, sin cuidados, con poca familia. Somos seis hermanos, algunos se fueron en adopción, otros con cuidadoras. Ahora recién he tenido contacto con algunos. Y he vuelto a hablar un poco con mi mamá.

Nunca había tenido una relación antes. Y yo sentía que él me cuidaba, lo sentía como una protección. Y por eso me fui apegando.

Fui mamá a los 12 años, cuando apenas era una niña. Era una niña, no pensaba en lo que estaba viviendo y sólo me di cuenta del abuso cuando la Michelle, mi hija, iba a cumplir 12 años. Por esos días yo pensaba que era imposible que ella se metiera con un hombre de 28 años, que yo no lo permitiría jamás. La miraba y pensaba *“es una niñita, una guagua”* y, no, no lograba imaginarla con un hombre mayor.

La Michelle fue asesinada antes de cumplir los 12 años.

Era tan pequeña cuando fui mamá, que iba al colegio con la Michelle, me acompañó hasta mi graduación.

Después, ya no quise ir más.

A pesar de ser yo una niña, nunca la dejé sola. Siempre estuve con ella. Para todos lados con mi hija. Era mi compañera.

A los 17 empecé a trabajar y el segundo embarazo lo planifiqué. Le dije que quería tener otro bebé y me dijo que el también, y planificamos tener a nuestra hija, la Valentina. Ahí, él estuvo más presente, estuvo más conmigo, me acompañó, estuvo en el parto. Y la Valentina era intocable. Ella era la jefa. Ella mandaba.

La Valentina, la jefa, era una niña muy feliz, muy risueña. Era regalona y era mi alegría.

La Vale fue asesinada cuando apenas tenías 3 años.

Porque la Michelle era más que mi hija, era mi amiga, mi compañera. Nos contábamos cosas, ella me contaba cosas que eran solo para las dos... Si tenía que ir a la China, a la China yo la acompañaba. Era como que tenía un lazo diferente con cada una de ellas.

Cuando nacieron mis hijas sentí que nunca más estaría sola.

La Vale tenía... 3 y la Michelle tenía 11, cuando las mataron.

Y me volví a quedar sola.

Vivir la vida sin mis hijas ha sido muy difícil. Quedé sola, absolutamente sola.

Yo pensaba, que a pesar de todo él era un buen papá. Era como sobreprotector, como que las cuidaba mucho. A la Valentina nunca le tocó un pelo. Lo que la Valentina decía, él lo hacía. Entonces nunca se me pasó por la cabeza que podía hacerles algo. Nunca.

La vida para mí, sin embargo, fue difícil a su lado. Por cualquier cosa me pegaba. Yo no podía levantar la voz en la casa. Si lo hacía, al tiro me llegaba un palmetazo.

A veces le llevaba onces a la cama y si no le gustaba, me lo tiraba desde el segundo piso. Una vez me tiró la comida en el pelo. A veces yo era su reina y, de repente, me odiaba y me humillaba. Me pegaba hartito. Mientras más dependía económicamente de él, más me echaba de la casa. Cuando empecé a bajar de peso, creyó que lo engañaba. Andaba muy celoso. Lloraba por todo, y me pedía que no lo dejara. Le preocupaba mucho la diferencia de edad, que él iba tirando más *pa'* abajo y yo iba *pa'* arriba. Se sentía muy viejo. Y me amenazaba: “*si me dejas, te mato o me mato*”, me decía con frecuencia.

Estuve con él desde mis 12 años, hasta los 23, en que me separé.

Estuve un año lejos de él y él vio que no pudo retenerme. Yo le decía que no, que él no iba a cambiar, que siempre había sido igual y me decía que si volvíamos pondría la casa a mi

nombre, el auto a mi nombre, y yo le decía: “*no, poh, si ahora puedo trabajar*”.

Y como me vio tan segura, pasaba llorando. Era raro verlo llorar porque él era una persona muy fuerte.

Por esos días me escribió una carta, en que me decía que quería luchar por nosotras, que yo llené su corazón con nuestras dos hijas. Si no la conservara aún, pensaría que todo eso me lo inventé.

El me dio donde más me podía doler. Él sabía que las chiquillas lo eran todo *pa'* mí. Que yo trabajaba por ellas, hacía todo *pa'* ellas. Yo era de la casa al trabajo y del trabajo a la casa. Ellas eran mi motivación, porque yo ahora con ellas no iba a estar nunca más sola... Era bacán llegar a la casa y tenerlas ahí, y llevarles regalitos y cosas así. Como que... sentir ese abrazo, era todo lo que necesitaba.

Días antes de la muerte de mis hijas, como que me secuestró. Me obligó a subirme a su camión de reparto de gas, me quitó el teléfono, me había quitado todo, y me andaba trayendo *pa'* arriba y *pa'* abajo en el camión. Dejó a mis hijas con su ex pareja. Nadie sabía lo que me había pasado.

Yo comenzaba a desesperarme cuando se me ocurrió pedirle permiso *pa'* ir donde una amiga, donde la Marianne. A ella le conté lo que estaba viviendo y me dijo “*tenis que salir de ahí, porque te puede pasar algo*”. “*Ya, el lunes, me voy a arrancar*”, le respondí. Y eso hice.

El lunes fue horrible. Me pegó fuerte, con mucha ira. Me dejó la cara marcada y adolorida y no me podía ni peinar. Hasta de muerte me amenazó. Entonces le dije que iba a sacarme la cosita del brazo *pa'* tener un bebé, porque él quería tener un bebé. Así me arranqué. Me encontré con los carabineros y les conté lo que estaba pasando y me dijeron “*vaya a buscar sus cosas y se va para la comisaría*”, pero no me acompañaron. Así es que le pedí ayuda a una amiga. Ella me ayudó a buscar algunas cosas. Y no podía ir a buscar altiro a las chiquillas, porque estaban en la casa de la ex pareja de él, y si me veían allá lo iban a llamar altiro. Con mis cositas, me vine donde mi tía y cuando llegó mi tío, me acompañó a la comisaría a hacer la denuncia.

Fuimos con los carabineros a buscar a las niñas, mientras entre ellos decían: “*¡ay!, ellas siempre hacen denuncias, y después vuelven con los maridos, si ellas no saben vivir sin sus maridos*”. Fue muy humillante. A la comisaría nos regresamos, él, la Michellita y yo. La Vale estaba en la casa de su cuñada.

Fue una situación muy tensa, él lloraba, la niña lloraba y yo me sentía mal y no sabía qué hacer.

Ahí fue cuando carabineros dice, “*ya, que él se quede esta noche con las niñas y mañana las regresa con la mamá*”.

Entonces él me dijo, “*yo te voy a dejar tranquila*”. Me lo repetía una y otra vez: “*te voy a dejarte tranquila*”.

Una vez fuera de la comisaría, me dice, señalando a la Michelle: “*¡abrázala, dale un beso!*”. Y lo hice, la abracé, y le di un besito a mi niña. Él lo tenía todo planificado.

Él quería que me fuera con ellos, y yo le dije “*no, voy a esperar a mi tío*”. De hecho, le pedí el teléfono prestado para llamar a mi tío. Me decía: “*vamos, vámonos, yo te llevo pa’ allá*” y yo me seguí negando. Ahí salieron los carabineros y le dijeron “*no esté amenazando a la señora. Váyase no más*”. Y ahí se fue.

Al otro día, el martes, fui donde los carabineros a buscar el parte para tramitar la custodia de las niñas.

Llamé a la Michellita por teléfono como a las 2, y no me respondió. Como a las 8, más o menos, le mandé un mensaje a él, por Facebook, ya que me tenía bloqueada de todos lados. “*Oye, Luciano*”, le dije, “*estoy esperando a las niñas, estoy hablándole a la Michellita, pero no me responde*”. Mientras esperaba que me respondiera, me llamó una prima suya para contarme lo que había pasado. Me dijo que había matado a mis hijas y que luego se había suicidado.

Yo, así como que... no, no lo creía. Gritaba y mi tía me afirmaba de los brazos. Y... yo incrédula, lo llamé al teléfono y me contestó su hijo. Y me gritó. Le corté. Luego llamé a una amiga, y mi amiga fue *pa’* allá. Y me decía que estaba lleno de carabineros, que le decían que yo fuera. Ella me dijo “*¡no, no vengai porque te quieren linchar! “Te quieren matar...”*” y después llegaron aquí a la casa unos carabineros de civil, con unas escopetas grandes, y me llevaron a la comisaría. Y ahí yo les preguntaba “*¿es verdad, es verdad?*” y nadie respondía. Un carabinero al que le pregunté me dijo: “*¿pa’ qué quiere que le diga? Si usted ya sabe ya*”. Yo necesitaba que me confirmaran que había matado a mis niñas.

Ante la justicia, dijeron que la pistola era de él. Y nunca fue así. Se la pasaron para que me matara. Ese era el plan.

Y ahí se me arruinó la vida, *poh*. Quedé sola, hasta el día de hoy, de casa en casa. Estoy sola.

A los carabineros los dieron de baja porque no hicieron bien el procedimiento. Ellos tendrían que haberme entregado a mis hijas. No tendrían que haberle preguntado a él, ni haber llegado a acuerdo. Eran los mismos que me comentaban cosas humillantes en el furgón.

No imaginaba ver a mis hijas en un cajón y no poder tomarlas. Así no las podía ver. Así que las cremé. Fue una decisión muy difícil. Me ayudó un sueño que tuve con la Michelle en el que me pedía que la tuviera para siempre en mi pecho y ahí se me ocurrió que la única forma de llevarlas en mi pecho, era transformadas en cenizas. Y le conté a una señora de la Muni que me ayudó.

“*¿Vamos a ver las cadenitas?*”, me dijo la asistente social. “*Hay unas de corazones allá adentro*”. Y me las regaló.

Aquí siempre las siento conmigo, que van *pa'* todos lados conmigo. Como siempre fue. Yo nunca las dejé solas, nunca. Como no tengo una casa donde vivir, envié las ánforas donde mi abuela al Sur, ella las cuida y allá están seguras. No podría verlas en un cementerio.

Hay días que, como que me levanto y digo “*ya, me va a ir bien, no sé, voy a hacer algo, porque a mis hijas no les*

gustaría verme mal". Les digo, "*hijas, denme fuerza*", pero otros días, la mayoría, me quiero morir. Siento que estorbo, que sobro en esta vida.

Y cuando me levanto, pienso que tengo una meta, que quiero estudiar, que tengo que terminar mis estudios. Quiero ser parvularia y tener mi casa.

Tengo a mi amiga Marianne, ella es mi mejor amiga. Ha estado desde siempre conmigo, pero también trato como de no molestarla mucho. Voy *pa'* allá, tiramos la talla y todo, pero mis penas, siempre me las guardo *pa'* mí.

Muchas veces pienso en formas fáciles para morirme y después digo "*si me mato no voy a llegar a encontrarme con ellas*". Y trato de distraerme, porque si no... capaz que un día amanezca muerta.

A veces cuando estoy más mal sueño con las niñas y al otro día despierto con más energía. A veces, como que la Vale es la que más se me pega, como que trata de hablarme, como que me cuida. A ratos, siento que me estoy volviendo loca.

Me gusta mi soledad. Estoy aquí un rato, y lloro... o me acuerdo de ellas, me río... pongo música, me distraigo, eso me gusta. Trato de no pensar mucho, no pensar como que las chiquillas no están. Todavía pienso que las voy a volver a ver. Y por eso no estoy toda destruida. Es absurdo, pero esa es la esperanza que me mantiene de pie.

Si yo tuviera una casa se me arreglarían harto mis problemas. Podría estar más tranquila, pensar en mis hijas, hablarles, tener sus ánforas, sobre todo los días que son más tristes. Esos días en que tengo ganas de desaparecer.

Me gustaría tenerlas cerquita. Pero, un día me las voy a encontrar. Me las voy a encontrar igual.



Historia editada por Leticia Herrera Cubillo: escritora, profesora de historia y ñoña, se desempeña en el ámbito de la asesoría educativa y la formación de formadores.

3. JAVIERA NEIRA OPORTUS

Javiera tenía 6 años cuando, siendo una niña, fue asesinada por su padre el 19 de diciembre del 2005, en Santiago. El femicida se encuentra cumpliendo cadena perpetua calificada en el CCP de Valdivia.



Friné Alejo
@frinealejo

Javierita por siempre.

Soy Claudia, la mamá de la Javiera, esa niña maravillosa y llena de brillo cuya vida le fue arrebatada por la furia machista, un 19 de diciembre de 2005. Tatuado en mi corazón con fecha de hoy, de ayer y para toda mi vida.

Para escribir esta historia de castigo femicida, tu historia, mi niña, no es posible separarnos en el relato. Por más que ensaye contarla por separado, esta muerte nos une tanto como tu nacimiento.

Desde muy joven inicié una relación, una mala relación, llena de desamor, indiferencia, maltrato y colmada de manipulaciones. Era tan niña, tan patito feo, tan sola que, por años, no logré enfrentar al monstruo que creí amar. Esa prisión la viví hasta que tuve más o menos 30 años. Javiera nació en medio de esa necesidad, de esa urgencia por armar una vida “normal”. Soñaba, creía, que las cosas en algún momento se ordenarían. Esperé. Lo intenté. Me la jugué, hasta que el deseo de autonomía, de manera intensa e irrenunciable, se apoderó de mí, y miré lo andado y decidí mi libertad, nuestra libertad. Se había acabado el tiempo de buscar en otros la vida que quería, que buscaba, por la que había trabajado arduamente. El agresor advirtió mi partida y entonces la violencia se agudizó.

Javiera había nacido con Síndrome de Turner, una condición que tuvo su salud muy complicada durante al menos un año. Tres cirugías al mes de nacida. Había nacido sin ano y debió vivir con colostomía hasta que se le pudo reconstruir. Nació pequeñita y cada cirugía era de riesgo vital. Además, las

infecciones intrahospitalarias la llevaron dos veces a hacer un paro cardíaco. Las dos veces casi murió y yo también. Con su año nuevo y el cierre de la colostomía, la vida comenzaba a ordenarse. El riesgo vital quedó atrás, y ahora enfrentábamos cirugías y tratamientos menores. Fue un tiempo oscuro y difícil. Agobiada por su salud y la falta de dinero, me la pasaba sin poder mirar hacia adelante. Fueron varios años así. Mientras yo lamía mis heridas y luchaba por salir adelante, Javiera crecía, increíblemente, como una niña feliz. Era tanto así, que la miraba y pensaba que algún día tendría que contarle cómo habían sido sus primeros años.

Es inevitable senti-pensar el tiempo que perdí sufriendo por lo vivido y con lo que se venía con el síndrome, ya que se trata de una condición que se manifiesta al nacer y luego en la adolescencia se completa con otras características para las cuales había que prepararse.

Perdí tanto tiempo preparándome para algo que nunca llegó, porque Javiera fue asesinada cuando tenía recién 6 añitos de edad. Es un absurdo. Una ironía.

Escribir este relato me conecta con un dolor intenso. El llanto me interrumpe frente a cada idea. Es muy terrible tratar de contar la historia de mi hija cuando la memoria se ha llevado tantos recuerdos.

Tu olor, tu tono de voz, tus risas, nuestra complicidad.

Por eso urge escribir, registrar y traerte a la memoria.

Javiera, Javierita, mi niña, mi guagua, nunca he podido responderme cómo fue que seguí adelante sin ti.

Recuerdo nuestros fines de semana en la parcela de la Clau, en los viajes cantando a grito *pelao* a la Julieta Venegas, tus juegos con Joaquín. Recuerdo cuando marchábamos juntas por el Paseo Ahumada, gritando “*¡Hasbún, Medina, es mía mi vaginal!*”. Tú, tan parte de ese movimiento de mujeres intensas. Las carreras al bus para irte a dejar al jardín infantil, donde fuiste parte de un mundo que te llenó de amor. De tu impacto cuando viste la *culícula* de la Manolita (película Manolita, 1999).

Eras pequeña y comías muy poco, pero el reporte de la sala cuna decía todos los días que te habías comido todo, así es que un día te fui a espiar y vi con mis propios ojos cómo una dulce señora que trabajaba en la cocina se ocupaba personalmente de que comieras, y ¡era cierto! ¡Te comías todo!

Recuerdo esa Navidad en que salimos a la calle para ver al Viejito Pascuero y, con la cara llena de emoción, me dijiste que habías oído las campanas del trineo.

Recuerdo cuando te enamoraste de la Linda, una vieja, muy vieja muñeca que tenía Astrid en su casa. Fue un amor a primera vista, así es que la Linda se vino a casa con nosotras, no sin antes habértela bailado toda con Nabor, el marido de mi amiga. Y acá sigue la Linda, como símbolo y señal inequívoca de tu amor y de tus formas amables, amorosas e intensas de vincularte con el mundo y las personas. Javiera de mi alma, fuiste tremendamente amada.

Tu obsesión por los zapatos y los brillos. Tu gusto por el baile y los chocolates.

Fue difícil la vida para ti en medio de la violencia que nos atacaba en los múltiples hogares que intenté armar. Partimos en un departamento en la Villa Francia, para luego irnos a Blindados, de ahí a la Alameda, luego al departamento de Curicó. Después nos cambiamos a Bilbao, hasta que pude comprar esta casa, en la que sólo alcanzaste a vivir tres meses. Este último cambio te tenía con mal humor. Con tus cortos 6 años no parabas de reclamarme este nuevo cambio, por más que te explicaba que esta era nuestra casa, que por fin había accedido a un crédito hipotecario que pagaría los próximos 30 años.

Escribir este texto es desnudarse. Es mostrar al mundo la violencia que viví, de la que no alcancé a huir y que terminó con tu vida. La soledad con la que se enfrenta, la incomprensión y los juicios que recaen en una.

El año 2005 fue un año de cambios. Logré cambiarme de trabajo y dejar atrás a CAL, la jefa reina del maltrato, del agobio cotidiano, de las urgencias por colon irritable y quien me llegó a convencer de que yo era la peor socióloga de la historia. Refinancié el crédito que había pedido para tus tantos tratamientos y cirugías, del que ya quedaba poco, y me compré un auto. Conseguí el hipotecario y compré nuestra casa. Y logré ponerle fin a la relación con el agresor. También hice la primera denuncia en su contra, quien no soportó la distancia que había logrado instalar y comenzó el asedio, violento, continuo, cotidiano.

Era una noche de octubre, cuando el teléfono me despertó. Era él. Llamaba para decirme que me iba matar. Entré en pánico, no sabía desde dónde me estaba llamando, pero sí sabía que él tenía llaves de la casa. Por nada del mundo me atreví a pedírselas, sabiendo que eso generaría un nuevo episodio de violencia. Apenas despejé que no estaba dentro de la casa, llamé a carabineros y me dijeron que no podían hacer nada porque él no estaba dentro de la casa. A la mañana siguiente partí a estampar la denuncia, convencida de que esto debía terminar. Te dejé en el colegio y caminé a la comisaría. Para sorpresa mía, la denuncia fue bien acogida. Luego me fui a una ferretería a comprar un pestillo para la puerta, el que puse con mis propias manos. La instalación quedó tan frágil como yo misma por esos días. De ahí al trabajo, y después a almorzar con las amigas. A ellas les conté lo vivido y con la inocencia de aquellos días me preguntaron si de verdad estaba segura de haber actuado con tanta vehemencia. Hablaban de la denuncia. No recuerdo ahora, pero probablemente a ellas también les había ocultado la violencia que me acechaba hacía tanto.

Luego vino la llamada del Fiscal, quien tras algunas preguntas y muy poca información me dijo que se había decretado una medida cautelar en mi favor, pero que en nada afectaba la relación padre-hija, porque eso no tenía nada que ver. También me dijo que daría en favor del agresor una suspensión condicional del procedimiento y fue claro en señalarme que yo no debía asistir a la audiencia. Esto último me dejó tranquila. Pensé que esa medida serviría como escarmiento. Pensé que eso sería suficiente.

Hubo varias rondas de carabineros durante ese tiempo.

La cosa se puso más difícil cuando el agresor fue notificado. Las amenazas se multiplicaron por mil para que retirara la denuncia, y yo –cobrando la violencia de años y dueña al fin de mi decisión– me mantuve firme. Llena de ilusión creí que con esto dejaba atrás la violencia que asediaba nuestras vidas. Era hora de que los buenos tiempos llegaran para nosotras.

La primera visita en medio de esta tormenta fue el 19 de diciembre de 2005. Te había comprado ropa nueva para la Navidad, pero no aguantaste y te la pusiste ese día. Partimos a mi trabajo, me acompañaste un rato hasta que te pasara a buscar.

Las llamadas de coordinación fueron tranquilas, conversadas. Cuando llegó a buscarte, sin embargo, se presentó de mala forma, discutimos un poco, pero igual te dejé ir. No sabes las infinitas veces en las que me he preguntado, cómo, por qué dejé que te fueras. Un mal sabor quedó en mi boca, un temblor quedó en mi vientre, inquieta, pero luego él me avisó que estaban en el cine, lo cual me tranquilizó en algo.

Pasaron unas horas. Cuando calculé que había terminado la película lo llamé varias veces para coordinar la entrega. No me contestó. Ya era tarde y no conseguía saber de ti.

Es tan brutal estar escribiendo esto. Las culpas me invaden con más fuerza. Se me vienen a la memoria Alejandra, Aída y a tantas otras que al hacer el recorrido senti-piensas que, de haber actuado de otra manera, las cosas serían distintas y que

hoy estarían en este mundo Valeria, Michelle, Valentina y tú, mi niña amada.

Tras la imposibilidad de comunicarme me fui a su departamento y los vi que caminaban hacia allá. Estacioné en la vereda para esperarte y cuando llegaron a mí devino la peor violencia que alguien se puede imaginar. Te tironeó para que no te vinieras conmigo y entró al edificio contigo de la mano. ¿Qué sentiste en esos instantes de confusión? Imaginarlo me roba las palabras y me deja en su lugar solo el escalofrío y la impotencia.

Corrí al ascensor para tratar de alcanzarte. No lo conseguí, y debí esperar el siguiente. Todo mi ser se revolvía bajo mi piel. Un señor que subió conmigo me ofreció ayuda y le dije que no, ¡le dije que no!, acostumbrada a resolver sola le dije que no.

Toqué el timbre. Él abrió la puerta y acto seguido me vi en el suelo, recibiendo golpes en la cabeza. “*Me va a matar*”, alcancé a pensar y también alcancé a pensar en las historias que empezaba a escucharse por esos días, de las mujeres asesinadas. Yo sería una de ellas. Fue tu grito desgarrador el que salvó mi vida, pero terminó con la tuya. El monstruo me dejó para abalanzarse sobre ti. Te tomó en brazos y te lanzó.

Tu último grito. Dije que había olvidado tu voz, pero no ese último grito que me rompe el alma, me estremece, me ensordece, me enmudece, me mata, una y otra vez como se repite en mi memoria, desde su inicio hasta su abrupto final. Me quedé paralizada y cada vez que lo recuerdo me vuelvo

a paralizar con las mismas palabras en mi cabeza sorda de dolor: “mi hija, mi niña murió, murió ahí, ante mis ojos”.

Desde entonces vivo esta vida abrazada a la muerte, a tu muerte. Te abrazo, hija, en cada minuto. Cada día hay lágrimas para ti, hay una búsqueda de recuerdos que no encuentro, pero sobre todo hay un extrañarte tanto, tanto. Hay un imaginarte de lola, de grande, de mujer, de hija, de compañera. Imaginar la vida que te arrebataron.

No sé por qué me quedé en esta vida, ni para qué. “Por error”, me respondo muchas veces, pues debí partir contigo.

La noche de tu muerte yo estuve en la Posta. Trataba de imaginar en qué estabas a cada minuto. Te pensaba muerta, camino al Servicio Médico Legal, a ese lugar frío y lleno de muertos. Mi niña, la misma que en la mañana se puso su ropa nueva, toda coqueta frente al espejo, ahora estaba en una camilla con su cara tapada y sola. Sola, sola, sin mí. Sólo esperaba que las manos que te intervinieran fueran amorosas y suaves, que te entregaran pronto. No soportaba saberte ahí. Siempre supe que habías muerto, por eso, solo pensaba en ese tránsito, sola a lo desconocido. “Sola, sola, sola, mi niña está sola, no puedo acompañarla”, se repetía en mi conciencia como una letanía desesperante. En mi mente casi enloquecida le pedía a mi padre, ejecutado, cuando yo apenas llegaba a este mundo, que fuera el abuelo que no pudo ser como padre. Le pedí a Eduardo y Rafael Vergara, cuya muerte me había marcado dolorosamente, que te fueran a esperar y que no te soltaran las manos. Tus manos chiquititas.

Pequeña mía, fue todo tan brutal, como un golpe que no paraba de martillar, como una caída que seguía hasta llegar al pavimento. Tu funeral y la eterna imagen de tu cuerpo fundiéndose con la tierra del Sur. Y la orfandad de la madre huérfana, huacha otra vez, en un nido vacío, roto, arrebatado y para siempre y para nunca más. Eso aprendí de la muerte. La muerte es punto final, es nunca más. Nunca más tu carita, tu diente chueco, tu pelo amarillo, nunca más tus brillitos y escarchas. Nunca más y no hay poesía que lo suavice.

Javiera eterna, me dejaste la urgencia de creer en otra vida. Sólo eso posibilitaría nuestro encuentro. Sólo así habrá más abrazos, miradas y perdones. Solo así surge la certeza de que habrá otro día para nosotras. Otra vida para entregarte el amor acumulado en estos 18 años de ausencia, contarte los cuentos pendientes, cantarte las canciones repetidas y para volver a marchar juntas.

El final de este relato duele en mi pecho, pues nuevamente me separo de ti. Pese a las flores blancas que persigo en tu memoria y a que mientras camino las calles te sigo hablando, quizás este sea solo un texto más, mal escrito y pobre. Cerrarlo es como un nuevo adiós. Te abrazo con el alma, y para siempre, como cada desde que llegaste a este mundo.

Historia editada por Leticia Herrera Cubillo: escritora, profesora de historia y ñoña, se desempeña en el ámbito de la asesoría educativa y la formación de formadores.

REFLEXIONES SOBRE CASTIGO FEMINICIDA

Coordinadora 19 de Diciembre

Antes que nosotras hubo otras, quienes a punta de gritos en la calle lograron visibilizar la violencia que acechaba a las mujeres, principalmente en su vida privada, en sus casas, por sus familias, por quienes decían amarlas.

La Coordinadora 19 de Diciembre se levanta como una organización continuadora de esas luchas, de las organizaciones feministas que, llenas de rabia y coraje salieron a las calles, a gritar ¡basta de violencia hacia las mujeres! Las mismas que acompañaron cada día a Claudia desde el brutal feminicidio de la pequeña Javiera y que pasados los años, seguían. Se reunían cada 19 de diciembre convocando “*Hoy 19 a las 19 en Ahumada con Huérfanos*”, interpelando en cada consigna al Estado y sus instituciones, gritando *¡No + Femicidios! ¡Ni una mujer menos, ni una muerte más!*

Mientras pensábamos en cómo organizar este nuevo testimonio, las historias recabadas, comenzaron a organizarse solas, bajos los lamentables títulos que conforman este libro. Libro que nace como un ejercicio urgente de memoria, de denuncia y resistencia.

Como organización asumimos la reflexión que corresponde al llamado Castigo Femicida, también conocido como Violencia Vicaria, que en términos generales se entiende como una forma de violencia en contra de las mujeres, a través de la cual, las hijas de las mujeres víctimas de violencia, son instrumentalizadas

como objeto de maltrato para ocasionar dolor a sus madres, siendo su manifestación más extrema la muerte. Sin lugar a dudas, la forma más cruel elegida para causar daño a una mujer.

En este libro, contamos la historia de 3 mujeres y de sus hijas que han debido padecer este castigo. Hablamos de Aída, mamá de Valeria; Alejandra, mamá de Michelle y Valentina y Claudia, mamá de Javiera. Se trata de mujeres sobrevivientes de violencia, que caminan por la vida con el alma rota. Mujeres para quienes no estuvo la institucionalidad cuando había que proteger sus vidas y las de sus hijas, mujeres sancionadas socialmente bajo el juicio implícito que alguna responsabilidad les cabe. Mujeres que enfrentaron solas la violencia y también la supervivencia.

Aída en su testimonio nos cuenta, *“pedí ayuda muchas veces, cuando me pegaba, cuando me amenazaba y nunca obtuve respuesta. Era tanta mi desesperación que un día fui a pedir ayuda a la 48° Comisaría de la Familia. Sólo pedía que lo viera un psicólogo, ni siquiera buscaba sanciones. Nadie me tomó en cuenta, nadie me escuchó. (...) Y al otro día a las 7 de la mañana, el femicida, llamó para decir, “Maté a tu hija, conchetumare (...). Pasado un rato el femicida se disparó, rehuendo cobardemente de la poca justicia que se pudo haber alcanzado de haber quedado vivo.*

¿Sabrán esos carabineros que no escucharon a Aída, que su falta de acción le costó la vida a Valeria, de sólo 5 años?

Alejandra, por su parte nos relata, *“fuimos con los carabineros a buscar a las niñas, mientras entre ellos decían: ‘¡ay!, ellas*

siempre hacen denuncias, y después vuelven con los maridos, si ellas no saben vivir sin sus maridos’. Fue muy humillante. Fue una situación muy tensa, él lloraba, la niña lloraba y yo me sentía mal y no sabía qué hacer.

Ahí fue cuando carabineros dice, ‘ya, que él se quede esta noche con las niñas y mañana las regresa con la mamá’”. (...) Al día siguiente, (...) *“Me dijo que había matado a mis hijas y que luego se había suicidado”*.

¿Sabrán esos carabineros que decidieron que las niñas no regresaran esa noche con su madre, que Michelle de 11 años y Valentina de 3 años, fueron asesinadas esa misma noche por su padre?

Y Claudia, refiere que, tras la denuncia, *“vino la llamada del Fiscal, quien tras algunas preguntas y muy poca información me dijo que se había decretado una medida cautelar en mi favor, pero que en nada afectaba la relación padre-hija, porque eso no tenía nada que ver”*. La resolución, de fecha 30 de noviembre del año 2005, realizada en el 8° Juzgado de Garantía de Santiago, señala:

–“Se decreta la suspensión condicional del procedimiento, un año, bajo las condiciones de las letras B) abstenerse de frecuentar a la víctima y de acercarse a su domicilio, **con la excepción de visitas que tengan que ver con el régimen de visitas a la hija que tienen en común**, G) consistente en fijar domicilio e informar al Ministerio Público cualquier cambio de este.

–Fiscal y defensor renuncian a los recursos”.

O sea, a estos últimos, le pareció una buena decisión la del Magistrado.

¿Sabrá ese Juez, ese Fiscal y ese Defensor que su decisión le costó la vida a Javiera, de apenas 6 años?

19 días después, Javiera fue asesinada por su padre, cuya relación con él no podía verse afectada tras la denuncia realizada por su madre.

Estos relatos tremendos son parte de las historias que pueblan este libro.

Historias de niñas que hoy no están, historias de madres que cada día deben inventarse un motivo para existir. Madres rotas, vidas truncas, niñas muertas.

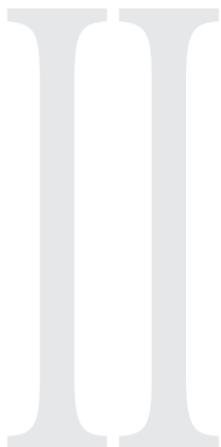
No hay datos, ni definiciones, ni cuerpos normativos que hablen de esta barbarie, quizá como una forma de acallarla, como una forma vergonzosa de esconder una gran vergüenza social. Y aunque en Chile la Ley N° 21.282 del 2020, declara el 19 de Diciembre de cada año como el Día Contra el Femicidio, gracias al trabajo legislativo impulsado por la Coordinadora 19 de Diciembre, no hay más.

Esta ley que tiene como objetivo **“visibilizar este delito como la forma más extrema de violencia contra las mujeres, y de dignificar la memoria de quienes han sido víctimas de femicidio, reconociendo a su vez el aporte del movimiento**

feminista en la erradicación de la violencia contra las mujeres en nuestro país”.

El día se declara en memoria de la pequeña Javiera, víctima de castigo femicida, no existiendo con posterioridad a la publicación de esta ley, ninguna otra señal de preocupación sobre este tipo de violencia.

Son testimonios dolorosos, crueles, difíciles de leer, de escribir, y de creer, pero también son testimonios de una fuerza insospechada que nace de esos vientres huérfanos, anhelantes de su maternidad arrebatada por la furia feminicida. De mujeres y madres cuya fuerza inquebrantable las mantiene de pie, gritando, pública o privadamente, ¡justicia para mi hija!, ¡no a la impunidad!, ¡no al Estado cómplice!



FEMINICIDIO

*“Me sacrificaron a los dioses y a los
hombres
y volví a vivir.*

*Me golpearon y perdí los dientes
y volví a vivir.*

*Me asesinaron y me ultrajaron
y volví a vivir.*

*Me quitaron a mis hijos
y en el llanto volví a la vida.*

*Con tanta fortaleza acumulada,
con tantas habilidades y destrezas
pendientes,
MUJER, si lo intentas,
puedes volver el “mundo al revés”.*

Tatiana Lobo

1. FAHÍME DÍAZ DERVICH

Fahíme tenía de 49 años cuando el 10 de septiembre del 2019 fue víctima de femicidio, en Arica. El femicida fue condenado por el delito femicidio a 20 años y se está cumpliendo su pena en la cárcel de Acha en Arica.



Kiki

@kikiylabocatequedadondemismo

“La memoria de quienes me amaron, día tras día, me mantiene viva en sus corazones y así será por siempre”.

Mi nombre es Fahíme nací un cinco de octubre en la localidad de Champa, en el hospital de Paine. Era la menor de cinco hermanos, la más pequeña y por supuesto la más regalona de la familia, todos me regaloneaban, me cuidaban y me acompañaban siempre.

Estudí en el colegio de monjas de Paine, pero las monjas nunca me quisieron porque yo era rebelde y distinta de lo que el colegio, en esa época, imponía para las niñas, por lo que, en ese contexto, me terminaron echando de esa escuela. Lo que más me gustaba de Champa era que disfrutaba mucho vivir cerca del campo, la naturaleza y la vida libre.

Si tuviera que describirme diría que siempre fui una mujer muy alegre. Para mi familia era “la alegría hecha persona”. Con mi forma de ser llenaba los espacios, siempre tenía un plan distinto, un panorama novedoso y diferente, algo más entretenido como para dejar de lado la rutina de la semana. Amaba organizar las vacaciones con mis hijos y mi hija, los reunía a todos y lo pasábamos increíble. Desde septiembre ya estaba organizando cada detalle para ese encuentro. Lo mismo con las fiestas familiares; disfrutar con mi papá y mi mamá; mis hermanas y hermano; los cumpleaños y cualquier evento familiar. Para mí la vida estaba hecha de momentos especiales y celebraciones, de reunir a la familia y de viajar, más bien de ir para donde me llevara el corazón.

Con mis amigas lo mismo, las quería, les alegraba todos los panoramas, les contaba chistes, anécdotas. Nunca canté bien,

pero me daba lo mismo y lo hacía igual. Me gustaban los karaokes y aunque mi voz no era perfecta, con el entusiasmo y la onda que le ponía, me llevaba todos los aplausos, así que me auto proclamé “la reina del karaoke”.

Mi gran amor siempre fue mi familia. Cuando me casé con el papá de mis hijos y de mi hija, nos fuimos a vivir a Arica y de a poquito comenzamos a armar nuestra vida de familia. Años después, nos separamos y yo me quedé viviendo en Arica y ahí comencé a rebuscármela.

Fui bien busquilla, trabajé en muchas cosas, disfrutaba mucho trabajar. Tuve restaurant, negocio, vendí montones de cosas. Dedicué gran parte de mi vida a mi familia, a mis hijos, a mi hija, siempre estaba para ellos.

De ese modo transcurría mi vida, entre disfrutar a mi familia y disfrutarme a mí y mis logros. Hasta que un día, en el año 2016, en el trabajo que yo tenía en ese entonces como asistente dental, conocí a Marcos. Poco a poco esa relación laboral se fue convirtiendo en una relación de pareja. Con Marcos tuvimos una relación muy intensa. Al cabo de dos meses nos fuimos a vivir juntos, mi hija cuestionó mucho esta decisión, pero ellos ya estaban grandes y yo quería vivir esta experiencia.

Primero nos fuimos a vivir a una casa que era de la familia de él, mi familia nos iba a visitar siempre y yo podía estar con mis hijos, mi hija y mis nietos, compartir la once juntos y vernos seguido. Sin embargo, él insistía en que nos fuéramos a vivir a Azapa, que le gustaba, que le parecía muy lindo, etc.

Marcos tenía y sentía muchos celos de la relación que yo tenía con mi hija, mis hijos y nietos, pero para mí la familia era lo más importante y si él se molestaba porque yo las recibía en la casa y las atendía contenta, no era mi problema, siempre se lo hice saber. Cuando iba a la casa de mi hija o hijos siempre me estaba esperando afuera y aparecía de sorpresa, pero no era sorpresa, era control. Me controlaba todo el tiempo, tenía que saber siempre donde estaba y con quien estaba. Sentía celos absurdos de mi familia, por eso él insistía que nos fuéramos a vivir a Azapa, allá estaríamos mucho más alejados de todos.

Finalmente, nos fuimos a vivir allá y ahí ya era mucho más difícil que me pudiera ir a visitar seguido la familia, tal como él lo pensó. No fue mucho el tiempo que vivimos ahí, hubo situaciones de violencia que me hicieron volver a Santiago a vivir a la casa del papá de mis hijos, él me acogió en ese espacio junto con mi hijo pequeño. Pero al cabo de tres meses él volvió a buscarme, lleno de promesas y yo volví. Sin embargo, nada era como me prometió y en ese momento, con mucha valentía, decisión y confianza en mí, tomé mis cosas y me fui de esa casa. Me fui para no volver más y así lo cumplí. Empecé a trabajar de Uber, disfruté mucho ese trabajo, tenía buenas calificaciones porque la amabilidad y la buena conversación eran mis talentos.

Poco a poco fui ordenando mi vida nuevamente. Me fui a vivir sola a un departamento, ¡estaba feliz! Volver a vivir sola me dio energía. Mantenía todo muy limpio y ordenado, como a mí me gustaba, incluso alcancé a organizar la inauguración de ese nuevo hogar. También conocí a un tipo bueno, me gustaba mucho y lo pasábamos muy bien juntos, le hablaba a mi hija

de él, pero no se lo presenté como pareja, lamentablemente lo conocieron posterior a mi muerte.

Ese último mes yo me sentía en mi mejor momento, dije: *“no hay vuelta atrás, no vuelvo con Marco a vivir dolor ni violencia nunca más”*. Tal vez, a diferencia de otras veces, en ese período me sentía fuerte, feliz, disfrutándome al máximo en mi departamento, con mis cosas, un trabajo que me gustaba y conociendo a alguien con quien me sentía bien y contenta.

Pero esa felicidad, esa templanza, esa certeza de no necesitarlo en mi vida fue la que lo llevó a desatar su violencia brutal. Ese día 10 de septiembre de 2019, Marcos merodeaba mi departamento, me alerté por esta situación y tomé precauciones, pero estando sola ingresó al edificio. Me negué a abrirle la puerta, pero no me di cuenta y, por la fuerza, logró entrar por el ventanal. Intenté defenderme, pero me apuñaló con un cuchillo en múltiples ocasiones hasta darme muerte. Luego él, cobardemente, se auto agredió en diferentes partes del cuerpo. Fue trasladado a la urgencia y tras días de estar en riesgo vital, sobrevivió a su intento de suicidio, a su idea de evadir la responsabilidad sobre mi muerte.

Mis hijos permanecieron unidos buscando justicia en mi nombre, hasta el día de la sentencia: la justicia condenó a veinte años de cárcel al femicida. Los tres fueron atravesando este duro camino con el acompañamiento de las distintas instituciones involucradas en el proceso, además de las distintas agrupaciones feministas de Arica. Fue un arduo camino de tres años, en que la defensa del femicida intentó,

infructuosamente y con ridículos argumentos, liberarlo de responsabilidad penal.

49 años tenía al momento que me quitaron la vida, la “*lola eterna*” me dice mi hija, porque no alcancé a cumplir 50 años, aunque mi hermosa y amada familia los celebró de igual forma en mi nombre. 49 años tenía y me esperaban tantas nuevas experiencias por vivir, pero él decidió arrebatarme la vida y de paso generar un gran dolor en mis hijos, nietos, hermanas y hermanas y en mis padres que aún sienten que les arrancaron un trozo de sus vidas.

Después de cuatro años, todavía hay mucha rabia y pena. Luego de la sentencia, mi familia comenzó a vivir el duelo de la pérdida que es irreparable. Mis hijos e hija, constantemente recuerdan las pequeñas cosas que nos mantienen unidos: el olor de mi perfume, una canción de Marco Antonio Solís, una anécdota, el sonido de mi risa, mi color favorito, los recuerdos de las vacaciones, momentos en los que fuimos felices. Mi hija lucha permanentemente contra el paso del tiempo e intenta que mis nietos no se olviden de su abuela, su “mami” Fahíme, del amor que sentí por ellos.

El acto feminicida destruye la vida de quienes te aman. Mis padres ya no han vuelto a ser los mismos, me extrañan, cada semana van al cementerio en compañía del padre de mis hijos a dejarme flores. Mis hijos me extrañan también, quisieran que hubiese estado presente en la graduación de mi conchito, compartiendo y mostrándole a todo el mundo las fotos de sus viajes; o que hubiese podido estar ahí para reírnos y acompañarnos con mi hija y nietos en las distintas etapas de nuestras vidas.

Estoy segura que cuando mis hijos, mis hermanas o mis amigas se reúnen aún sienten mi risa, se acuerdan de mis tallas y celebran el habernos encontrado en esta vida. Porque ni siquiera el dolor de la muerte, puede contra los recuerdos que atesora la memoria y las experiencias vividas. Yo amé, amé fuerte a mi familia, a mis amigas, a mi trabajo, amé mi vida, esa que me arrebataron. Sin embargo, mi sonrisa aun es recordada, mi arruguita de la frente, mis abrazos, porque la memoria de quienes me amaron, día tras día, me mantiene viva en sus corazones y así será por siempre.

Historia editada por Ana María Devaud, escritora.

2. PAULINA GATICA GONZÁLEZ

Paulina tenía 40 años cuando fue víctima de femicidio el 8 de mayo de 2021, en Renca. El femicida se encuentra en prisión preventiva a la espera de juicio en el CDP Santiago Uno.



Carolina Fuentes
@daconte_villar

Me encantaría reír con mi familia de nuevo.

Tuve una bella infancia, de hartito juego y mucha travesura. Recuerdo una ocasión en que me estaba colgando en la escalera y me quebré un brazo. Tenía terror que mi mamá me llevara a la clínica donde trabajaba mi papá porque me retaría, eso era seguro. Yo le insistía a mi mamá: “*no, no me lleves para allá que me va a retar mi papá*”. Al final, el resultado fue que estuve como un mes del verano con yeso y no me podía bañar. Fue mi propio papá quien terminó sacándome el yeso.

Me he destacado por llevar una sonrisa alegre y traviesa, ser auténtica y decir lo que me ha parecido mal, sin importar si a los demás les molesta.

Intenté ser una mujer libre, hice lo que quise con mi cuerpo porque lo sentí mío, cambié el estilo de mi cabello cada vez que quise. Me lo cortaba, a veces me rapaba un poco un costado, me lo teñí de distintos colores: rubio, verde... También me gustaba usar muchos aros. Viví así, toda mi vida, que tampoco fue tan larga que digamos. Pero durante los 40 años que viví, tuve amigas, amigos y disfruté la vida a concho.

Eso no quiere decir que no hubo momentos en que lo pasé mal, viví depresiones grandes, a veces no podía ni levantarme. La última fue en mi casa, vino mi familia a verme, me cuidaban, se quedaban días enteros conmigo. Se ocupaban de mí y lograban que comiera algo, tarea que, en ese entonces, no era fácil. Cada cierto tiempo, me salían herpes en la cara, eran grandes. Siempre creí que era por ser débil. Mi madre creyó

que tomaba algo para adelgazar, porque de pronto, enflaquecí demasiado.

Ella también de repente cae en depresión y llora. No la culpo, ¿hay algo más terrible que perder una hija? En medio de su dolor, dice que percibe mi mano acariciándola y da paso a la calma. Siente mi mano, sabe que soy yo.

Me casé a los 24 años. Había decidido que a esa edad tendría una hija, soltera o casada y así fue. Tuve a mi hija Javiera, y a mis hijos Iriel y Marcelito.

Después de un tiempo, cuando comencé a trabajar en el supermercado Líder, nos separamos con mi marido. En ese trabajo lo conocí a él, mi nuevo amado, tuvimos una relación, pero no llegamos a convivir, aunque a veces igual se quedaba a dormir. Como cuando me contagié de Covid-19, se quedó conmigo todos los días y me cuidó.

Para un Año Nuevo que pasamos junto a mi madre y los niños, él, frente a todos, dijo que me amaba, que nunca me iba a dejar, que, incluso, si yo volvía con mi marido, él siempre iba a estar ahí para mí. A mis compañeros y compañeras de trabajo, también, siempre les decía que me amaba. Para todos fue una sorpresa lo que ocurrió, nadie entendía nada.

Con mi hija mayor, nos visitábamos y se quedaba días conmigo. Fuimos felices el corto tiempo que compartimos. Reíamos contagiosamente.

Mi pequeño se acuerda de mí, de lo que hacíamos juntos, de lo que me gustaba. Una vez que estábamos cocinando, él

salió de la cocina y cuando volvió me encontró desmayada en el suelo ¡Pasó el tremendo susto! Ahora, cuando cocina con su abuela, se acuerda y le dice “*yo también le ayudaba a mi mamá*”. Los tres viven con su padre. Es muy triste, no volver a estar con mis hijos, porque pucha que los echo de menos. Con mi madre se visitan seguido. Eso, en medio de todo, es un alivio. Que se cuiden, se visiten, se quieran, que no dejen de estar unidos, aunque yo no esté. Es doloroso que tengan que crecer sin su mamá, ¿sabrán lo mucho que los amo?

Mi niño, nos llevábamos muy bien. A veces, siente mi perfume y recuerda que me gustaba besarle en la frente. También llora harto, imagina cosas, no se trató de una despedida cualquiera, no hubo tiempo para prepararse. Lamentablemente no fue posible mantenerlo al margen de toda la información que conlleva mi muerte.

Mi sobrina me recuerda como una mujer muy alegre, con una peculiar risa, mis carcajadas se podían oír a distancia y contagiaban de alegría al que estuviera cerca. Ella decía que yo tenía carisma y que mi personalidad iluminaba cualquier espacio, qué ganas de decirle todos los días “*te amo mi vieja chica*”. Me encantaría reír con mi familia de nuevo. Siempre fueron lo más importante para mí, mis hijos y mi hija, la luz de mis ojos. Los defendí con uñas y dientes, siempre los apoyé en todo y les dije que “*lo más importante era ser feliz*”.

Hoy lo confirmo con mayor vehemencia.

A mi madre nunca le hablé mal de él, todo lo contrario, le decía que era una buena persona, que era amoroso, que

siempre estaba pendiente de mí. Mentiras, puras mentiras y silencios míos *“la ropa sucia se lava en casa”*, dicen.

Todavía no entiendo lo que pasó el 8 de mayo del 2021. Todavía no entiendo por qué me quitó mis sueños, la vida. Me cuidó tanto durante la pandemia, nunca terminaré de preguntarme qué pasó para que tomara esa decisión. Realmente, no me lo explico. En qué momento el amor que él sentía se transformó en esa brutalidad. Por qué lo hizo. Por qué dejó a mi familia huérfana. Por qué me quitó el último aliento, mi vida, de esa forma tan brutal.

Yo, ya había terminado la relación. Él, se negaba aceptarlo.

La noche anterior a mi muerte, llegó a mi casa y pidió quedarse. Le dije que no, *“si andas en vehículo, te puedes ir”* y me dijo que no tenía el pase para andar en la calle, todavía estábamos en pandemia. Le tiré las llaves para que se quedara abajo, en su auto.

Me encontró mi hermano, a quien lo llamaron de carabineros, porque el asesino chocó en Maipú y confesó al llegar los uniformados, dándole el teléfono de mi hermano. Él le avisó a mi papá, quien, con la esperanza de que aún estuviese viva, me llamaba insistentemente para llevarme al SAPU, ya era tarde.

En el living encontraron un vaso y restos de ramitas, como de un picadillo, y en la cocina había una botella de pisco y una bebida energizante azul. Mi perrita estaba encerrada en el baño.

Él tenía sus contactos, por eso no me fío de los resultados de la alcoholemia que, según los pacos, no tenía alcohol en la sangre.

Se nota que calculó todo. Al parecer, con toda calma, se bañó, se cambió de ropa y luego salió de la casa, pues cuando salió en la TV no tenía ni una gota de sangre encima.

Yo siempre mantenía mi teléfono conmigo, como todo el mundo, pero mi hermano no lo encontró, eso que marcó muchas veces mi número para que sonara. Después, mi hija lo encontró botado detrás del sillón. Él lo revisó con mi huella y después lo tiró, no tuvo ningún escrúpulo.

Mi madre siempre me decía que nunca iba a dejar que un hombre me maltratara. Aquel 8 de mayo, no pude librarme.

En la audiencia, estuvo mi familia. Ante la mirada de mi madre el asesino agachó la cabeza. Ahí, mi mamá se enteró. Catorce puñaladas.

No le bastaba con quitarme la vida. Clavó el cuchillo una y otra vez, ensañándose con mi cuerpo.

Alegó demencia, problemas de salud mental y ante el veredicto del primer psiquiatra que comprobaba que había actuado conscientemente, pidió una segunda opinión y el Instituto Médico Legal concordó que no tenía problemas médicos. No le sirvió escudarse en una supuesta locura, no pudo esconderse y así se fueron conociendo otros antecedentes como que una vez, había tenido un problema con el papá de otra pareja y que, en medio de eso, había sacado un cuchillo.

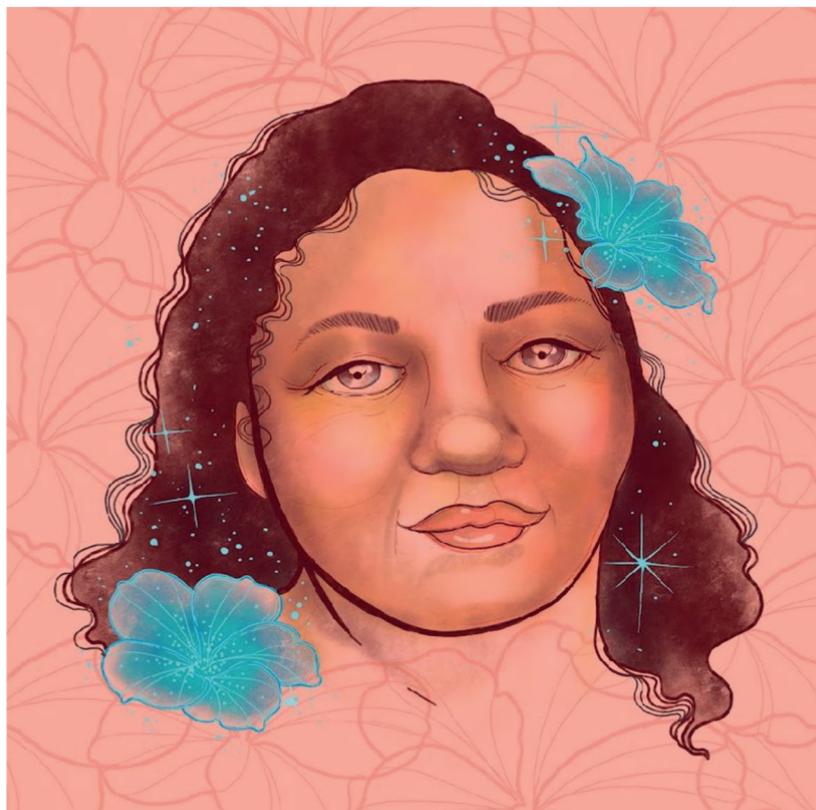
La abogada está peleando de 15 años para arriba. Me parece mínimo, un año por cada puñalada que me dio y un año por la vida que me quitó. Dice que pueden ser cuarenta años. Perpetua calificada.

Ya han pasado dos años y medio desde que el femicida me separó de mi familia. Sé que me extrañan mucho. Con el tiempo, ya no me piensan tanto como antes, pero siempre me tienen presente. Saben que los cuido y ellos se encomiendan ¡Qué no daría por volver a verlos! Quiero me recuerden siempre con mis ojos verdes con máscara de pestañas azul, mis pecas y sonrisa de oreja a oreja.

No era amor. Fue femicidio.

3. JOYCE TELLO AVILÉS

Joyce, de 48 años, el 20 de abril de 2019 fue víctima de femicidio, en Arica. El femicida fue condenado por el delito de femicidio a cadena perpetua y se encuentra cumpliendo la pena en el CP de Arica.



Fátima Cabrera
@dosagapantos

“Las mejores tardes de chicas: mis nietas y yo. Nos íbamos a la playa por el día”.

Mi hija me habla cada vez que conduce, soy su copilota.

Mientras, me pregunto ¿cómo se llega hasta acá? Cómo nos matan a las mujeres, así, en plena calle, quienes alguna vez dijeron amarnos. Es verdad, quien ama no mata. Quien ama no mata, no humilla, ni maltrata.

Amé cuanto pude en esta tierra de paisajes de aridez extrema. Confíe en que amando sería feliz. Lo fui, amando fui feliz con mis hijas, hijos y las nietas y nietos que tuve. Con ellos y ellas disfruté la vida intensamente.

Fui una buena persona. ¿Cómo terminé? No me lo merecía.

Empecé trabajando en el Parque Centenario acá en Arica y después me derivaron al estadio Carlos Dittborn donde llegué a ser encargada de las cuadrillas de trabajadores en los programas municipales que hubo y ayudé a mucha gente.

Eso fue mucho antes de trabajar en el Juzgado. Allí trabajé mucho tiempo y ayudé a mucha gente también, a mujeres que sufrían de violencia intrafamiliar, que llegaban moreteadas, algunas sangrando. Ayudé a hombres y mujeres a salir de la droga y del alcohol.

Fui una mujer alegre, esforzada y amorosa con aquellos que quería. Trabajé en el Tercer Juzgado de Policía Local de Arica. *“Trabajólica”*, me decía mi hija. Me gustaba mi trabajo.

Siempre aprendía algo... y ella lo sabía. Conversábamos mucho, tuvimos una linda relación.

Aunque trabajólica, dedicaba tiempo a mis hijas e hijos, nietos y nietas y para mi familia.

Me encantaba que mi hija me llamara a diario. Ella vivía en Calama y me llamaba todos los días para saber cómo estaba yo. Cuando no le respondía, llamaba a mis compañeras de trabajo y les pedía que me dijeran que le contestara el teléfono. *“Para qué haces eso”*, le decía yo y ella siempre *“es que no me respondes nunca, poh, mamá, por eso lo hago”*. Todos los días un llamado, todos los días.

Para los amigos de mis hijas e hijos fui la tía de la playa, la tía de los huevos duros, la tía de los paseos. Lo pasábamos tan bien en la playa con mis hijas y sus amigos... Eso, antes de conocer a mi asesino.

Tuve dos matrimonios. El primero duró 19 años. Con él formamos una familia y luego nos divorciamos. Tuvimos 5 hijos que amé con el alma. El segundo matrimonio acabó con mi vida.

Lo conocí el 31 de diciembre de 2016, en una discoteque. Recuerdo que mi hija estaba embarazada de mi nieto y fui con él a verla a la playa donde estaba acampando. Cuando ella lo conoció, no estuvo de acuerdo, eso fue notorio. Él no le cayó bien y mi hija era como mi mamá: me decía que no le gustaba ese hombre. También sabía que, si insistía en eso, yo me iba a acercarme más a él.

Igual que yo, ella pensó que sería una relación pasajera. No fue así, fue breve y rotundo. Con él, conviví, me casé, me separé, me divorcié en menos de dos años. Fue una relación tormentosa, con agresiones físicas y verbales que oculté a mi familia. Al cumplir un año y ocho meses, lo dejé y pese a haberlo dejado y denunciado, de tener más de una medida cautelar, me quitó la vida, sin más, en plena calle.

Al inicio de la relación todo bien, salíamos y paseábamos hartos. Fuimos a Tacna (Perú), íbamos de camping y lo pasábamos muy bien. A fines de enero del 2017, él buscó conversar con mi hija para pedirle mi mano en matrimonio. Nuevamente, mi hija dejó claro su desacuerdo. Fue como una inversión de roles: me miró como cuando ella era pequeña y yo no le permitía hacer ciertas cosas. Esta vez era ella quien no quería aceptar mi decisión.

Mi querida y buena hija... Me apoyó y terminé casándome por segunda vez el 20 de abril de 2017.

Mi familia puso todo su esfuerzo para que el lugar quedara bonito y que yo disfrutara. La comida la preparamos juntas y el matrimonio salió tan lindo...

Yo vivía con mi hija y cuando me casé, él vino a vivir con nosotras. Eso no duró mucho. Hubo roces que poco a poco llevaron a que la convivencia en casa no fuera sana. A mi hija le molestaba que él no ayudara en la casa. Era lo que ella le pedía, que no era tan complicado, por ejemplo, levantar la ropa del suelo, que hiciera la cama. *“No está mi mamá para hacerte las cosas”*, le decía, *“ella no es tu empleada”*.

Al tiempo él me puso contra la espada y la pared: *“tu hija o nosotros”*.

Conversé con mi hija, me dijo: *“mamita, el casado casa quiere, pero nunca olvides que las puertas de la casa siempre estarán abiertas para que vuelvas, nunca dudes en volver, te amo, vaya y haga su vida de casada y sea feliz”*, yo sabía que podía ir a verla cuando quisiera.

Siempre supo que me iba a separar, por eso insistió en que, ante cualquier cosa, yo podía irme a su casa. Sería bien recibida por su marido y sus hijas.

En ese momento comenzó mi sufrimiento por la violencia intrafamiliar que recibí de mi asesino. Corría aún el año 2017. Después mi hija se entera de las muchas cosas que pasé y que me quedé callada. Sé que su corazón y el de mis seres queridos se quebró y se preguntan tantas cosas, que ya no podré responder.

Durante mi vida ayudé a quien podía. Cuando yo necesité ayuda, nadie, nadie fue capaz de llamar a mi hija, para contarle y advertirle. Me hubiera ayudado. Me habría ido a vivir a Calama con ella ese año, el 2019.

Nos fuimos de la casa de mi hija a vivir a un departamento. Nada propio, siempre arriendos. Después de un tiempo, no fuimos a vivir a una toma de terrenos. Vivimos una al lado de la otra. Eso fue el 2018, mismo año en el que decidí dejarlo.

Me enfermé. Recuerdo una reunión en que estábamos en la casa de mi hija y llegó él, curado, drogado, buscando pleitos con mi yerno, quien no accedió por respeto a mí y a mis nietas.

De verdad yo pensaba que podía arreglarlo, cambiarlo. O esto es lo que piensan las mujeres que sufren violencia. De verdad una cree, “lo tengo que ayudar, lo tengo que apoyar porque es mi marido”. No nos damos cuenta de que al final sufrimos por sufrir, nomás. Me cansé de sufrir violencia, tendría que haberme ido a la primera. Aguanté muchas cosas.

Mis nietas, un día, me regalaron un perrito, que mi asesino mató a palos. A ellas les conté que murió al atorarse, comiendo un hueso. No fue así. Yo oculté la verdad una vez más.

Una de las tantas veces que salí arrancando de las manos de mi asesino, me oculté en el departamento de arriba, donde vivía una conocida de mi hija. Ella me abrió la puerta y me preguntó si llamaba a mi hija. Le dije que no. Cómo iba a permitir que me viera así...ella y mis nietas. Mis hijos vendrían a golpearlo y no quería que ellos se metieran en problemas. Me daba vergüenza que me vieran frágil, débil, golpeada, noo, no, eso no lo podía ver mi familia.

Yo sabía que él tomaba y que se drogaba también en la casa. Entonces un día le dije que no le iba aguantar esas cosas. No me daba ni para pagar el arriendo y yo lo mantenía. Me cegué. Creía estar enamorada. Era mi decisión.

Me quedaron tantos proyectos pendientes en esta vida, como las salidas de chicas con mis nietas. Nuestras tardes de chicas

eran sólo con mis nietas. Las mejores tardes de chicas: mis nietas y yo. Nos íbamos a la playa por el día. Nos iban a dejar en la mañanita y nos iban a buscar por la tarde. Al llegar a la casa nos bañábamos y acomodábamos para comer y disfrutar lo que quisieran...pizzas, por ejemplo. Pude retomar nuestras maravillosas tardes de chicas cuando me separé. Las veía reír, jugar, disfrutar... Era lindo verlas crecer. Como abuela, estuve muy feliz en esos encuentros. Nos quedó pendiente el viaje a Santiago. Habíamos planificado ir al zoológico, a Fantasilandia y después iríamos al Sur, a la casa de la tía Nancy. Para esto juntaríamos plata. Teníamos un montón de cosas y proyecto con las niñas.

Tuve 5 hermosos hijos. Mis brujitas Maryon y Marcela, y mis hombres Mario, Jaime y Héctor.

Me gustaba ir a bailar con mis amigas a la Zona Discoteca. Con Alejandra mi amiga de infancia. Con Violeta, Jessica y Eliana. ¡Uff!, la pasábamos muy bien.

A mí me gustaba bailar, me gustaba la bachata, la salsa. Fui bien alegre, mis yernos fueron también mis regalones.

Fui amiga, compañera, confidente y todo lo que podía para mis hijos.

Aquel fatídico día, mi hija mayor que en ese entonces vivía en Calama, vino a Arica: habíamos acordado pasar juntas el día 20 de abril. Yo iba a comprar pescado al muelle y luego me iría a mi casa, donde almorzaríamos juntas. Hablamos en la mañana y me contó que el desgraciado la había llamado, le

mandó una foto mía y le dijo: “*qué recuerdos más bonitos*”. Ella le contestó que no se acercara a mí, porque se iba a arrepentir y que, a mí, los ángeles me cuidaban, que yo no estaba sola y que ella estaba para defenderme.

Ella estaba muy molesta y preocupada. Le dije: “*hija, no lo pesques, si ese hueón está loco*”.

No volví a hablar con mi hija. No fue que no le contestara. No fue que andaba con los audífonos. No era yo y mi música, como ella creyó.

Quedé tirada en plena Avenida Chile, a un costado del Ferrocarril de La Paz.

Mi hija me esperaba en casa junto a mis nietas cuando comenzó a preocuparse por mi demora. Al ir a buscar su celular se dio cuenta de las llamadas perdidas y mensajes que tenía. Recibió la llamada de su hermana que le dice, “*Maryon, este hueón le hizo algo a mi mamá, está tirada en el muelle*”. La siguiente llamada fue de su tío y de su hermano, diciéndole, “*vente al muelle, este hueón le pegó a tu mamá*”. Otra llamada más, “*Maryon, a tu mamá se la llevan al hospital*”.

Al llegar al hospital, le dijeron que fuera al muelle. Tomó un taxi y se fue a mi encuentro. Llegó corriendo. Era tarde. Nunca más nos volvimos a ver.

Al llegar al lugar, me tapaba un auto y una palmera. Entre seis personas no podían agarrarla, peleaba para poder verme. Hasta que su tío se acercó, le agarró la cara y le dijo:

“¡cálmate, cálmate! Es tu mamá”. Me reconoció al ver mi pierna y la zapatilla. Estaba en shock. Reaccionó más tarde cuando estaba sentada al frente, bajo un árbol. Se preguntaba cómo iba a decirles a sus hermanos, a mis nietas y a toda la familia que yo, la mamá, había muerto.

Lo que más me dolía era justamente eso: cómo les iba a decir a ellos y a mis nietas, que la abuela había muerto. Y que este hueón me había matado. Decirles a mis hijos y que ninguno cayera en depresión por eso.

Me he perdido muchas cosas... Mi hija me cuenta, me envía mensajes al Messenger. Para el día de la mamá, la graduación de las niñas y cosas importantes de su vida, en las que yo debería estar presente. Yo siempre estaba, era súper atenta, siempre estaba ahí para todas esas cosas primeras de las niñas, siempre, siempre estaba ahí. Disfruté harto, harto de las niñas. Mi hija me invita a venir a darme una vuelta... ella sabe cuánto lo deseo también y cuánto las extraño a todas... inmensamente a todas.

Fui la mejor mamá que pude con mis hijos e hijas. Me la jugué por todos nosotros. Fui peleadora si había que defenderlos y de pocas palabras. Fui defensora de los míos, alegre, simpática, agradecida, amorosa. También estricta. Los permisos se ganaban. Fui la mejor mamá que les tocó. A veces se dice que los hijos eligen a la mamá. Eligieron bien.

A veces tengo rabia conmigo... ¿Por qué? ¿Por qué no dije lo que estaba pasando? ¿Por qué no la llamé? ¿Por qué no le conté? ¿Por qué no confié en ella para contarle lo que me

estaba pasando, lo que me había pasado? ¿Cómo no me di cuenta que terminaría así? A veces hago un *mea culpa* y me reprocho por qué no les dije más, por qué no dije que era malo, por qué no conté más.

¿Hubiese podido evitar esto? A veces no sé... Quizás si no pasaba este día, hubiese pasado otro. A lo mejor no hubiese sido yo, a lo mejor él hubiera tratado de dañar a mis hijos. Me pregunto por qué así... Después de todo lo que hice por él. No, no miró consecuencias, no vio acto, no vio nada. Él se ensañó, nomás, conmigo. Y nadie hizo nada para detenerlo. Por último, para pegarle. Nadie. Lo dejaron pasar como que “¡ah! este hueón le pegó una patada a la palmera!” Nadie dijo nada, nada de nada.

Esto no fue de un día para otro, se sabía que me estaba psicopateando cuando salía del trabajo.

Cada vez que denuncié hubo una orden de alejamiento. Tres medidas cautelares en total. Estuve con todo. Sólo faltó un botón de pánico. Ante eso me preguntaba ¿por qué tengo que andar con miedo por la calle? Yo no tengo que tenerle miedo a nadie. Me equivoqué.

Y es verdad, tenía que resguardarme y avisar. ¿Por qué no avisé? ¿Por qué no llamé? ¿Por qué no dije más? ¿Por qué no llamé a Mario? Le conté al Moncho y el Moncho no hizo nada.

Una, como mamá, no les cuenta esos problemas a las hijas. No es tan sencillo. Yo digo, a lo mejor me costó decidirme,

teníamos tanta confianza, por qué no me acerqué, no le dije “*me voy un tiempo para tu casa*”, pedir vacaciones por un tiempo para arrancarme hasta que el sistema se calmara un poco... no sé, cualquier cosa. Quizás pude haber salido de la ciudad, irme a vivir con ella. O diciendo que iba a trabajar, me hubiese ido a otro lado. Estábamos dispersos. Yo en Arica, mi hija mayor en Calama. Cómo no me di cuenta... Cuando me preguntaban, siempre respondía que estaba bien....

Mi hija me decía “*eris la mejor mamá del mundo mundial*”. Decía también que mi olor era único. “*No hay otra persona que tenga tu olor, mamá*”. Cada vez que me veía, me abrazaba y me olía. Me decía que olía entre cigarros y sudado. Para ella, era distinto oler mi perfume en la botella que olerlo en mí. Me decía que yo tenía una esencia personal que no sabía definirla... entre dulce y agraz, con olor a flores. Único.

Después de mi muerte, la Plaza Baquedano de Arica cambió oficialmente de nombre: hoy se llama “Vivas nos queremos”. Esta iniciativa surgió del colectivo “Diosas Justicieras” y mi familia. Fue aprobado por las vecinas y vecinos y también por el Concejo Municipal el año 2021. Ese mismo año se instaló una placa con el nuevo nombre, donde se lee “En memoria de Joyce Tello Avilés (1970-2019). No estamos todas”.

Mi nombre es Joyce Jeannette Tello Avilés, me arrebataron de este mundo el 20 de abril de 2019. Soy víctima de femicidio, mi asesino me propinó 19 puñaladas certeras que ocasionaron mi muerte.

Historia editada por Gabriela Aguilera Valdivia, escritora.

4. LORENA BAEZA CELIS

Lorena tenía 40 años cuando el 16 de marzo de 2014 fue víctima de femicidio, en Calera de Tango. El femicida se encuentra cumpliendo 20 años de condena en el CP de Valdivia.



Ivana Castillo
@nave.estrellada

“Vio que yo había logrado ser una mujer independiente, libre, amiga de mis amigas”.

Me casé siendo aún una niña. Tenía catorce años. De ese matrimonio tuve tres hijos: dos hijos y una hija.

Era muy chica cuando conocí el maltrato.

Nunca dije nada, guardé silencio todo el tiempo y comencé, también en silencio, a separarme. Hasta que me atreví y sentí que tenía las herramientas para hacerlo. Y lo denuncié.

Fui a varias audiencias y el juez decía:

–“Le vamos a dar una medida cautelar, señora, para que él no se acerque, por su seguridad”.

Pero era absurdo, estábamos ahí mismo en la audiencia, y mi femicida me amenazaba y no le pasaba nada.

Yo todavía era muy joven, estaba llena de proyectos y decidí sacar adelante mis pendientes. Me inscribí para terminar la enseñanza media y lo logré. Volví a tomar contacto con viejas amistades y entre esas personas, apareció un vecino que vivía muy cerca.

Comencé una relación que me resultaba atractiva. Con él fui descubriendo tiempos y espacios que no conocía, salidas, paisajes... Volví a enamorarme. Me sentía muy querida.

Tuve una vida feliz que duró unos doce años. Después, él cambió. Estaba diferente, raro. Tuvimos problemas

económicos porque ambos trabajábamos de manera independiente y nuestros ingresos eran inestables. Él no se movía mucho y yo le reclamaba que trabajara más para sacar adelante nuestro proyecto, pero no lo conseguí. Dado que la situación económica era cada vez más precaria, comencé a trabajar remuneradamente fuera de la casa.

Y la relación comenzó a quebrarse.

Y de pronto se instaló la violencia en nuestras vidas.

La relación que habíamos forjado quedó atrás. En más de una ocasión, mi hermana y su esposo acudieron en mi ayuda porque alguien los llamaba al escuchar los gritos y las agresiones. Les avisaban que en mi casa estaba quedando la embarrá.

Sufrí mucho maltrato, él me pegaba, rompía mis cosas, me abusaba. Y como yo necesitaba convencerme de que esto no era verdad porque que se trataba del mismo hombre con quien había sido feliz harto tiempo, lo perdonaba, esperando como un merecido milagro, que regresara la persona a la que había amado.

Eso nunca ocurrió.

Él prometía que nunca más me iba a agredir. Yo me prometía que nunca más iba a regresar con él. Fueron tiempos muy duros para mí.

Una vez me obligó a subir a su auto para luego conducir a 120 kilómetros por hora hacia el Cajón del Maipo. Allí comenzó

a torturarme y abusar de mí, manteniendo un cuchillo. Eso es tortura.

Sólo se lo conté a una amiga, con quien pude desahogarme algo.

Yo igual le echaba *pa'* delante, buscando alternativas para no quedarme ahí, rendida. Fue así que le dije a mi hermana:

–“*Quiero trabajar, me gustaría trabajar como tú, en el área de la salud*”.

–“*Estudia*”, me contestó ella y me entraron las ganas.

Al poco tiempo y gracias a su ayuda, ingresé a trabajar al hospital de niños, ése, el Exequiel González Cortés, como auxiliar.

Para él, eso resultó insoportable. Vio que yo había logrado ser una mujer independiente, libre, amiga de mis amigas. Por esos días cantaba con mi hija la canción de Marc Anthony: “*Voy a reír, voy a bailar, vivir mi vida lalala..*”. Estaba contenta.

Trabajé harto y se me amplió el mundo. Hice nuevas amistades y tuve más vida social. A él no le agradaba este nuevo giro en mi vida. Se sentía amenazado. Me veía contenta y plena con un nuevo proyecto, con desafíos nuevos, con personas nuevas. Me sentía plena y se me notaba. Pensaba: “*¿por qué me tengo que dejar pisotear? Si yo soy mujer y estoy trabajando. A este gallo no lo aguanto. ¡No lo aguanto!*”.

A diario me preguntaba cómo era posible soportar la violencia en momentos que me sentía tan contenta con lo que estaba haciendo, que fuera un error que una mujer sumisa pensara cambiar su vida, trabajar...y que por ese hecho corriera el riesgo de que la mataran. Me iluminé y corté la relación. Me embarqué sola a trabajar por mí y por mis hijos.

Sin embargo, su violencia no cesaba y era tanto que en la audiencia dijo:

–“*Si no es conmigo, no es con nadie*”.

Esa frase quedó en la grabación del tribunal. Y nadie hizo nada. Porque eso era es una amenaza. Sólo decretaron una medida cautelar... y ciento veinte días después, me mató.

Fui yo misma a carabineros a dejar la medida cautelar que debería haberme protegido. Para entonces no imaginaba lo poco que me quedaba de vida, de esta vida que había vuelto a reconstruir y que me hacía tan feliz. La indolencia de quien me atendió en carabineros de Calera de Tango, llevó a que dejara la medida cautelar sobre su escritorio. No la ingresó al registro para su seguimiento, como debió haberlo hecho, cumpliendo con la disposición del Tribunal. Recién después de mi muerte se supo que hubo una medida cautelar a la que no se le dio curso oportunamente. Es verdad que saber eso ahora no me sirve de mucho, es sólo para corroborar la desprotección en que vivimos las mujeres. Dan lo mismo los sumarios o las sanciones.

Esa medida cautelar pudo haber salvado mi vida.

El Estado de Chile me debe mucho y también a mi familia, porque los carabineros no hicieron el trabajo que debían hacer. No se trata de uno u otro: se trata de que institucionalmente nos invisibilizan. No les importamos. El femicida lo sabía y se aprovechó de un sistema que no me protegía. Él sabía que la orden del Tribunal no se cumplía porque nunca vio una ronda, una visita, un seguimiento. Y claro... si la medida cautelar nunca se registró en el sistema, ni siquiera se hizo lo mínimo.

Entonces, él lo planeó todo.

Ese día me fue a esperar al hospital. Vino de Calera de Tango a San Miguel y me siguió hasta mi casa, donde entró con un cuchillo de treinta centímetros con el que me profirió numerosas heridas en el cuello hasta matarme.

Yo estaba viviendo una vida bella que no pensé tener antes y me la quitó un día domingo 16 de marzo de 2014, a las 21:00 horas.

Hoy día el femicida cumple veinte años de condena.

La tierra cubre mi cuerpo.

Historia editada por Gabriela Aguilera Valdivia, escritora.

5. CATALINA NAVARRETE SEGURA

Catalina tenía 22 años cuando fue víctima de femicidio. Su cuerpo fue hallado el 21 de mayo de 2022 a orillas del río Donguil en Gorbea. A la fecha su muerte se encuentra en la impunidad.



Valentina
@valentina_ilustra

“Siempre me pensé en el Sur, porque si hay algo que yo amaba con locura era el campo”.

Mi nombre es Catalina, nací un trece de octubre de 1999 en Gorbea, un pueblo pequeño de la Araucanía. Además de ser la menor de la familia, siempre fui muy muy pequeñita físicamente. Éramos ocho hermanos y en esos años la vida en el Sur no era fácil. Sin embargo, nuestros padres siempre nos dieron todo lo que pudieron darnos y crecimos felices.

Desde pequeña fui una niña alegre, buena para hacer travesuras. Me gustaba mucho jugar a la pelota, aunque como era bien frágil, mis hermanas me protegían mucho, no me dejaban mucho jugar con los vecinos. Disfrutaba de mis amigas y del colegio, sobre todo del internado al que fuimos con mi hermana, ese colegio era como estar en el campo: escalábamos los árboles, trabajábamos la tierra y manteníamos el invernadero. Yo amaba ese contacto con la naturaleza y la tierra. Jugábamos día y noche hasta cansarnos y querer llegar solo a comer y dormir.

Me gustaba bailar, en el colegio siempre me ofrecía para los actos artísticos. Fui una estudiante muy respetuosa con las y los profesores, además de muy detallista con mis trabajos y mis cuadernos. Me gustaba y me esforzaba en hacer mis tareas.

Cuando yo tenía más o menos cuatro años falleció nuestro padre, fue una muerte difícil para toda la familia, pero tengo el lindo recuerdo de visitarlo en el cementerio, en familia. Nos acompañábamos y disfrutábamos de ese momento juntos.

En el campo la vida es tranquila. Nuestras salidas eran del colegio a la casa y cuando ya llevábamos muchos días encerradas en la casa, salíamos a la Virgencita que estaba cerca de la casa para despejar nuestra mente, ahí nos juntábamos con un par de amigas. A veces, pedía permiso para ir donde mis compañeras y después me venían a dejar a la casa. Nunca fui fiestera, es más, creo que a la única fiesta que fui tipo con música y luces fue a mi fiesta de gala.

Aunque no iba a fiestas, de todos modos, yo siempre andaba bailando, ya fuera en el colegio o en la casa. A veces, con mi hermana, las dos bailábamos en la pieza, hacíamos coreografías y nos divertíamos mucho. Cuando ella hacía TikTok, la molestaba para arruinarle los videos, las dos siempre estábamos juntas, ella era como mi ángel de la guarda, siempre unidas, me cuidaba de día y de noche, estábamos conectadas.

Fui creciendo y aparecieron algunos pololos en mi vida. En mi último año escolar nació mi hijo, eso fue un proceso intenso. Mi hermana ya había sido mamá, entonces nos acompañamos mucho las dos en la maternidad. Para ella yo aún era una niña, si incluso en ese tiempo todavía dormíamos juntas.

Con el papá de mi hijo nos conocimos en el Liceo cuando yo estaba en segundo medio. Al principio, la relación era muy bonita, como de dos adolescentes, inocente y de amistad, pero con el tiempo comenzamos a tener muchas discusiones y peleas, terminábamos y volvíamos constantemente. El peor momento fue cuando me enteré que estaba embarazada. Cuando le conté que tendríamos un hijo juntos él me pidió

que lo abortara, yo sentí temor y se lo conté a mi hermana, ella exclamó: *¡por ningún motivo!* Me dijo que si hacía eso me podía ir presa, me dio tanto miedo que nunca más hablé del tema.

Mi hermana me acompañó todo el embarazo y mi mamá entró a la sala de parto conmigo, yo tenía miedo porque ese día no lo sentía moverse. Me hicieron una cesárea de urgencia y felizmente todo salió bien. Lo que más recuerdo de ese día eran los postres que mi hermana me llevaba a escondidas al hospital, me encantaba que me regalara así.

Después del nacimiento de nuestro hijo seguimos juntos por unos meses más, hasta que nos separamos. Pero él casi no venía a visitar a su hijo, ni hacía pago de la pensión de alimentos. Yo seguía estudiando y no podía trabajar fuera de la casa y él no nos entregaba el dinero correspondiente, así que una vez más mi familia me ayudó emocional y económicamente. En ese tiempo yo estudiaba Contabilidad en el Liceo para poder terminar el cuarto medio. Viajaba en la hora del almuerzo a darle pecho a mi guagua y luego volvía a clases. Cuando hice mi práctica de Contabilidad, viajé todo el primer semestre a Temuco, y el segundo semestre a Pitrufquén, así que ahí me sacaba leche, se la dejaba guardadita y mis hermanas se la daban en su mamadera. Así yo podía terminar de estudiar.

Mi sueño era poder seguir estudiando y trabajar mucho para tener mi casa; con mi hermana siempre hablábamos de lo mismo: “¡oh!, ¡qué daríamos por tener nuestras casitas!” estar tranquilas con nuestros hijos. Eso sí, siempre me pensé en el Sur, porque si hay algo que yo amaba con locura era

el campo, los árboles. Tanto sueño que quedó inconcluso y destruido esa noche.

El día en que desaparecí, mi mamá había ido a la cancha que está cerca de la casa a ver un partido de fútbol, como mi hijo era su sombra, también quería ir y se puso a llorar y para que no llorará le pasé mi celular con dibujos animados. Había llorado tanto que me sentí muy agobiada, entonces me puse un polerón de mi mamá y salí de la casa un ratito. Mi hermana pensó que yo había salido al patio a fumar. Pero una hora después llegó mi mamá a la casa y salió al patio percatándose que yo no estaba ahí. Dejaron que pasara una hora, pensando que podría haber ido a la Virgen a relajarme un rato. Sin embargo, pasaron las horas y yo no llegué a casa.

Parte de la familia salió a buscarme por los alrededores, fueron a la Virgen. Mi hermana vio una sombra sentada en ese lugar y corrió a buscarme, pero no había nadie y no me encontraron. Sintió un sudor frío en el cuerpo y supo que algo malo me había ocurrido.

Fueron tantas las veces que mis hermanos recorrieron los alrededores, que las vecinas empezaron a preguntar: “*la Catita no está, no la encuentro vecina, salió y no la encuentro vecina, tengo un mal presentimiento*”, les decía mi hermanita con su pecho apretado.

Me buscaron toda la noche por todos los alrededores, no había rastro mío, nadie vio nada, nadie sintió nada, era como si me hubiese tragado la tierra.

A las cinco de la madrugada mi mamá y mi hermana fueron a la comisaría a poner una constancia en Carabineros. A esa altura ya era un hecho que algo me había ocurrido, nunca me había quedado fuera de la casa.

De vuelta a la casa, una vez más, mi hermana y mi mamá pasaron por el mismo lugar donde más tarde me encontraron, es decir, mi cuerpo lo pusieron más tarde ahí.

Llegaron de vuelta a la casa a buscar una prenda de ropa mía usada para llevarle a una Machi del pueblo, para que las ayudara con la búsqueda y en ese trayecto llamó un hermano avisando que me habían encontrado: “*¡encontramos a la Catita, la encontramos muerta!*” Mi hermana en shock no lograba escuchar ni procesar el hecho de que habían encontrado mi cuerpo y mi madre, desbordada en llanto, llegó al lugar por donde tantas veces buscaron, pero ahora estaba allí mi cuerpo.

Me introdujeron en una funda blanca, y me sacaron de ese camino. Fue tan brutal la imagen, que no dejaron a mi hermana ni a mi madre ver mi cuerpo.

El Servicio Médico Legal indicó muerte por asfixia y violación. Fui estrangulada y violada vaginal y analmente. No se encontraron restos biológicos porque usaron preservativo. Desde el inicio de la investigación, a mi familia no les han dado esperanza alguna de saber quién fue el femicida que fue capaz de arrebatarme la vida de esa brutal manera.

Dos años después, siguen investigando mi asesinato, siguen haciendo pericias a fluidos, a mi ropa encontrada, tomando

declaraciones una y otra vez. Mi familia sigue batallando, haciendo lo imposible por encontrar al o los culpables de mi muerte.

De vez en cuando le hablo a mi hermana en sueños, la extraño mucho al igual que a mi hijo. Sé que está en buenas manos, mi familia lo está cuidando y protegiendo siempre, yo desde acá los acompaño y les doy las fuerzas para que sigan luchando para encontrar a quien me arrebató la posibilidad de ver crecer a mi hijo, de lograr mis sueños, de seguir estudiando y de tener mi casa en el campo. Desde acá les sigo enviando fuerzas para perseguir la verdad y encontrar a quien o quienes me arrebataron la vida.

5. CAMILA VILLAVICENCIO CASANUEVA

Camila tenía 29 años cuando fue víctima de femicidio, en Santiago. Su cuerpo fue hallado el 15 de octubre de 2022. El femicida se encuentra en prisión preventiva a la espera de juicio, en el CDP Santiago Uno.



Agata Concha
@unagata.grafika

“La verdad, me robaron la vida”.

Antes éramos una familia más alegre, con mucha más energía. Con mi partida, mi familia se quebró: por ejemplo, mi hermana Nicole congeló sus estudios porque el temor de relacionarse con otros la hizo quedarse en casa. ¿Cómo se vive con ese miedo? ¿Quién entiende el impacto de una muerte como la mía, en una familia?

Han buscado apoyo en la atención psiquiátrica y psicológica para atender su salud mental, pero es muy difícil: no hay acceso. No tienen acceso a lengua de señas... y toda mi familia es sorda. En este mundo no hay cabida para ellos. Una familia quebrada, rota ¿cómo se recompone?

Navidad, Año Nuevo y días especiales como es el cumpleaños de mi madre, eran todo para mí y para nuestra familia. Con mis hermanas preparábamos la cena y nos organizábamos para celebrar el Día de la Madre, como también nuestros encuentros familiares de los domingos, donde jugábamos, conversábamos, almorzábamos o veíamos películas. Yo era muy motivada, muy alegre y me encantaba. Ahora es muy diferente; todos muy, muy serios. Lo mismo para los cumpleaños: el de mi mamá, el de mis hermanas... No es lo mismo. Ahora no celebran; se reúnen solamente para recordarme.

Que un hombre nos haya arrebatado ese maravilloso mundo familiar, a mí me da mucha rabia. La verdad, me robaron la vida.

Fui la segunda hermana, de tres. Fui muy alegre, activa, muy entusiasta; tenía una energía muy positiva. Esa energía la proyectaba muy animosa y me encantaba hablar, tenía mucha reflexión política tanto sobre la situación personal que estaba viviendo, como del contexto político del país. Desde que nosotros crecimos, mi papá y mi mamá siempre estuvieron con nosotros. Antes, la educación era muy mala para las personas sordas; vivimos la experiencia de discriminación en nuestros padres y ellos nos motivaron siempre y nos estimularon a luchar y esforzarnos. Mi madre todavía piensa y actúa como que no es verdad, porque sabe que, pese a mi muerte, aún estoy con ella y con todos en este período. Que siempre he estado. Fui regalona de mi papá, nos apoyábamos mucho. Salíamos a almorzar. Pese a esa amorosa sensación de conexión eterna en la que estaremos, nos han arrebatado y alterado el alma familiar y la soledad arrecia muchas veces.

Ha sido una experiencia muy horrible. Es un dolor muy, muy, muy fuerte para todos y todas. Tratan de ir al psicólogo, ir como para continuar mejorando. Hasta el gato Tom se ha desaliñado: enfermó y estuvo muy grave. Solo mira mi foto atentamente. Sabe que no volveré y pareciera que tampoco se conforma.

Me encantaba viajar. Fuimos a Brasil, Argentina a pasear. Hermosas las vacaciones que tuvimos en familia, y también en Paraguay. Fueron mis últimas vacaciones. Entre mis lugares favoritos están Chiloé y Puerto Varas.

Fui una mujer muy trabajadora, me encantaba trabajar. Enseñé lengua de señas, daba clases, siempre aporté a las personas sordas y a la investigación sobre nuestra condición.

Adquirí mucha habilidad para escribir y leer. Viví siempre con mi madre y mi padre y los acompañaba en los trámites como al doctor, al dentista, a cualquier parte en que pudiera ayudar. En todas interpretaba perfectamente porque me podía comunicar muy bien a través de la lengua escrita. A veces, por ejemplo, cuando veíamos televisión, películas con subtítulos o series, me ponía a interpretarles las series a mi mamá, a mi papá. A él le encantaba mucho ver series conmigo, interpretaba y le explicaba qué pasaba. Mi papá podía entender lo que pasaba.

Con mi trabajo logré comprarme un departamento propio, un auto propio. Fui bien ordenada con mis finanzas, y con todo lo que podía disfrutaba con mi familia. Con mi mamá y papá nos íbamos de vacaciones y siempre andábamos pensando ¿y ahora, a dónde vamos juntos? Acordamos ir Colombia, Perú y Ecuador en las próximas vacaciones. No fue posible.

También trabajé en el Laboratorio LECSOR, Lengua Educación y Cultura Sorda de la Pontificia Universidad Católica de Chile, con una investigadora experta en el área. Viajé a Brasil, a Florianópolis, etc., enfocada siempre en las personas sordas. Asistí a los congresos que se hacían cada dos años. Todo eso me permitía estar informada de los avances porque aprendía a través de los congresos. Me encantaba mucho leer, siempre me compré muchos libros y formé una biblioteca muy amplia. Eso me permitió avanzar mucho y mejorar mi escritura; podía escribir y entender bien. Publiqué un artículo sobre Educación, Lengua de Señas Chilena y español como segunda lengua, en el libro *Educación y Lengua de Señas Chilena: desde la experiencia Sorda a la interculturalidad y el bilingüismo*.

Los líderes de la comunidad sorda, en su mayoría son hombres. Esto ha sido histórico, son muy pocas las mujeres líderes dentro de la comunidad sorda. Se hace difícil luchar para mejorar la educación de las personas sordas, porque de verdad falta mucho, pareciera que no hay avances al respecto. Ocurre también que hay muchas personas sordas que denuncian violencia, pero no pasa nada.

Como mujeres sordas nos veíamos expuestas a muchas situaciones que era difícil enfrentar: primero, a la decisión de denunciar; luego, a ver cómo podíamos hacerlo, buscar apoyo, quién nos escuchaba, quién nos interpretaba... no podíamos hacerlo solas. Estaba el tema de los hijos, las pensiones de alimentos, los cuidados, los permisos, etc.

Decidí ayudar a todas quienes pudiera, porque el apoyo a las mujeres que denunciaban estas cosas, siempre ha sido bien escaso. Lo mismo con las instituciones de sordos con quienes teníamos muchos problemas: por ejemplo, de maltrato, de violencia, de pensión de alimentos para nuestros hijos e hijas, y nadie se hacía cargo y la familia no se comunicaba con las personas sordas. Entonces me las arreglaba con mi horario, y dentro de mi disponibilidad acompañaba a hacer los trámites a las mujeres sordas que lo necesitaban. Ayudaba a redactar las cartas para que pudieran entregar y las instaba a confiar en ellas mismas para continuar con sus trámites.

Me había preguntado tantas veces sobre la realidad de nosotras las mujeres sordas, por ejemplo, si en la noche viene una persona y me roba, o me viola, ¿cómo puedo llamar a carabineros al 133?, ¿cómo puedo hacer eso? Esto tan

cotidiano que se anuncia permanentemente en las campañas de prevención de la violencia en contra de las mujeres, nunca, nunca consideró nuestra condición. ¿Cómo denunciamos las mujeres sordas? ¿Cómo!?

Después de mi muerte, muchas mujeres sordas empezaron a hacer denuncias en la Comunidad Sorda. En Instagram publicaban “*esta persona también me violó a mí*”, “*esta persona es responsable de la muerte de Camila*”. Fueron más o menos cuarenta mujeres quienes publicaron denunciando.

Fui madre adolescente y tuve todo el amor y apoyo de mi familia para recibir a mi amado hijo, que ya tiene 14 años. Su padre es oyente. Pude continuar con mis estudios e ingresé a la Universidad. Con su padre estuvimos juntos varios años, algún tiempo con idas y vueltas. Me costaba defenderme a mí misma de la violencia que viví y me aboqué a ser defensora de las demás personas. Me manipulaba, me impedía hacer muchas cosas, incluso viajes a congresos de investigación. Entonces decidí separarme, pese a la amenaza de quitarme a mi hijo, porque él era oyente.

Viví todo eso con mucho susto. Quise viajar a Francia con la investigadora de la lengua de señas, por dos semanas. No pude. El padre de mi hijo me amenazó con acusarme de abandono si lo hacía. Suspendí el viaje y me sumí en la furia, pena y frustración. Me angustió mucho todo, porque él usaba a mi hijo para cualquier cosa que pasara; usaba al hijo para amenazarme. Que decir de las veces, año tras año, en que le solicité el permiso para salir de vacaciones con mi hijo fuera del país y se negó. Finalmente, de tanta insistencia, logré

persuadirlo y viajamos con mi hijo y mi familia, fuera del país. Nuestras últimas vacaciones.

Conocí al asesino mucho antes. Íbamos en el mismo colegio. Era un poco mayor que yo. No fuimos amigos. Nos fuimos encontrando con el tiempo, a través de la gente y a través de mujeres a las que supuestamente ayudaba de manera desinteresada. Eso le agregaba una apariencia de ser muy hombre, en el que se podía confiar. Este mismo, “buen hombre”, abusaba de esas mujeres, las obligaba a tener sexo. Las drogaba con pastillas, cocaína y alcohol, hasta la inconsciencia y luego las abusaba. Después de mi muerte, dijeron que me había pasado lo mismo. La gran diferencia, es que yo había muerto.

Aparecieron muchas otras víctimas, con vida. Yo había muerto. Se había descubierto un *modus operandi*, pero yo no estaba para atestiguar. Mi cuerpo y su ubicación, hablaron. Muchas mujeres mandaban videos, más o menos entre cuarenta y cincuenta mandaron información de cómo este hombre las abusaba.

Ninguna de ellas pudo declarar en el juicio. Entonces, la causa fue archivada.

No hubo medida cautelar.

Nunca imaginé que este hombre podría cometer algo así, que iba abusar de mí. En mi teléfono quedaron registros de cuando me encerró con llave ese mismo día. Pude grabar algunos mini videos. Cerca de las 04:00 am, el mismo día que

me mató. Fue mi denuncia sobre mí misma. Esta vez no eran las demás mujeres; esta vez, lo impensable era que **era yo**.

Mi familia se enteró de la manera menos esperada, como siempre en estas tragedias. Además, no estábamos juntos. Llamaron a mi hermana menor, que estaba en su casa, mientras mi papá estaba en la suya. Mi hermana mayor y mi mamá, estaban en una ceremonia de titulación de una agrupación, cuando recibieron la noticia.

Al llegar a la casa, donde me encontraron, la del asesino, ya habían llegado los Carabineros, quienes tuvieron una muy mala reacción con mi familia. Fue pésima, se rieron mientras mi familia estaba en shock. Todo era un caos.

Mi hermana, escuchó que le decían al asesino *“tú le echaste pastillas a la Camila”*. *“¿Por qué le diste pastillas?”* Lo dijo la misma persona a la que le mandó fotos mías de espalda, la noche de mi muerte. Ella vio mi foto y me reconoció. Le informaron a carabineros inmediatamente.

Mi padre me encontró, allí donde me dejó el asesino, en el sofá, supuestamente durmiendo y cubierta con una frazada, así como de lado. Evidentemente puesta allí. Nada natural. Estaba con la polera del asesino, el pantalón con el botón descocido y uno de los calcetines, al revés. Un “buen montaje”. Todo limpio y pulcro.

Le pedían explicaciones al asesino y daba distintas versiones: que se había ido a dormir y que al despertar me había encontrado así, como me había dejado. Que había pasado a

buscarme y me había encontrado tan mal que me había llevado su casa. *¿Por qué no la llevó al hospital?* –le preguntaron y él dijo: *“si la llevo al hospital mis padres se van a enojar. Tengo miedo”*

Realmente un caos. Nadie ordenaba nada ni cercaba nada. Entraron los vecinos a la casa y transitaban por ahí, sin un solo cuidado con nada. –*¿Cómo puede ser?* –le preguntaba mi hermana a Carabineros, mirando la situación.

Cuando llegaron las intérpretes, carabineros dijo que **las sordas no podían declarar**. Tenían intérprete y no podían declarar. No hubo caso. Se rieron y dijeron simplemente que no. La verdad es que no nos tomaron en cuenta.

Los sordos no pueden declarar, las sordas no pueden declarar. Esto es inconcebible.

Llegó mucha gente del lado del asesino y reconocieron a Carolina porque fuimos compañeras en el colegio de Sordos. Carolina, estaba junto a Gladys, amiga oyente con la que conversaba en Lengua de Señas. El padre del asesino no se percató que escuchaba, cuando él dijo que su hijo había manipulado las cámaras, cortando el circuito de estas. Ellas le informaron a Carabineros y aún no saben si solicitaron esa diligencia.

Las personas encargadas de fotografiar los cuerpos, las evidencias, la escena del crimen, llegaron como a las 16:00 horas, cuando todo el vecindario y la familia del asesino ya habían pisoteado y alterado, así sin más, el lugar de los

hechos. Más adelante y gracias a las presiones e insistencia de mi familia con autoridades, se logró que se hiciera un sumario a los carabineros que permitieron el tránsito del barrio, allí donde me encontraron, sin resguardar ni una prueba.

Sobre las cámaras, al día de hoy no hay evidencia, no están las cámaras, no han mostrado las cámaras. La abogada lo ha pedido, las ha solicitado muchas veces. Nada. Ni una respuesta.

Mi prima es CODA (hija oyente de madre y padre sordo), excelente en lengua de señas, pero en el Servicio Médico Legal no hay intérpretes. Ella acompañó a mi mamá y mi papá para poder facilitar la comunicación. Cuando quisieron pasar, no lo permitieron: solo dos, solo dos personas dijeron. Inconcebible. Él les habló de su rabia y de la responsabilidad de demorarse seis meses para exhumar y no haber investigado antes. Como que nada coincide. Lo que informa el Servicio Médico Legal y carabineros no tienen nada que ver. Entonces, lo que aparece en ambos documentos no tiene sentido; es como si el carabinero hubiera hecho un muy mal trabajo en primera instancia.

Mi padre siente mucha rabia con el Servicio Médico Legal, por la información que le dieron y que luego no está en los documentos. En medio de todo esto hay mucho dolor en la familia por la lentitud, la discriminación, la desconsideración. Inconcebible. Es muy raro. Además, se agrega que todos los exámenes indican que hay cosas como alcohol, algo como drogas porque supuestamente estábamos en una fiesta, pero claro: me culpan a mí. Responsable más encima de mi

asesinato. Una vez más las mujeres somos las culpables y no los asesinos.

“Camila no murió en el sofá. ¡Camila no murió en el sofá!”, insiste mi hermana, exigiendo justicia y explicaciones, detalle sobre qué ocurrió y quién es el responsable de mi muerte.

Hoy la demanda de mi familia y de activistas amigas es la creación de un **Proyecto de “Ley Camila”**, para resguardar la integridad de personas con discapacidad y que se elabore e implementen protocolos en caso de violencia de género. Que den atención a las mujeres sordas, vulneradas.

Historia editada por Pía Barros, escritora y tallerista.

REFLEXIONES SOBRE FEMINICIDIO

“Hijas, madres, hermanas que escriben: actorías contra el olvido”

Por Mónica Maureira M.

Periodista, experta del Estado de Chile ante el Mecanismo de Seguimiento de la Convención Belém do Pará (MESECVI)

El femicidio continúa siendo la expresión última de la violencia machista hacia mujeres y niñas, que tiene como antecámara sutiles formas de discriminación que se reproducen y encadenan con otras filosas formas de crueldad. Pese a los avances normativos nacionales e internacionales, a la mayor consciencia declarada por un sinnúmero de gobiernos y llamados urgentes de organismos internacionales a disponer de más recursos para su erradicación, los crímenes contra mujeres por ser mujeres no cesan, resisten.

La intensidad de una relación que no da espacio para disfrutar del amor de hijos e hijas. El control que avergüenza y silencia otros maltratos. La cólera desatada por el consumo del alcohol o de drogas que connumente aparece como excusa para justificar el comportamiento del agresor. La medida cautelar que nunca se cumplió. Los crímenes impunes que arrebatan toda posibilidad y conquista de autonomía. La mofa del agente policial ante el reclamo por tanta negligencia en el proceder.

Todo lo anterior, distintos registros de la violencia femicida.

Por ahora vengo a proponer que **la palabra femicidio** construya memoria. Que en lugar de ser el fin de la vida de miles de mujeres **sea la palabra que les permita a todas las víctimas permanecer en lo público, la palabra que les permita perpetuarse.**

El ejercicio de escritura que hacen hijas, madres, hermanas de recrear los últimos pensamientos, momentos de vida de Fahíme, Paulina, Joyce, Lorena, Catalina y Camila es una prueba de resistencia que transforma a sobrevivientes de femicidio, familias y amistades en **actorías políticas contra el olvido.**

El escrito del dolor, del sufrimiento también es de rabia. Mucha rabia. Una rabia movilizadora, efectiva, generadora de cambios. Que atesora recuerdos, que exige menos impunidad y más justicia, no sólo para ellas, a quienes nombran, sino para todas las que se acogen bajo el grito ***¡y la culpa no era mía!***, como le insinuaron a Camila porque supuestamente andaba de fiesta cuando la mataron.

La escritura del femicidio es un grito contra la indignidad que se institucionaliza. Y que tiene como ejemplo la protección del Estado que no se concreta, la desprolijidad del peritaje forense, la inconformidad que deja toda condena penal.

En cada palabra hijas, madres y hermanas abogan por el derecho a la garantía de no repetición que queda en suspenso: por los 65 femicidios que se cometieron en 2010 cuando la Red Chilena contra la Violencia hacia las Mujeres

comenzó el registro de estos crímenes, por las 50 mujeres que murieron por violencia femicida el 2023¹ y por todas las que vendrán.

El detalle escriturado de la agresión, del hecho violento, de la mano de quienes las quieren y las añoran, es una poderosa fuerza que ubica –desde los márgenes– el sentido de justicia en el espacio público de manera generosa. **La vida a la que renuncian es una vida que persiste cuando ellas, las que escriben, ponen su duelo en común a través del relato.**

En estas cinco historias, **el dolor que suele ser privado, se transforma en un valor público que se opone a la inacción del Estado y a la indolencia de la comunidad.** Esta escritura es una forma de burlar al poder femicida que busca silenciar a miles, pero que al recuperar la memoria de parte de sus vidas se logra que las mujeres permanezcan. Todas las mujeres, todo el tiempo. Perseverantes.

¹Registro de femicidios disponibles en: <https://www.nomasviolenciacontramujeres.cl/registro-de-femicidios/>

III

SUICIDIO FEMINICIDA

*Y es allí, y solo allí, en la altura,
donde
podemos desplegar nuestras alas en
toda su
extensión.
Solo allí, en lo más alto de nosotras
mismas,
en lo más profundo de nuestras
inquietudes,
podremos separar los brazos, y volar.
... ella ha iniciado ya ese vuelo.*

Dulce Chacón

1. CATALINA ANTONIA ZÚÑIGA MELERO

Catalina tenía 22 años cuando fue víctima de suicidio femicida. Murió el 17 de diciembre de 2021, en Santiago.

A la fecha de su muerte no se encontraba tipificado el suicidio femicida, por lo que el femicida se encuentra en impunidad.



Suyl Aprosio
@varda.aurora

“Nunca más vi a mi familia. Ni a mi papá, ni a mi mamá, ni mi hermana. Tampoco a la Fran”.

Yo era risueña, chistosa y divertida. Me gustaba estar siempre arreglada, maquillarme, verme bien, ¡Me encantaba! Veía tutoriales y los practicaba: era autodidacta. También me gustaba pintarme las uñas y hacerme distintos peinados.

Yo era de esas personas que llenaban los espacios de luz (esas frases clichés que dicen): “ella era la luz, era la alegría del lugar”. Alegaba la vida de quienes me rodeaban. Así era, alegre y estudiosa también. De niña fui muy inteligente y tenía una voluntad única. Mi mamá me decía: “*me acompañas para allá o para acá*”, y yo la acompañaba feliz. Hacía lo posible para cumplir con lo que me pidieran, me gustaba ayudar a la gente.

Vivía con mi familia en una zona rural de Rancagua, en la Región de O’Higgins. Mi mamá conoció a mi papá allá, en la localidad de Gultro. Se casaron y construyeron su casa. Mi papá ya tenía hijas e hijos y al casarse con mi mamá, me tuvieron a mí y a Clemente, mi hermano pequeño. Fui muy querida y también quise mucho. Era súper divertida ¡el alma de la fiesta! y participaba en todas las actividades familiares y viajes... Con mi mejor amiga, la Fran, andábamos por todos lados pasándolo bien.

Terminé cuarto medio y después hice un preuniversitario. Siempre quise estudiar Odontología, pero en esa época se decía que había muchos dentistas y que la carrera estaba colapsada. Entonces ingresé a la Universidad del Desarrollo en Santiago, para estudiar Ingeniería.

Nunca fui de muchos pololos..., nunca tuve un pololo importante antes de él.

Cuando empecé mi relación con este tipo, decidí venir a estudiar a Rancagua porque justo en ese tiempo se abrió la Universidad O'Higgins acá. En 2021 me matriculé en Ingeniería.

Estábamos en pandemia y debíamos tomar clases online. Eso me aisló mucho y me hacía presa fácil de sus violencias. Cuando mi mamá entraba a mi pieza yo era un zombi, estaba demacrada, no dormía bien. En junio les dije a mis padres que no podía seguir estudiando porque no me concentraba. Sentía que no podía seguir y ahí quedó mi carrera. En ese momento tuve la esperanza de retomar el año siguiente con todas las ganas. Pero ya no podía estudiar...este tipo no me dejaba en paz. Su acoso era permanente.

Él me decía que nadie me quería, que estaba sola y que únicamente lo tenía a él. Me fue convenciendo, pese a que yo era muy cercana a mi familia. Cuando mi mamá y yo nos enojábamos porque ella me hacía ver que él no era para mí, que esa relación no era para mí y que me estaba haciendo daño, él aprovechaba eso para hacerme sentir que ella no me quería. Cada día me sentía más vulnerable, más dependiente. Era tan fuerte lo que sentía por él que, a pesar de que todo el mundo me daba consejos, no pude salir de ahí.

Cuando nos conocimos, yo tenía veinte años y él diecinueve. Vivía con su abuela paterna y andaba con ella para todos lados, era la única que lo quería en su familia. Ahora, después

de mi muerte, aparecieron muchos miembros de su familia para protegerlo. Se prestaron como testigos en el juicio y se atrevieron, incluso, a agredir a mi mamá a través de las redes sociales.

Esa es solo una de las tantas violencias a que se ven expuestas nuestras madres cuando exigen justicia.

Yo nunca estuve botada en la calle. Yo me fui de la casa por la violencia que el agresor ejercía sobre mí, porque que me torturaba y manipulaba para que me fuera de mi casa. Aislada me manejaba mejor. Nunca fui capaz de conectarme con el permanente llamado de mi madre para que saliera de esa relación. No pude verla, no pude verme. Según yo, era una enamorada incomprendida.

Era tanta mi dependencia que había aprendido a escaparme de mi casa para juntarme con él. Me arrancaba por la ventana a medianoche, dejaba la cama igual que en las películas en que las cabras se arrancan y ponen almohadas. Eso mismo hacía yo.

Mi mamá salía a buscarme. En su desesperación por ayudarme, le pidió ayuda a la familia de él. Habló con la abuela paterna, que lo había criado, y ella le dijo, *“pucha... es que Fabián no vive con nosotros, él está con su mamá”*. Y ahí quedaba mi mamá nuevamente, sin ayuda, sin apoyo.

Cuando dejé la casa de mi madre, fui a vivir con la Fran. Ella estuvo siempre cerca, ayudándome, pero llegó un minuto en que se cansó de tratar de rescatarme y cuando me exigió dejar

de verlo, fui a vivir con mi hermana. Ella también me puso como condición que no siguiera mi relación con el agresor. Pero yo mentía y de alguna manera me las ingeniaba para salir y juntarme con él.

Tanto mi familia como la suya sabía de los malos tratos que me daba. Mi familia me hacía desesperados llamados para que lo dejara. La suya fue su cómplice. Su mamá fue testigo muchas veces de cómo por celos que se inventaba, me gritaba frente a ella: “*maraca culiá, te andai pelando*”, y a empujones me sacaba de la casa.

Por más que intentaba tapar los golpes, mi familia se daba cuenta. El último año, 2021, llegué a la casa de mi hermana con un dedo quebrado. Él me engañaba, tenía más pololas, y me escribía mensajes para darme celos, provocándome. Entonces, en esa oportunidad, yo fui a encararlo y en la discusión, él me tomó la mano y me quebró el dedo.

Mi hermana no podía seguir ocultando la situación y llamó a mi papá. “*La Cata se quebró un dedo, hay que llevarla al hospital*”, le dijo. Cuando me preguntaban qué me había pasado, yo decía que me había quebrado el dedo moviendo un mueble o que una sobrina me había empujado y me pegué en el mueble... algo así. Lo primero que se me ocurría. A esas alturas, no me preocupaba tanto como antes de elaborar las mentiras.

Mi mamá jamás lo creyó, intuía que no estaba diciendo la verdad. Mi cara, mi cuerpo, mi aspecto denotaban que yo lo estaba pasando mal. Ella le dijo a mi papá: “*te aseguro,*

te aseguro, me corto la cabeza que la Cata no se quebró el dedo jugando ni con la Martina, ni moviendo un mueble. Algo tiene que ver el tipo”. Me operaron, me pusieron un fierro. Y días antes de quebrarme el dedo, me rompió un diente de un puñetazo.

En otra oportunidad, cuando todavía estaba viviendo con la Fran, llamé a mi mamá para pedirle plata. Le pregunté si podía transferirme plata porque me había caído en bicicleta. Me transfirió plata para que fuera al hospital, pero eso no fue una caída en bicicleta, aunque estaba muy malherida, como si me hubieran arrastrado o intentado atropellar. Llegué a tener todo mi cuerpo moreteado. Vivía controlada por él, tenía que enviarle fotos de los lugares en qué estaba, de las amigas con quien compartía. Él también usaba mi plata y la que mi papá me daba una vez a la semana. Me obligaba a escribirle a mi papá para que me adelantara el pago con cualquier excusa. Fueron dos años horribles, en los que sufrí mucho psicológica y físicamente.

Hice de todo por ocultar la tragedia que vivía. Pero ya no era la misma de antes, ya no me maquillaba, ni me peinaba, ni me hacía las uñas, nada. Mi familia estaba desesperada.

Un día, mi hermana llamó a mi papá y le dijo que junto con su marido querían llevarme a un centro de rehabilitación. Querían alejarme de él porque yo estaba en peligro y me ingresaron de esa manera: por dependencia emocional. Ellos hicieron las gestiones y yo acepté. Me sentía cansada, muy cansada. Estuve internada en Calera de Tango. Mi mamá alcanzó a verme allá unas dos o tres veces. Me vio bien... Yo

estaba en una profunda depresión, siempre triste y tratando de poner una cara feliz, de reírme. Pero quería sanarme de la depresión que me produjo el agresor.

Estando internada, le conté a mis padres que estaba embarazada. Ellos me dijeron que respetarían la decisión que yo tomara. Yo no quería tener una guagua en esas condiciones y menos de ese maltratador. Lamentablemente, la directora del centro se inmiscuyó, instándome a tener la guagua, apoyada en esos discursos que van desde la culpa al romanticismo de ser mamá. Eso me confundió, comencé a enredarme, discutí con mis padres, me enojé con ellos.

Y poco después, un día de visitas, llamé a mi hermana para pedirle que no fuera a verme porque iría el agresor. Ella se enojó mucho y llamó a mi papá. “*Yo iba a ir a ver a la Cata pero fue a verla el desgraciado*”, le dijo. Ese mismo día, abandoné el tratamiento y dejé el centro de terapias junto a este tipo, llena de promesas de que ahora todo sería distinto.

Nunca más vi a mi familia. Ni a mi papá, ni a mi mamá, ni mi hermana. Tampoco a la Fran.

Salimos del centro de rehabilitación y me llevó a hacerme un aborto a un motel. Después, me mandó a Pichilemu. ¿Se imaginan cómo se encuentra o cómo se siente una mujer que recién ha abortado, ante el hecho de que la agarren y la manden sola a Pichilemu? Esa noche me sentía mal, tenía dolores, pena, soledad. Conversé con él por whatsapp y él hizo lo que siempre hacía: provocaba mis celos diciéndome que estaba con otra persona. Más daño... para qué. Narcisista.

La noche previa a mi suicidio conversé con él. Me dijo que, hasta ahí, nomás, llegaba lo nuestro. Que terminábamos porque él quería volver con su ex polola.

Entre los mensajes que intercambiamos se puede leer que le dije: *“estoy mal, me voy a matar”* y él me respondió: *“si lo vas a hacer, hazlo, pero hazlo bien”*.

Me invadieron unas intensas ganas de morir. Con apenas veintidós años, tomé esa decisión el 17 de diciembre de 2021.

Creo que en ese momento tuve la claridad de que mi muerte tenía un responsable y decidí dejar mi teléfono desbloqueado para que mi madre pudiera reconstruir la historia de violencia que se evidenciaba en las miles de conversaciones sostenidas con el agresor.

Dos años después, y gracias a la lucha de mi madre y muchas otras madres, se logró tipificar el suicidio femicida como un delito, como una forma más de violencia en contra de las mujeres.

Hasta el día de hoy, mi muerte sigue en impunidad, pero mi mamá seguirá luchando hasta el final por justicia, aunque sea sólo a nivel social, para que la gente sepa que mi femicida está libre y que es un peligro para las mujeres.

Historia editada por Gabriela Aguilera Valdivia, escritora.

2. AMIRA GODOY GUERRERO

*Amira tenía 17 años cuando fue víctima de suicidio
femicida. Murió el 10 de abril de 2021, en Recoleta.
A la fecha de su muerte no se encontraba tipificado
el suicidio femicida, por lo que el femicida
se encuentra en impunidad.*



Yari Maluenda
@lv.styleart

Amira eterna.

Yo era la fiesta de la casa. Donde fuera que estuviera escuchaba música, cantaba y bailaba. Crecí con mi mamá Karin y mi hermana Flo, en Recoleta, Santiago. Era alegre, buena hija, hermana y amiga. Era de muchas amistades. Siempre fui muy sociable, no sé cómo, pero conocía a alguien de todos los liceos.

Era una estudiante de casi 17 años. Estaba en tercero medio. Participé activamente de las movilizaciones durante el estallido social del 18 de octubre del año 2019. Estudiaba en el Liceo “Blas Cañas”, cerca de la estación de metro Santa Lucía, allá en la calle Carmen. Recuerdo que un día, por mi espíritu revolucionario y justiciero, llegué a la casa con una herida en la mano. *“Lo que pasa mamá, es que nos cerraron la reja. No nos dejaban entrar al metro, pero tengo un video. ¡Se viralizó!”*, le cuento, orgullosa, a mi mamita.

Ella ve el video. Su hija cuelga en la reja como una mona y hay dos mujeres encerradas en el metro. Ellas graban y me gritan *“¡por dios esta juventud!”* y no sé qué más, al mismo tiempo en que me doy cuenta que tengo la corbata del Liceo. Giro y me la saco. Mientras volteo me doy cuenta de que el pestillo, del seguro de la entrada al metro, está puesto. Siento la urgencia de liberarnos y, con mis manos flacuchentas, levanto el fierro hasta que las puertas se abren y, como una ola gigante y ruidosa, entran todas las y los estudiantes a comenzar la protesta histórica de aquel Octubre.

A mi mamá le daba miedo que participara en la revuelta social, quizá qué cosas pasaban por su cabeza cuando yo le

contaba mis historias. No es que mi mamá no estuviera de acuerdo con lo que yo decía y hacía. Es más, me entendía y se veía reflejada en mis actos de rebeldía, pero le daba terror que nos pasara algo. Ya sabemos que los pacos se volvieron unos verdaderos asesinos.

“Amira, cuídate y mándame tu ubicación porque dónde estés, voy por ti”, es lo que siempre me decía mi mamá cuando nos despedíamos. ¿Qué más podría decirme? ¿Qué no fuera? Conociéndome, era evidente que no iba a obedecer a ese deseo. No es que yo fuera porfiada o irrespetuosa. Ella siempre supo que me mantendría fiel a mis convicciones.

“Pero hijita, a ti no te falta nada para ir al colegio. ¿Cuál es tu problema?”, me preguntaba, aunque sabía mi respuesta: *“sí, a mí no, a lo mejor a mí no, pero hay algunos a los que sí y veo como tú te sacas la mugre trabajando”*.

Yo la entendía. Como no empatizar con sus sentires, con ese miedo que tienen todas las madres de hijas revolucionarias. Por suerte, nunca me pasó nada grave, no como a otras personas que no volvieron a sus casas. Ya sabemos que murió gente y aún hay presas y presos políticos por el estallido social.

Mi mamá todavía me siente, estamos conectadas. Cómo no va a ser de esta manera, si ambas somos pedazos irrepitibles de la otra. Nos contábamos todo y le podía decir lo que hacía y con quién estaba. Siempre tuvimos muy buena comunicación. Dice que verme a mí es el perfecto reflejo de ella a sus dieciséis, por eso siempre me dejó ser y confió en mí, tanto como yo en ella. Era su regalona: esperaba sus buenas noches cada vez que me iba a la cama.

Pese a mi adolescencia, seguía siendo una niña. La niña de mi madre.

Se tiende a pensar que a la mujer que va por la vida con fuerza, que es *chora*, no le pasan estas *hueás*.

A pesar de la profunda complicidad y confianza que había entre mi mamita y yo, que nos contábamos todo, había una parte de mi vida que no quise contarle. Yo sabía que estaba en una relación violenta, incluso se lo dije a la psicóloga, pero no me atreví a contárselo a mi mamá. Intenté, hasta el final, encontrar una manera de salir sin tener que herirla al decírselo. No malentiendan, no era falta de confianza: necesitaba salir sola de ese daño que sufrí. ¿Ves cuánto nos parecemos? Cuando ella se separó de mi papá no le contó nada a su familia. Incluso, su papá murió pensando que seguían juntos. Una oculta cosas a sus madres y padres para no hacerlos sufrir, para que no se preocupen. ¡Pasa, *poh!* ¿Cómo no lo iba a hacer yo?

Antes de comenzar la relación con mi femicida, fui una persona alegre y rebelde. Mi personalidad era gigante y mi humor, un poco sarcástico. Siempre fui una buena hija y hermana, una buena y fiel amiga y una líder positiva. Nadie que perteneciera a mi círculo cercano acostumbraba a verme triste.

Era una especie de líder en mi curso. Así me conocían: no me quedaba callada frente a nadie, especialmente si se trataba de situaciones de injusticia. Si tenía que ir a hablar con el inspector general lo hacía, argumentando sólidamente. Si veía

a una compañera mal, no me podía quedar tranquila sin hacer algo para mejorarlo. Todas éramos compañeras y ninguna podía quedar atrás. No porque me cayera bien o mal o tuviera diferencias con alguna, podía dejarlas solas.

Soy una mujer y las mujeres tenemos que defendernos entre nosotras, porque yo me quiero y las amo a todas.

“Mamá, somos caleta. Somos caleta cuando estamos juntos en la calle y nos organizamos. Las luchas que se ganan, se logran en las calles. No sentada en un escritorio, no mirando desde la tele, viendo la noticia. En la calle, ahí se dan las luchas”, le decía convencida en que los cambios son posibles.

Hoy tendría 19 años. Mis compañeras y compañeros ya salieron del Liceo, pero todavía se reúnen a recordarme y a pedir justicia por mi: tiran panfletos y se arman revoluciones *“con La Negra”*, como me decían con tanto cariño.

Mi mamá y mi hermana son las mujeres que más amo. Cuando me fui, sacaron fuerzas, no sé de dónde, para salir a las calles y golpear puertas para exigir justicia por mí, tal como yo lo hice por otras, alguna vez. Si una no sale a las calles, esto no funciona.

Se creó la cuenta de Instagram @JusticiaparaAmira y así empezaron a llegar a todos lados, su primera consigna fue *“exigimos que haya tipificación penal del suicidio femicida”*, porque ella tenía claro que, aunque intentara perseguir judicialmente al femicida, no habría nada que se pudiera hacer porque el suicidio femicida no figuraba en el Código Penal cuando fui empujada a mi silencio eterno, el año 2021.

Que un hombre te maltrate ferozmente, incluso hasta empujarte al suicidio, no era delito.

Cualquiera lo hacía y quedaba en libertad, como mi femicida, que goza de plena impunidad. Tengo la fortuna de que mi mamá se encontrara con mujeres muy bacanes en su camino, siempre mujeres. Compañeras bien *aperradas* que la contuvieron y que iban en la misma dirección que ella, que era precisamente la tipificación penal del suicidio femicida.

A él lo conocí durante la pandemia. Fue a través de amistades en común y estuvimos juntos, físicamente, alrededor de 6 meses. Antes de eso, pasamos mucho tiempo conversando en el chat, hasta que un día me reuní con él. La primera vez que lo vi, también fue cuando mi mamá lo conoció porque olvidé mis llaves al salir con él, en bici, a un parque cercano y tuve que escribirle por WhatsApp. “*Mamá, pasa a dejarme las llaves, estoy en el parque*”. Así lo conoció. Las madres tienen una sensibilidad increíble... a ella nunca le gustó.

Pero, decirle a una mujer joven que no, es casi decirle *hazlo*. Aunque mi mamá aprovechaba cualquier oportunidad para decirme que había algo en él que no le gustaba.

Como experto manipulador, fue a la casa a decirle a mi mamá que quería pololear conmigo. Ella le dijo que estaba bien, “*pero tienen que ser responsables, si ustedes ven que esto les va a provocar que ustedes bajen su desempeño en el colegio, hay que hacer distancia*”. Fueron como seis meses en total que estuve con él. Creo que ya al segundo mes de *pololeo formal* empecé a dejar de hacer las cosas que hacía. Mi forma de ser cambiaba, evidentemente.

Ya no me interesaba salir. Sonaba el timbre y decían *¿tía, está la Belén?* Es que acá, en mi casa, me conocen así. Poco a poco empecé a decir que no quería salir, a *poner caras*. No tenía ganas de nada. Mi mamá me preguntaba por qué y yo decía que me daba lata. *Me da lata, me da lata no más*. Ella me veía así y les decía a los chiquillos que no me sentía bien y que después les escribiría por WhatsApp y cosas así, *poh*. Era raro que no saliera, especialmente porque tenía cerca a mi amiga de toda la vida (de cuando tenía 4 años). Crecimos juntas, también con los chiquillos. Nos agrupábamos en el barrio los fines de semana porque de lunes a jueves no podía salir, a menos que no tuviera prueba. Siempre fui muy responsable.

Recuerdo que incluso cambié el estilo de música que escuchaba y comencé a vestirme de una manera muy distinta. Ya no había colores, sino ropa ancha y oscura. Fue como si el sol luminoso de mi sonrisa se transformara en una larga noche sin luna. Mi cara comenzó a cambiar y la luz de mis ojos se fue apagando. Mi mamá me decía *“si estás dejando de hacer lo que te gusta porque estas pololeando, está mal. Tienes que seguir con tu vida normal, hijita”*.

“No, si yo lo sé, mamita”, le respondía a la testigo silenciosa quien vio, desde muy cerca y cada día, como esa fuerza tan potente en mi personalidad, fue disminuyendo, haciéndose pequeña.

Digo que este *gallo* es un psicópata porque recuerdo cuando estaba con mis amigos y amigas en mi casa o en el barrio, este *hueón* se *pegaba* el pique en bicicleta si veía que nuestros

amigos en común publicaban historias donde yo aparecía. El venía, solo por esa razón. Después de *postear* la última historia conmigo, mis amigos y amigas vieron cuando él llegó, obligándome a salir del espacio seguro que compartía con ellos.

Mi mamá fue, poco a poco, enterándose de esto. Incluso, un amigo con quien fui a almorzar al Costanera, le contó de aquella vez en que mi agresor no paraba de llamarme.

Me invadía el miedo, a tal punto que mi amigo me pidió el teléfono. “*Préstame el teléfono, Belén, para que puedas almorzar tranquila*”, me dijo, y no me lo entregó hasta cuando ya estuviéramos camino a casa. Pero no había espacio donde me encontrara libre del asedio: llegó en bicicleta, nos siguió al Costanera. Aunque caminamos mucho, de repente el maldito apareció violentamente y me dio un beso en una especie de acción bestial para marcar un territorio propio. “*La Amira se mostró nerviosa y tenía miedo, por la reacción que podía tener él*”, le dijo mi amigo a mi mamita. Es que los violentadores tienen la capacidad de estar siempre presentes, a través del miedo y la amenaza que nos acompañan, sin treguas.

Él siempre se victimizaba, se ponía violento y me trataba mal. Luego me trataba muy bien. Me bloqueaba y me desbloqueaba del celu y redes sociales. Era el juego usual de dar y quitar a su antojo. De hecho, él me amenazaba, me enviaba fotos donde se cortaba los brazos por mí. Incluso, él manejaba mis redes sociales hasta aislar me de todos. Tenía mis contraseñas, por lo que tuve que eliminar personas. Es que peleaba conmigo por

un *me gusta* o me increpaba *¿por qué te habla tal persona?* Él sabía todo, leía todas mis conversaciones. Cerré mis redes sociales una y otra vez y, a raíz de esto, mi mamá me preguntaba constantemente qué pasaba, pero nunca le conté.

El femicida ejerció maltrato psicológico, físico e, incluso, sexual lo que me llevó a caer en un pozo oscuro del cual no podía salir.

Irónicamente, recuerdo cuando con mi mamá estábamos en la terraza de la casa, caceroleando, pidiendo justicia para Antonia Barra, mientras le explicaba su historia que, secretamente, sentía ser la mía. Por su parte, mi mamá sentía estar en los zapatos de la mamá de Antonia, quien ha luchado por justicia para su hija desde el año 2018, desde que puso fin a su vida, en una historia similar a la mía.

Imagínense la magnitud el daño que un sujeto como éste provoca en una mujer. ¡Es tan grande! Una no ve, sino morir, como único escape de este.

El 10 de abril del 2021, yo Amira Belén Godoy Guerrero, terminé con todo mi sufrimiento, dejando este mundo a mis 16 años que debiesen haber permanecido frescos y llenos de risa, no contaminados de violencia machista que no sufre castigo. Mi muerte es lo que se conoce como suicidio femicida, porque hace referencia a cuando la mujer sufre tanta violencia que no ve otra escapatoria, sino morir. Ese fue mi último acto.

Él me mató, él me había matado antes de mi suicidio.

El día en que mi mamá me estaba velando, mis amigas le comentaron que fue lo que me había llevado a tomar esta drástica decisión. Ellas le mostraron algunas conversaciones y audios que tenía en WhatsApp, con mi ex, donde se demostraban el maltrato del que me hizo blanco. Entonces, a veces, las madres se cuestionan: *“esta cabra es súper segura, es parada, no le va a pasar y chanchan-chan”*. O sea, escuchas las otras historias, mujeres fuertes y llenas de sueños como yo y no puedes evitar pensar que *sí, todas podemos ser víctimas de violencia machista*, porque la violencia te achica y te roba el sentido de seguridad que traías contigo. Estos hombres te hacen sentir avergonzada, te aíslan e intentan convencerte de que eres mala persona y de que no hay salvación posible.

Ahora, mi mamá está tomando algunas precauciones con mi hermana. Es inevitable, va a ser el doble o el triple de desconfiada y mucho más cuidadosa. Ya tiene la experiencia, lamentablemente, de esas señales que uno no ve y también, ha ido aprendiendo mucho más en este camino acerca del cómo actúan las víctimas y los victimarios. Ellas estuvieron en las manifestaciones que pedían con urgencia la tipificación del suicidio femicida, en compañía de otros familiares que vivieron esta misma situación. Lucharon hasta que fue promulgada.

El 19 de diciembre de 2022 se promulgó la Ley Antonia, impulsada por la mamá de Antonia Barra y otras madres como la mía y de Francisca Moll, quienes lucharon por ella y que dice que: *“el que, con ocasión de hechos previos constitutivos de violencia de género, cometidos por éste en contra de la víctima, causa el suicidio de una mujer, será sancionado con*

la pena de presidio menor en su grado máximo a presidio mayor en su grado mínimo como autor de suicidio femicida”.

A pesar de este gran paso, mi mamá, Karin Guerrero, sigue luchando, no se detiene. No quiere que existan más Amiras. Desde sus redes sociales se dedica a acompañar, a compartir memorias de su hija y hacer voz para otras víctimas de violencia en el pololeo. Porque, no olvides, *puede ser tu hija, puede ser tu hermana, puedes ser tú misma, a la que asesinan, violan o maltratan.*

Historia editada por Marcela del Sol-Hallett, “La Cuchara Feminista”, Madre y mujer. Activista feminista, autora, criminóloga, perfiladora criminal.

3. ANAÍS GODOY RAMÍREZ

Anaís tenía 16 años cuando fue víctima de suicidio femicida. Murió el 28 de junio de 2020, en Vicuña. A la fecha de su muerte no se encontraba tipificado el suicidio femicida, por lo que el femicida se encuentra en impunidad.



Paula Gómez
@pawlanopaola

“...esto lo hice porque ya no aguanto más...”

Tenía 16 años cuando decidí terminar mi vida el 28 de junio de 2020 y, porque no pude despedirme, dejé estas palabras para mi familia:

“Perdón por dejarles este mal recuerdo (...), pero esto lo hice porque ya no aguanto más, no tengo la ayuda de nadie. Nadie pudo haberme sanado, porque el daño fue tan grande que no dejo de pensar en eso”.

Fui la tercera hija de mi mamá y la única hija de mi papá. Él aún no consigue levantarse, su vida ha sido consumida por el dolor.

Me caracterizaba una risa abundante, mi sensibilidad y la alegría que me acompañaba. Si preguntas por mí, te hablarán de mi espontaneidad, de la rapidez con que se me ocurrían bromas y las muecas chistosas con que divertía a todos. Era una niña feliz.

Hasta que la ferocidad de un violador interceptó mi camino. Yo, solamente, tenía 14 años.

Como un legado involuntario, dejé muchos videos llenos de mis alegrías, fotos y parodias en TikTok. Creo que nadie pensó que serían pedacitos de mí que, en mi ausencia, acompañarían a quienes me aman. Entre todas esas personas estaban mis dos primas: *la Connie* y *la Melanie*. Éramos inseparables.

También era animalista. No podía pasar de largo cuando los perritos me seguían en las calles y, por eso, me los llevaba

a la casa...tenía muchos, incluso ratones. De verdad me encantaban los animales. ¡Los amaba tanto!

Pero después sufrir esa violación me nublé progresivamente. Nadie sabía qué me pasaba.

Mis notas comenzaron a bajar, la rabia me hizo rebelde y me alejé de todo, me *fui para adentro*. No sé dónde fue a parar la niña de la risa contagiosa.

Pasó un mes desde lo que me hizo ese hombre, hasta poder contarlo. Con todo el dolor vivido, me armé de valor y lo conté en mi colegio, pero ellos no hicieron la denuncia, sino que se lo informaron a mi mamá y le dijeron que ella era quien tenía que ingresar la denuncia, lo que nos hizo perder mucho tiempo. Ese, justamente, fue el argumento de la Fiscalía para no hacer nada. Nos dijeron que había transcurrido demasiado tiempo para realizar cualquier pericia.

Dicen que, a veces, la verdad supera a la ficción y estoy de acuerdo: ni siquiera hicieron declarar a mi victimario. No tuvimos apoyo, no tuve respuestas de la Fiscalía. El enredo y lentitud de los procesos, obligándome, siendo la víctima, a probar la veracidad del daño sufrido, aunó dolor a todo lo que ya experimentaba. Si hicieron algo, habrá sido insuficiente porque un año después de denunciar, como sugieren en todas partes que hagamos, cerraron la investigación por falta de pruebas.

Desacreditaron y cuestionaron mi testimonio porque me había demorado un mes en denunciar. Yo tenía 14 años, pero

esperaban que tuviera la madurez y fortaleza de una mujer adulta que nunca ha sido dañada.

Fue entonces que me apagué mucho más. Me costó tanto contarle. Me costó tanto, solo para que a nadie le importara la profundidad de mi desesperanza, ni la fragilidad de mis heridas abiertas.

Mi familia fue siempre muy unida, pasábamos la Navidad juntos, los cumpleaños se celebraban *apatotados*, me conocían bien y por eso mi cambio les impactó tanto. Me veían muy rara y no comprendían qué me había pasado. Cuando mi papá y mi mamá se enteraron, les pedí que no le contaran a nadie. Ni siquiera a mis hermanos, ni la Connie ni la Melanie sabían.

Mis padres les decían que yo estaba viviendo una depresión, que tenía un tema de salud mental un poco fuerte, pero que estaba bien. Sin embargo, nadie les creía completamente. Incluso estuve hospitalizada varias veces. Mis papás quisieron resguardarme, eso fue lo que les pedí porque no quería sentirme observada y tratada como *la* niña violada.

No quería que sintieran pena por mí, me hubiera sentido humillada.

Ese miedo me ahogaba. Dejé de salir a la calle y, si lo hacía, iba acompañada.

Tiempo después me puse a pololear, fue un buen refugio al comienzo, pero luego vinieron las drogas. Tenía muchos medicamentos que me daban en el hospital y con eso traté

de suicidarme varias veces. Muchas otras veces los usé para evadir la pesadilla de lo que me hizo ese hombre.

El violador estaba preso, pero por otros delitos. Aunque la cárcel no impedía que me amenazara frecuentemente. Recibí múltiples amenazas: me decía que, si lo denunciaba, negaría todo y diría que fue consentido por mí. El miedo y el dolor me hundían cada día más.

Mi prima, junto a mi hermana, me ayudaban a estudiar matemáticas, nos sentábamos juntas a estudiar. Eso nos permitió tener una gran cercanía. Cuando hacíamos las clases y yo aprendía, celebrábamos y me decían: “*buena, mañana te va a ir un siete*”, felices, nos sentíamos contentas.

Era muy habilosa. Desde pequeña me sacaba puros setes, pero después todo cambió. Estudiaba y al momento de la prueba me quedaba *en blanco*.

En la escuela no se portaron bien conmigo. No me ayudaron en nada, al contrario; me acusaban de manipuladora. Incluso me culparon de haber entrado un perro al establecimiento y citaron a mi familia y, como yo era animalista, mi familia creyó que había sido mi culpa. Es porque me seguían los animales, los amaba, entonces en mi casa dijeron *¡ay! Tiene que haber sido verdad, porque ella ama a los animales*, pero es verdad que yo no lo entré. De hecho, estaba en clases cuando entró. Y entró derecho a mi sala porque estaba la puerta abierta y se echó a mis pies, sin que yo lo llamara.

La profesora comenzó a retarme y me tironeó del brazo, dejándomelo morado. Obviamente reaccioné a esa violencia.

Fue un tiempo muy duro. La escuela también se había convertido en un espacio hostil para mí. Implícitamente me otorgaron *el título* de niña rebelde y por cualquier cosa llamaban a mi mamá. Un día me desmayé y me mandaron sola en un taxi para la casa, llegué vomitando. Nadie en el colegio me auxilió.

Mi familia está sumida en la tristeza, se acabaron los domingos y las fiestas familiares.

Después de mi muerte comenzó el tema judicial.

La Fiscalía seguía sin hacer su trabajo, el primer Fiscal no hizo nada, el segundo nos dio algunas esperanzas, pero tampoco hizo nada. De hecho, en una entrevista pública, el Fiscal regional dijo que esperaba que mi familia aportara las pruebas. Eso es una falta de respeto, porque nosotros no somos personas con conocimientos en el tema. Pero hemos tenido que ir aprendiendo, a pesar de todo el dolor.

Contrataron, de manera particular y con mucha dificultad económica, peritos; ya que ni la Fiscalía ni ninguna institución parecía hacer algo.

Logramos peritajes con una psiquiatra, con una psicóloga, un peritaje caligráfico. Se hicieron muchas cosas. Se esforzaron por aportar pruebas fidedignas y, en parte, lo lograron. Al menos hoy es un tema público.

Pese a todo, un año después de la denuncia, cerraron la causa sin avisarnos, mientras nosotros seguíamos tratando de reunir pruebas.

Este proceso ha sido extremadamente lento porque pedimos, por ejemplo, que se rectificaran fechas y lugares. Nosotros teníamos entendido que, en ese tiempo, el violador estaba con una tobillera electrónica, entonces pensamos que era posible conocer los horarios y los lugares donde había estado. Como acá en la zona no estaban ni los laboratorios ni la tecnología para hacer las investigaciones, tuvieron que llevarlos a Valparaíso, si mal no recuerdo. En vez de demorarse un mes en la diligencia, fueron tres meses. Con eso logramos que al tipo lo llevaran al lugar a hacer una reconstitución de escena en la que, lamentablemente, mi familia tuvo que participar. Fue algo muy doloroso, volver a caminar el sufrimiento, la crueldad... revivir todo y sin ningún cuidado. En fin, mi familia había decidido hacer cada una de las cosas, por dolorosas que fueran, para intentar obtener algo de justicia.

Después de la denuncia por violación, él siguió libre. Tiempo después lo detuvieron por otras causas: era violento y le había pegado a una persona. También tiene procesos por robo y cuatro denuncias más por violación a otras niñas.

Hasta el día de hoy seguimos luchando por tener justicia. Nos hemos visto inmersas en un proceso súper lento y de muchos cambios. Siempre hay otras causas que, según la Fiscalía, son más importantes.

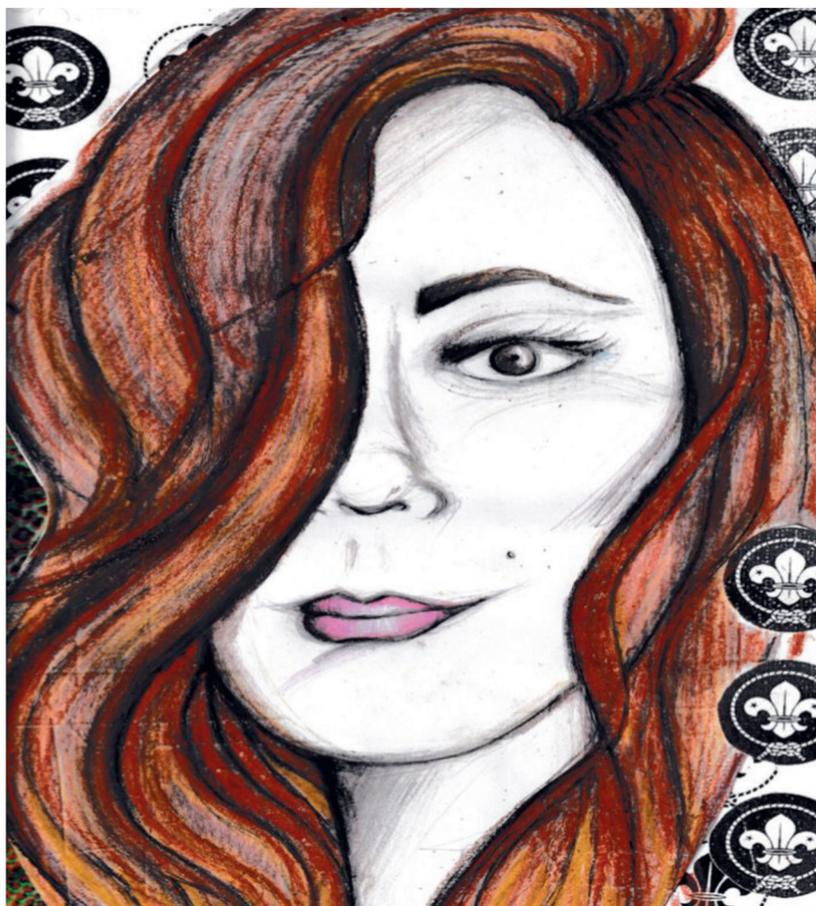
Seguimos insistiéndole al Fiscal, a cada rato, para que se acuerde de nosotros. Que se acuerde que aquí hay una niña llena de vida que murió para escapar un dolor más grande que ella.

Han pasado 4 años desde que dejé este mundo y, hasta ahora, no hay ningún indicio de justicia. Ninguna esperanza.

Historia editada por Marcela del Sol-Hallett, “La Cuchara Feminista”, Madre y mujer. Activista feminista, autora, criminóloga, perfiladora criminal.

4. FRANCISCA MOLL MORENO

Francisca tenía 37 años cuando fue víctima de suicidio femicida. Murió el 4 de abril de 2021. A la fecha de su muerte no se encontraba tipificado el suicidio femicida, por lo que el femicida se encuentra en impunidad.



Francisca Gaune Corradi
@gaune_x

“Deseo que mis hijos recuerden todas las tonteras que hacíamos juntos y se rían”.

Ese cuadro lo pintó una amiga de adolescencia, con quien nos conocimos de niñas. Ella no hacía retratos. El único rostro que hizo fue el mío y en el logró que mis ojos hablaran. Esos ojos hablan de mí cuando estoy alegre, cuando estoy triste. Hablan de mí. Mis ojos hablan de la próxima marcha de mujeres en la que quisiera estar, para poder gritar a viva voz, mi presente sin futuro de aquellos años. Otro deseo inconcluso.

Mi infancia la viví en Santiago. Los fines de semana viajábamos mucho a Valparaíso.

Fui una buena alumna y amiga de mis amigos, podía dejar de comer algo si a mis amigos les gustaba. Fui muy alegre, amiga de todo el mundo y buena consejera. Podía estar horas conversando, podía dejar de dormir con tal de ayudarte. También fui muy querida. Me gustaba trabajar y era bien organizada. Muy buena madre, preocupada de mis niños. Como profesora de Educación Física era muy feliz, aunque soñaba haber sido Educadora de Párvulos. Trabajé varios años en un jardín infantil y tenía afinidad con los niños y las niñas, me encantaban. Fui scout, jefa de ruta. Me fascinaba bailar, andar inventando esto y lo otro. Hice clases de danza, de baile entretenido, de distintas disciplinas de la educación física. Amaba a los animales, andar a caballo. Estudié un año veterinaria, así conocí a mi marido, de quien me separé al año y medio después.

Más adelante, a través de un amigo, conocí a Ignacio y comenzó el romance. Nos fuimos a vivir juntos, primero en

Santiago y luego, por su trabajo, a Antofagasta. Mis dos hijos, Tomás y Martín, nacieron en Santiago.

Estando en Antofagasta trabajé en la Teletón y como jefa de carrera en la Universidad Santo Tomás. Tuve que dejar todo lo que había construido. Por seguirlo primero dejé todo lo que tenía acá y después dejé todo lo que tenía allá, para, nuevamente comenzar de cero. Vino la distancia, cada uno con su punto de vista y luego la separación.

El mayor de mis hijos es igual a mí, a él no se lo dicen, pero él lo sabe, por eso le pregunta a su abuela, ¿me parezco mucho a mi mamá? Ella asiente con la cabeza y no agrega nada más, solo reconoce que a veces me cuelo en su mirada. El más chico es igual a la familia de su papá. Deseo que mis hijos recuerden todas las tonteras que hacíamos juntos y se rían, eso quiero, que se acuerden de dónde íbamos, qué hacíamos, lo que comíamos a escondidas, todas esas cosas.

Todavía no tenía a mis hijos cuando comencé a enfermar. Sentía frío, frío, mucho frío. No había con qué abrigarme, tiritaba de frío, mi cuerpo se sentía heladísimo. Nos recomendaron a una doctora y gracias a esos exámenes me enteré de mi enfermedad: lupus. El mundo se me vino abajo, a mí y a mi madre. Yo pensaba que me iba a morir al día siguiente. Me indicaron que no trabajara durante algunos meses, que no tomara nada de sol, nada, todo eso me hacía mal. A veces no podía mover mis manos. Tuve que parar un poco y viajé con mi mejor amiga y otro amigo a Brasil, al templo de los monjes Tupyara, buscando sanarme del lupus. Había tenido sesiones antes y notaba los cambios y efectos en mí. De regreso del

viaje, con mi amiga fuimos al aniversario de matrimonio de otra amiga. Después de la comida, nos quedamos un rato más. Había un grupo de franceses que al vernos solas nos asediaron un poco y nos defendió un desconocido. Así lo conocí. Mejor me hubiese quedado con diez franceses y no con el psicópata. Tuvimos onda y conversamos. Él averiguó mi dirección y me mandaba unos ramos de flores con unas tarjetas. ¡Ni te digo!, daban ganas de que lo clonaran.

Todo impecable hasta que un día, como él estaba sin trabajo, pensé: dado que es ingeniero comercial y como mi mamá tiene hartos contactos, le pediré el currículum. Se demoró mucho en mandarlo. Cuando mi madre anotó su RUT en la Superintendencia de AFP, se dio cuenta de que tenía un nombre distinto, un nombre gringo con un apellido español. En su currículum, puso el nombre en español y no en inglés, como él lo tiene. Eso me alertó. Me pregunté: si está mintiendo en algo que es tan importante como la identidad, ¿en qué más mentiría? Lo encaré, terminé la relación y él no aceptó.

Traté de terminar varias veces, no me resultaba fácil, sentía que no podía. Me había hecho un poco dependiente de él. Entonces, conocí a otro joven que me invitó a tomar un café al Starbucks y allá llegó este tipo. En otra ocasión, con otro amigo, nos encontramos en el Parque Arauco, íbamos a tomarnos algo cuando llegó él. Discutimos y me voló un diente porque yo tenía muchas fundas en los dientes, como consecuencia del lupus y el uso de corticoides. En esa ocasión, hice la primera denuncia, corría marzo de 2019. La hice porque pensaba que no podía estar con este hombre, con todas las características de un psicópata. Rompía mis cosas, el reloj me lo desarmó

entero, el teléfono lo hizo añicos. Después, con la chiva de devolverme el teléfono, volvió a entrar a la casa. Ese día me pidió que lo perdonara, y yo volví a caer. Así eran las peleas conmigo misma y con mi madre.

Le tenía miedo, me había sacado fotos en ropa interior al salir del baño y me amenazaba con que iría al trabajo de Ignacio, para mostrárselas al gerente. Le creí, le creía, él tenía muchos contactos. Me amenazaba permanentemente. Y yo volvía con él.

Me cambié de condominio donde jamás preguntaban quién entraba o salía, entonces entraba como Pedro por su casa. Un día mi mamá se quedó con los niños para que yo saliera con unos amigos del colegio. Al regresar estaba él en mi casa, me di cuenta porque su auto ocupaba mi estacionamiento. Se bajó de su auto y me exigió que yo me bajara también del mío. Como me negué, me tomó del cuello, como ahorcándome, me tiró el pelo, metió la mano en mi boca y me sacó los dientes. Nadie intervino. Sangrando y llorando ingresé a mi casa. Felizmente mis niños dormían. Felizmente mi madre otra vez estaba ahí para apañarme. Como nunca, o como siempre, las cámaras no enfocaban, justo en ese sector.

Yo le decía constantemente a mi amiga *“él me va a matar”*. *“Me manipula, me amenaza, me amedrenta y le tengo miedo”*. Llamé a los Carabineros y cuando ellos llegaron al lugar, este hombre me enviaba mensajes amenazantes: *“te la vas a ver conmigo”*, *“no se te ocurra hacerme algo”*.

No hubo lugar donde esconderme, las veces que me cambié de casa, igual llegaba. Me seguía a los trabajos. Mientras estaba

en mi terracita, conversando con mis amigos, disfrutando, riéndonos, me enteraba de que él estaba abajo.

Ya no daba más.

Después de los dientes, volvimos y volvió a pegarme en diciembre. Mi madre comenzaba a sentirse muy utilizada porque mientras ella dejaba a su marido y el trabajo para estar pendiente de mí las 24 horas, yo iba y volvía, presa de esa relación. Estábamos peleando mucho ese tiempo. También la amenazó a ella. Le envió una carta donde le decía que era mala madre y la amenazó con cárcel si a mí me pasaba algo. Ella tiene la carta, el WhatsApp y el correo.

La primera medida cautelar de prohibición de acercamiento fue una burla. Porque tuve que dar mi domicilio y él supo de inmediato donde estaba viviendo.

Después de la primera denuncia, no fui a testificar. En la siguiente, vino por mí y me llevó a Colina para que desistiera de la denuncia. Me pasó a buscar a mi trabajo con su abogado y desistí. Dije que me había pegado en el volante. También desistí de la denuncia que hice en Chamicero, cuando, por segunda vez, me vino a buscar y me llevó donde su abogado.

Conversé con mi mamá, de hecho, lo veníamos conversando hartos durante ese tiempo. Le conté que ya no daba más.

En la Navidad del año 2019, le dediqué una canción a ella y la llamé para hacérsela escuchar. Ella estaba con dolor en su corazón, un poco alejada, porque yo había vuelto con

el agresor. Yo quería que viera todos los videos que había grabado. Sé que los conserva y me recuerda. Pasamos la Navidad juntas, aunque distantes.

La Navidad siguiente, también lo pasamos juntas, me quedé a dormir. Fue nuestra última Navidad y fue hermosa.

El 25 de diciembre, me fui a mi casa y el agresor llegó, me pegó, me dejó los brazos amoratados. El 28 de diciembre mi mamá se vino a quedar conmigo y los niños. Como me sentía obligada a responder sus llamadas, ese día estaba hablando con él y escuchó a mi mamá, me gritó “échala”. Me negué y le corté. Esa noche no me dejó dormir, me llamó a las 3:00 de la mañana, a las 03:05, 03:07, 03:10, no me dejó dormir. Me llamaba y pobre de mí si no le contestaba. “*Estoy durmiendo, estoy mal*”, le decía y nada. Llamaba y cortaba. Llamaba y cortaba. Y con mi mamá después intentó hacer lo mismo.

Judicialmente, todavía no ha ocurrido nada. No hay justicia para nosotras y eso es muy desilusionante.

A comienzos de enero del 2021, me fui a vivir con mi madre a su departamento. A fines de marzo, ella se vino conmigo a mi casa.

En pandemia fuimos con mi mamá a la Fiscalía. Allí supimos que la causa no estaba cerrada y se comprometieron a llamarnos. El fiscal Alejandro Sánchez nos llamó, me dijo: “*yo estaba cuando usted fue a desistir y no le creí, porque desgraciadamente la mayoría de las mujeres maltratadas después desisten por temor. Yo tengo la causa y voy a seguir*

hasta el final”, pero como ya había desistido, no tenía voz ni voto en el proceso judicial, solamente el Fiscal podía reclamar.

Ese fue mi último grito de auxilio.

Para la última audiencia del juicio, estuvo el fiscal Sánchez. Antes de la audiencia llamó a mi mamá, para informarle que lo más probable era que al agresor lo sometieran a una evaluación, para conocer su estado mental y luego a un tratamiento para control de impulsos. Y así fue. La evaluación se hizo en una clínica, no en la salud pública y aún así resultó absolutamente normal. No es enfermo, es un agresor, una persona mala y merece castigo. Finalmente nos encontraron la razón, pero ahí quedamos. Es decir, no habría pena para él. Con impotencia le escribí a mi amiga: *“¡broma que con todos los antecedentes no va a entrar a la cárcel!, imagínate todos estos weones que han matado minas o cosas así, (...) quedan libres y con libertad vigilada, (...) o sea: crónica de una muerte anunciada”*.

A comienzos de abril fue la última vez que vi a mi madre, en su casa. También fue la última vez que nos abrazamos y nos dimos un beso en la cara de despedida. Me fui a quedar a la casa de un amigo, con quien fuimos compañeros de colegio desde los catorce años. Ella me dijo que me cuidará, *“disfruta y pásalo bien, riéte harto”*. A él después le dije que tenía que hacer y que me fuera a dejar a mi departamento.

El día tres de abril la llamé, quería escucharla, saber que estaba bien. Le dije que yo solo flojeaba ese fin de semana y que estaba echándola de menos. Hablamos del amor que

nos teníamos y me dijo “*yo te adoro Panchita*”. Acordamos que nos juntaríamos en mi departamento, alrededor de las 18 horas. Ella no supo que me despedía.

Encontré el momento justo para estar sola, para quedarme sola y descansar de una vez por todas. La luz de la terraza quedó encendida y se veía el pasillo. Yo estaba allí.

El domingo, el padre de mis niños llamó a mi mamá preocupado porque no le contestaba su celular. Entonces, mi mamá se fue corriendo a mi departamento. Entró diciendo “*guagüita, soy yo la mamá*”, ya no podía responderle. Ya estaba muerta.

Cuando entró a mi pieza me encontró, me tomó y me abrazó. Inmediatamente supo que había partido. Después, encontró las cartas que dejé para mis personas queridas.

Después de mi partida, mi mamá asistió al juicio. El juicio se llevó a cabo por Zoom. Ya no estaba el mismo Fiscal, sino una Jueza que permitió que él ocultara su rostro. En una segunda oportunidad tampoco estuvo el Fiscal y esta vez fue otro Juez, que no tenía idea de mi historia de acoso y violencia.

Mi mamá acudió a la Comisión de Género de la Cámara de Diputadas y Diputados para denunciar, entre otras cosas, que después de la denuncia en Las Condes nunca me llamaron desde la Fiscalía.

Cuando viene a verme, mi madre lee la carta que le escribí. Escucha mi música y me conversa. Viene con mi guía espiritual, ella la tranquiliza. Mi madre reconoce que está de pie por mis

niños, los cuida y ama profundamente. Con tremendo dolor a cuesta, ha estado en todas. Nosotras peleábamos mucho, de repente, nos parecíamos a Pimpinela, pero a pesar de ello, siempre estuvo a mi lado, insistiendo para que me liberara de todo, pero no tuve la fortaleza.

Sabe que puede recordarme a través de un pajarito o de una pluma. Como aquella que encontró y que aún conserva pegada en mi foto que lleva en su cartera. O el pajarito que la acompañó dos escalones más arriba al lado de ella, durante una actividad en Plaza Ñuñoa.

Historia editada por Ana María Devaud, escritora.

REFLEXIONES SOBRE SUICIDIO FEMINICIDA

Marcela del Sol-Hallett
“La Cuchara Feminista”

Madre y mujer.
Activista feminista, autora, criminóloga,
perfiladora criminal.

Fue en 1996 cuando la activista feminista Diana Russell (1938-2020) dio nombre a un fenómeno fatídico que, como suele suceder con lo innombrado e inconvenientemente complejo para el arquetipo de los estados ciegos, se expande soberano y cercena con premura las oportunidades que concede el tiempo para fortalecer, con memorias de abuelas, madres y tías, el tronco que sostiene firme la pertenencia amorosa.

Suicidio femicida llamó Diana a la manifestación más gravosa de la violencia machista, cuyo resultado irreversible pareciera conminar a un daño incluso *postmortem*, porque permite el escape ávido de sus responsables, por ser sus actos inmateriales, por no encontrar en las sogas sus huellas dactilares, ni en los balcones; rastros de castigos emocionales. Ni en las pastillas, tallados que cuenten verdades tan prolongadas como afligidas y dolorosas.

Así se libera a los responsables: otorgando credibilidad solo a lo visible, a lo inescapablemente palmario que es, de esta forma, gracias a los rugidos de las madres e hijas en duelo, aun con el corazón deshilvanado, trizado, hecho mosaico ensangrentado de púas. Con el duelo retorciéndoles los días y en medio de plegarias secretas con las cuales imploran

no despertar, gritan. Gritan tan fuerte que a los jefes les resultaría imposible improvisar salidas y perpetuar la indiferencia con la que acostumbran a dirimir distracciones desde sus pulcros balcones.

El suicidio de mujeres, instigado por actos de violencia machista.

Mujeres secuestradas por el miedo y la ineptitud de sociedades que, pese a las implacables estadísticas, parecen inducir a los hacedores de cambios a una timidez de la que pocas veces se recuperan por completo.

Tan brutal como aquello que antecede y obliga a estos finales (los puños, el dueño de la *cosa carne*, el patrón único del beso, el espía del lenguaje y de las compañías, el falo alevoso mortificando con desidia lo ajeno), figura la criatura insigne del patriarcado y su pretendida supremacía. Musa y hacedor maquiavélico del término precoz de la mujer y de la niña: el macho.

La miopía de este estado, frente a lo que nos agrede y elimina, es un tumor maligno, una bestia siempre hambrienta de la envidia judicial que la invita a comer desde los tiempos de cueva y caza, desde los tiempos de ser arrastradas por el pelo; convenciéndonos de que el castigo es nuestro y hay que aceptarlo *per saecula saeculorum*.

La intransigencia de la misoginia nos educa con tolerancia hacia ella. Los estados y gobiernos les acompaña, porque su lentitud antojadiza es una implícita declaración de que solo importamos cuando les significamos un trofeo político.

Ya en el siglo VI a.C. la princesa Lucrecia hundía un cuchillo en su cuerpo tras ser violada por Sextus Tarquinius, hijo del último rey de Roma. La mujer, casada con Collatinus, concluía de esta manera no solo un irreparable daño, sino buscaba resarcir la *vergüenza* de ser acusada de adulterio con un esclavo, como había amenazado el violador, intentando acallarla.

Su suicidio fue considerado una muerte heroica, un homenaje a la *pureza femenina* hasta que en la era Cristiana fue resignificada, atribuyéndole culpa a la víctima porque, según San Agustín, si Lucrecia hubiera sido inocente no se hubiese suicidado, *tal como las trescientas monjas violadas durante el saqueo a Roma que siguieron vivas*.

Mucho saben las iglesias acerca de la destrucción continua de una víctima, pero desde el lado equivocado.

Como en un ritual que viaja ininterrumpido por los tiempos, el violador y su familia fueron exiliados, nada más, facilitándosele así una vida impune e intacta en el privilegio de su monarquía.

Han pasado más de dos mil quinientos años y, transgeneracionalmente, los estados se empeñan en instaurar la paradoja de crear leyes y normas insuficientemente respaldadas, paupérrimamente (frente a la cantidad de urgencias) presupuestadas, pero que exhiben cumplimiento con ciertas promesas. Haciendo caso omiso de las miles de voces que piden auxilio práctico, mientras la comisión de delitos en contra de las mujeres permanece dentro de números casi inamovibles o en aumento.

Al parecer el tiempo sucumbe a la historia, pero no al revés cuando se trata de asuntos nuestros. Hay mujeres que todavía no tienen un lugar donde permanecer a salvo, sino en la muerte.

Pese a la relativa primicia del término que define con exactitud la muerte por acto propio, como resultado de la ferocidad de la violencia machista, el suicidio femicida es una de las pocas instancias en la cual hemos convergido mujeres y hombres como seres autónomamente activos, aunque por motivos diametralmente opuestos: nosotras escapando compungidas mientras ellos, indemnes y soberanos, se abalanzan en captura y sanción de lo *propio*.

Las mujeres han intentado y/o completado suicidio desde que la garra rancia de los violentadores les ha extirpado, paulatinamente, la vida; incluso antes de las defunciones, pero no había nombre para aquello. Aunque, aparentemente, esto no importa: se cuestiona la magnitud de la herida, no hay listas que demuestren, fehacientemente, cuántas madres pierden el alma limpiando tumbas, en vez de usar sus manos acariciando los rostros de sus hijas. Tampoco sabemos cuántas hijas pasean por la orilla de la vida, mordiendo la punta de una almohada, evitando gritar el nombre de la madre ausente, porque han quedado en abandono del único consuelo capaz de suavizar las amarguras quinceañeras.

Han pasado muchos más de dos mil quinientos años de mujeres empujadas al silencio perpetuo y a la invisibilidad. De violencias sin descansos, de protestas sin respuestas.

Los nombres se acumulan en los avisos fúnebres, empujando a las víctimas sobrevivientes a una fosa resbalosa de donde no pueden escapar porque escasamente los sistemas les responden y lo hacen con un pedazo de sogas que arrojan, para que trepen y salgan, sabiendo que el largo es inútil, sino para considerar atarlo a sus cuellos.

Ya sabemos, el tiempo sucumbe a la historia, pero no al revés cuando se trata de asuntos nuestros. Hay mujeres que todavía no tienen un lugar donde llorar sus duelos, sino en la muerte.

En memoria de Amira Godoy Guerrero,
Catalina Zúñiga Melero y para sus madres.

IV FEMINICIDIO CON DESAPARICIÓN

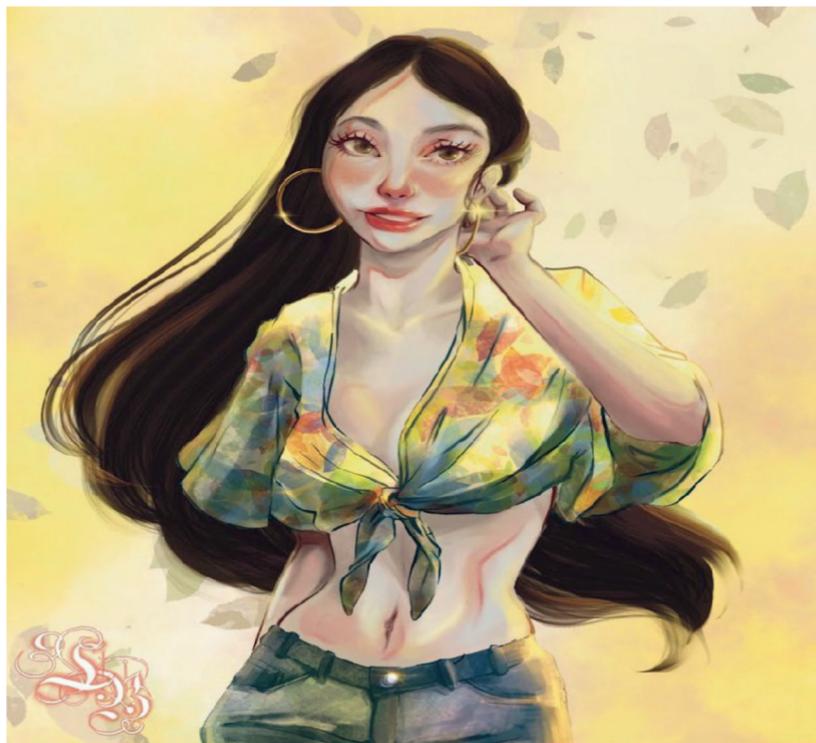
*¿y si las encuentro qué te hago? Diría
mi madre
sabría dónde buscar a mis hermanas,
sabría que ni ellas ni ninguna se irían
sin decir adiós
y sabría que no fue la ropa, no fue el
alcohol,
No era la hora
ni era porque estaban solas. Y sabría
Sabría que el silencio no es opción
así que gritaría a falta de las que nos
faltan.
Y le escupiría en la cara a la
corrupción,
a los policías que nos negocian
y a los políticos que los encubren.
Y sabría.*

Carolina Ramos

1. JAVIERA JIMÉNEZ GALLEGUILLOS

Javiera tenía 23 años cuando fue víctima de femicidio y su cuerpo fue hecho desaparecer el 27 de agosto de 2022, en Antofagasta. El femicida al ser detenido confesó la autoría y el lugar donde enterró el cuerpo de Javiera.

El femicida se encuentra en prisión preventiva, en el CCP Antofagasta.



Ivana Castillo
@nave.estrellada

“Ahora estamos juntas, cuidando a nuestra familia, conectadas con ella, enviándoles amor”.

Llegué a este mundo un día 4 de julio de 1999 en la ciudad de Antofagasta. Aunque mis padres no planificaron mi llegada, hice mi entrada triunfal a sus vidas y desde ese momento, todo fue diferente. Mi madre decía que fui una bebé ¡hermosa! Y yo también lo creo: me convertí en su muñeca, una a la que peinaban, vestían de muchas formas, paseaban y adoraban día y noche.

Fui una niña rodeada de amor y de amistades, bondadosa, estaba pendiente de ayudar a las y los que lo necesitaran. Poco a poco y en los distintos lugares en los que viví, fui desarrollando mi veta artística. Bailé ballet, hice teatro, fui *cheerleader* en los semáforos, tocaba el violín. Amaba bailar...

Aunque disfruté mi época de estudiante, pasé un periodo oscuro en una escuela en la que sufrí *bullying*. Afortunadamente, mi mamá y papá se dieron cuenta y decidieron cambiarme de esa escuela.

Luego de cursar un “dos por uno” para terminar mis estudios, ingresé a la carrera de Técnico en Odontología y cuando terminé, comencé a trabajar. Así fue como cumplí uno de mis sueños y compré mi primer auto.

Si tuviera que definirme, diría que fui una mujer con metas, planificada, amante del trabajo. Lo que quería, lo lograba. Para eso hice de todo: vendí mil cosas distintas, trabajé en

pubs, hice cursos de modelaje y trabajé como *influencer* en redes sociales. Tenía un carácter fuerte, no me gustaban los “no” sin argumentos. Viví intensamente, me gustaba cantar y escuchar la música a todo volumen. Nada me avergonzaba, era una leona con mis hermanos y amaba a mi familia.

Mi intensidad no solo era puesta a prueba con mi familia, sino también con mis amigas y parejas. A los quince años tuve mi primer pololo. Algunos años después, conocí a una pareja y decidimos vivir juntos. Fue un tiempo muy lindo pero finalmente terminamos debido a mis celos. Yo necesitaba ser la única en la vida de los que amaba.

Después de que terminó esa relación, me fui a donde mi abuela y comencé a trabajar mucho para poder vivir sola. Esos eran mis planes, hasta que conocí a Andrés y todo cambió.

Él llegó con cinco amigos a un pub de Antofagasta donde yo estaba trabajando. Uno de los amigos se acercó y me pidió mi número de teléfono porque me encontró muy linda y como yo era muy amistosa, se lo di. Nos juntamos un par de veces y en un carrete, él llegó con Andrés. Me gustó y comenzamos a salir.

Le conté a mi mamá. Hasta ese momento yo solo sabía que Andrés tenía una empresa de transportes y que le pagaba la universidad a su hermana, lo que me parecía muy tierno de su parte. Con el tiempo me di cuenta de que se dedicaba a una cosa diferente de la que me había contado. Preferí ocultárselo a mi mamá para que no se preocupara y además...yo estaba enamorada.

Nos fuimos a vivir juntos. La vida que estaba experimentando era distinta: teníamos un departamento bonito y él me llenaba de regalos, me sentía como una reina.

A Andrés no le gustaba salir ni compartir con los míos, por lo que poco a poco me alejé de mi familia. Ya no iba los fines de semana a la casa de mi mamá. Le daba excusas como que me había quedado dormida...o simplemente, apagaba el celular. También dejé de ir al gimnasio y a la peluquería, que eran mis lugares frecuentes. Mi familia preguntaba qué estaba pasando porque yo siempre les había presentado a todas mis parejas. Entonces... ¿por qué a Andrés no?

Para mis cumpleaños, mi mamá y papá se preparaban y me hacían una fiesta. Ese año me anticipé, llamé a mi mamá y le dije que no quería una fiesta con mucha gente, que quería celebrar solo con ella, mi papá, mi hermano y mi hermana, nadie más. La idea era esperar juntos las doce de la noche en mi casa y agregué que yo los invitaba a comer. Sería la primera vez que mi familia compartiría un momento con Andrés.

Durante la celebración, Andrés se paraba a cada rato de la mesa para contestar el teléfono. Le llamé la atención porque me sentía incómoda. A mi mamá le carga que estemos con el celular en la mesa. Para ella, ese espacio familiar es sagrado. Me cantaron el cumpleaños feliz y yo estaba contenta porque estábamos todos juntos. Hay un video muy lindo que quedó como recuerdo de esa última celebración.

Después de ese día a mi madre se le activó una alerta. Sospechaba de Andrés y constantemente me hacía preguntas:

¿en qué trabajaba? ¿por qué no tenía redes sociales? ¿por qué me regalaba cosas tan caras? Un día me dijo “*Javiera, él no me gusta para ti*”. Me molesté con ella. Siempre tenía una excusa para que no le gustaran mis pololos, aunque con Andrés yo sabía que tenía algo de razón.

El 26 de agosto de 2022 me junté con mi mamá para compartir solas, tal como lo hacíamos antes. Le compramos un regalo a mi ahijada, unas lindas zapatillas a mi hermana y mi mamá me regaló unas cremas para la cara. Fuimos a comer y pasamos un día genial. En varias ocasiones me habló de Andrés y de lo que no le gustaba de él. Caminamos del mall a la peluquería y en ese trayecto decidí que en la noche iría a dormir a la casa de una amiga. Había terminado mi relación con Andrés, pero no quería que mi mamá supiera todavía. Prefería contárselo antes a mi amiga. Me despedí de mi mamá y me fui de la peluquería. No sabía que esa era la última vez que estaríamos juntas.

A las 23:55 hablamos por última vez. Mi mamá me llamó para saber si había probado las cremas que me había regalado. Le contesté que aún no pero que lo haría al acostarme.

Esa noche, con mi amiga conversamos hasta que nos quedamos dormidas. Le conté todo lo que había pasado con Andrés, que ya no quería estar con él, que estaba desilusionada y que definitivamente me iría del departamento. A las 02:00 de la madrugada golpearon la puerta de la casa y me llamaron para decirme que Andrés me buscaba. Sentí vergüenza y le reproché por llegar a esa hora. Él dijo que venía a buscarme porque el Luky, nuestro perro, estaba perdido. Me subí a la

camioneta y me fui con Andrés. “*Voy y vuelvo*”, le dije a mi amiga. No sabía que jamás volvería.

Llegamos a la casa. Efectivamente, el Luky no estaba y volvimos a subirnos a la camioneta para ir a buscarlo. Entonces Andrés tomó rumbo a Calama. Entre Antofagasta y Mejillones, en el desierto y dentro de la camioneta, me disparó dándome muerte. Luego cavó un profundo agujero y en esa obscuridad enterró mi cuerpo.

Al día siguiente, mi madre se contactó con mi amiga, que le contó que Andrés había ido a buscarme a su casa y que no sabía nada de mí. Ese día empezó la búsqueda.

Mi auto y mi perrito aparecieron en Calama. Mi madre buscó a Andrés para pedirle explicaciones acerca de mi paradero. Él dijo que tenían que buscarme pero que él ya no quería seguir la relación conmigo, que yo era obsesiva y lo enloquecía. Le dijo a mi madre que yo me había llevado mucho dinero que era de él, le señaló que tal vez me había ido con una amiga o de viaje. Mi madre, en todo momento, dudó de cada una de las palabras de Andrés. Ella me conocía muy bien y sabía que lo que él indicaba no era cierto.

Esa noche, Andrés le envió un mensaje a mi madre desde mi celular, haciéndose pasar por mí. El mensaje decía que no se preocupara, que yo estaba bien pero que había tenido que huir del país porque había matado a un hombre, lo había atropellado y Andrés había enterrado el cuerpo para ayudarme. Mi madre respondió los mensajes, pero por la forma de la escritura se dio cuenta de que quien hablaba no era yo realmente... era

Andrés, usando mi celular. Mi familia tomó los mensajes y los llevaron a la PDI. Gracias a esta prueba, la policía lo tomó detenido, aunque quedó en libertad con arraigo. Días después se dio a la fuga.

Durante un año y medio mi madre me buscó incansablemente en el desierto. Armaba cuadrillas y removían esa tierra amarilla bajo un sol quemante. Buscaban con la ilusión de encontrar mi cuerpo, una prenda de ropa, algún indicio que confirmara la hipótesis de que Andrés me había dado muerte. Mi madre intuía lo que pasó. ¿Sexto sentido? ¿Amor de madre? Llámenlo como quieran. Ella conoció cada escena de lo ocurrido y nunca dejó de buscarme.

Por su parte, Andrés seguía prófugo. El negocio en el que estaba involucrado era el del robo de cobre. Yo lo sabía, pero no quise contárselo a mi familia porque significaría un “no” rotundo a mi relación. Los socios de Andrés lo ayudaron a esconderse, su círculo lo protegió, su familia mantuvo comunicación con él. Estaba en Bolivia, según lo que reportaba la Fiscalía y la PDI.

El 31 de diciembre del 2023 mi mamá hizo la promesa de que me iba a encontrar a mí y a Andrés. Y lo cumplió.

En enero del 2024, Andrés fue detenido en Bolivia y el 5 de enero fue extraditado a Chile. Confesó mi femicidio y entregó las coordenadas del lugar en el que me había enterrado. El 12 de enero encontraron mi cuerpo en la misma área donde tantas veces se organizó mi búsqueda. Pese al dolor que sienten todas y todos quienes me aman, un capítulo de esta historia se cerró.

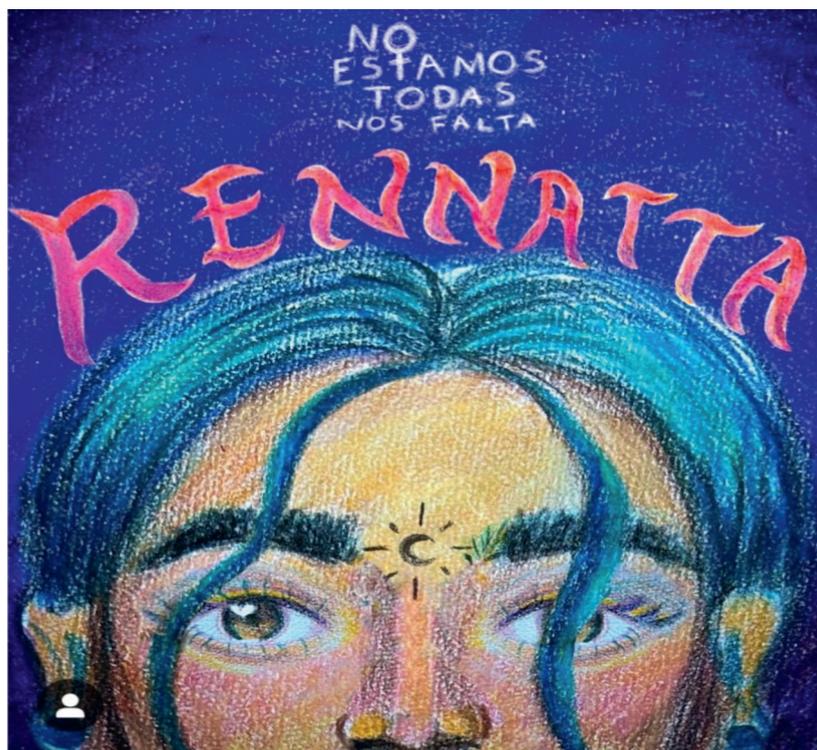
Extraño a mi mamita, a mis papás y a mis hermanos, a mis perritos y a mis amigas. El 21 de julio falleció mi mamá Gladys. Ahora estamos juntas, cuidando a nuestra familia, conectadas con ella, enviándoles amor.

Yo tenía veintitrés años, toda una vida por delante. Era una mujer con sueños, con metas. Andrés me arrebató lo más preciado: la vida. Bastaron seis meses para que se sintiera mi dueño y me matara fría y cruelmente, pensando que nadie más que él podría estar a mi lado.

2. RENNATTA ROZAS SÁEZ

Rennatta tenía 20 años cuando fue víctima de femicidio y su cuerpo fue hecho desaparecer el 7 de mayo de 2023, en Concepción. El femicida se encuentra en prisión preventiva, en el CP Biobío.

Apareció gracias a una intensa lluvia que permitió que una parte del cerro se desprendiera, apareciendo en medio del derrumbe el cuerpo de Rennatta el 26 de mayo del 2024. A la fecha su cuerpo se encuentra en el Servicio Médico Legal sin ser entregado a su familia.



Gabriela
@noestamostodas

“La justicia social es la que nosotras hacemos en la calle, con la gente”.

Soy Rennatta. Crecí en una casa llena de niñas y niños siempre juntos jugando conmigo porque yo era la prima más chica: la guagua. Nos criamos todas las primas juntas. La Paulette, la Cynthia, la Daniela, la Josefa y podría continuar. Mi mamá, es enfermera, así que, por sus turnos complicados, todos, hasta mi hermano, nos criamos ahí en el almacén de mi abuelita. Somos del sector de Penco, de Cerro Verde, Concepción.

Era la regalona: cantaba, tocaba la guitarra, una niña alegre, chispeante. Me gustaba bailar, me gusta cantar, andar dando vueltas en mi Tico-Tico, ahí en el negocio. Los Tico-Tico son esos autitos que se impulsan con las patitas no más y se deslizaban. Me gustaba ir a la playa, era buena para meterme al agua y nadar. Tuvimos una infancia entretenida, jugando, aprendiendo; crecimos ahí, en un ambiente lindo de primos y primas compartiendo y estudiando. Ese tipo de crianza.

De chica fui ¡Picúa! Era muy guapa la niña, y chistosa. No solo de chica: siempre picúa, divertida, alegre... Inteligente. Muy inteligente, buena para aprender, estudiar mil cosas y, en general, tenía hartas capacidades, creo yo. Me gustaba mucho el inglés. Y hasta el próximo año iba a entrar al Preu, para ver si podía estudiar Traducción, porque tenía harta cabeza para el estudio. En el colegio me iba superbién, era rápida para aprender. Andaba buscando qué era lo que quería hacer de mi vida. Y mientras tanto, quería hacer malabares. Sí: el Arte de hacer Malabares.

Mi prima Josefa me enseñó. Yo todavía no quería estudiar. No quería nada, no me gustaba ningún tipo de trabajo. Estaba un poco deprimida y me dijo “*te enseño*”. Y aprendí a hacer malabares con banderas, paños, cadenas de fuego. Eso me gustó, me daba alegría, me apasionaba. Me enseñó para que saliera un poco de esa... de esa pena... que ella sabía que yo tenía. Porque en mi vida hubo hartoo abuso. Se podría decir que tenía una depresión eterna. La verdad es que se me hacía difícil la vida. Por eso mi prima se vino a vivir conmigo a Conce.

Josefa vivía en Santiago. Cinco años llevaba acá en Concepción. En la casa vivíamos ella, yo, su hija Venus y su mamá –mi tía– y nuestros gatos. Siete gatos. Éramos super unidas, siempre tirando para arriba.

Mi mamá vivía, en otra casa con mis hermanos más chicos. Mi papá... no sé, no teníamos buena relación. Me importaba más mantener una buena relación con mi mamá, y lo intentaba, a pesar de las diferencias. Ella era religiosa. Quería “*encuadrarme*”, pero es ridículo, pienso yo, en la maternidad o paternidad, querer encuadrar a una persona. No se puede pedir eso: cuando se es adolescente, una está recién buscando quién es, por eso rechazo eso de querer limitar a un ser humano. Las personas jóvenes tenemos la libertad de experimentar el mundo.

Yo quería viajar. Quería irme de Chile, no me gustaba este país. Por eso estudiaba inglés: Quería viajar para donde fuese, ¡*pa'* todas partes!

Yo Rennatta Rozas Sáez, de 20 años, me despido de mi tía y salgo de mi casa el 6 de mayo del 2023, como a las 1:30 pm, a juntarme con una persona. Uso un pantalón negro, tomo la micro en dirección a La Huasca. En la plaza toco el timbre, se sube este sujeto. Voy en dirección al Mirador, ahí donde está La Huasca. Me bajo en el paradero, y ahí se pierde mi rastro. Investigan a esa persona. Dice que solamente le compré un pito de marihuana. Y como, obviamente, es mal visto vender marihuana en este país, ¿qué hacen la policía y la PDI? Se enfocan solo en la marihuana: que quién es el que le proveyó la marihuana a Rennatta, que las drogas y las drogas... y nunca se dedicaron a buscar a Rennatta Rozas Sáez.

El tipo que me mató está identificado, se sabe quién es. A mi prima Josefa la han amenazado mucho para que no diga el nombre, que no lo “fune” ni nada, porque se puede matar. Ya no sabe qué hacer. Este tipo es el último sospechoso.

Torturaron a un amigo, que era el que me pasaba la marihuana... pero es un cabro no más. Es un cabro que es de aquí, amigo mío. Lo agarraron y lo torturaron los de la PDI; lo hicieron cagar, él mismo se lo contó a mi prima: la fue a ver y le mostró los moretones..., le contó que los PDI le decían mientras lo golpeaban: “*ya, pero tiene que caer alguien, tiene que caer alguien*”. *¡Pero me estoy hueviando!* –le decía mi prima, porque una se imagina ¿qué pasa? –¿Por qué torturan a un pobre cabro de la esquina para que les diga quiénes son los proveedores de la marihuana? ¡¿Por qué no van a torturar al hueón que estuvo conmigo?! O sea... ¡No entiendo! ¡Háganle algo a él para que confiese! ¡Si él fue la última persona que me vio! ¡Me vio! Él, no mi amigo.

Dicen que mi asesino tiene un trastorno psiquiátrico. En todas sus declaraciones ha hablado puras maravillas, que es como intachable. Dicen cosas como que “*tiene una guagüita recién nacida*” y todo tipo de declaraciones para hacer creer que no se ha mandado ni una cagá. Tiene muy bien preparadas sus respuestas. Tiene un perfil extraño. ¡Agárrenlo a él, péguenle para que diga algo! Pero claro: ¡a mi amigo, clandestinamente sí que se lo hicieron, *poh!* ¡Eso es lo que molesta!

Yo hacía malabares en la calle. Hacía malabares en las discotecas y participaba en eventos de fuego. Ahí, igual hay hombres que están tan cagados de la cabeza y yo era una joven mujer, inteligente, talentosa, simpática y hermosa. La gente en Penco dice tantas cosas, la verdad. Tengo amigas que viven igual en La Huasca, donde me vieron por última vez, y cuando han visto a este tipo, les produce miedo.

De mí realmente se han imaginado y dicho muchas cosas. ¡Miles de cosas! Sobre todo, los primeros tiempos, que estaba desaparecida. A mi prima le llegaba información de todas partes, tiene todas esas cosas escritas. Me gustaría que en algún momento la PDI le pase los antecedentes y ella pueda decir: ¿pero investigaron esto? ¿Y esto y esto otro? Tiene fotografías, porque estaba su número en los carteles de mi búsqueda. Entonces le llegó información de todas partes. Y ¿cuál es la verdadera y cuál es la falsa?

Estuve 16 días desaparecida, no tienen una data de muerte exacta. No se encontró todo; se encontraron calcetines, las trenzas, el polerón, y un sostén. Y ¿dónde están el pantalón, la polera, el calzón, la mochila, el celular?

Es súper complicado porque no se recibe ningún tipo de ayuda formal, no hay nadie que te guíe cuando alguien desaparece. No hay protocolos de búsqueda, esa es la verdad. No existen. El Fiscal dio a la PDI la orden de búsqueda dos días después de la denuncia por presunta desgracia. Me buscaron hablando con la gente, dando vueltas paseando, así como en una actitud de relajajo... muy relajados.

Se percibe la discriminación, porque claro, con la desesperación, mi prima y amigas cuentan que soy malabarista, entonces al tiro sacan conclusiones: “Aah, debe andar hueviando”. Nosotras las jóvenes siempre salimos “a huevear” y no por eso nos van a matar. Son sus gestos y acciones de indolencia. ¿Alguien cree que a mi prima y a mis amigas las llamaron para testificar? ¡Ella fue y las llevó a la PDI a testificar!, porque cualquier cosa puede ser importante. Fueron con todos los datos que tenían y dieron sus declaraciones de manera voluntaria, no porque las llamaran para consultarles algo.

Y seguían pasando los días. Hubo una búsqueda como el día once. Hay unas grabaciones, parece: en una están en la búsqueda y llegan los perros. También había drones... ¡Y los PDI suben y dan la vuelta al cerro y **no encuentran nada!** En otra grabación, llegan bomberos y empiezan a sacar árboles para abrir senderos... **y no encuentran nada.** Y así siguen pasando los días, los días, los días, hasta que –supuestamente– “me caigo”. Mi cuerpo cae en un barranco del cerro, en el mismo lugar en que ellos dicen haberme buscado.

Según la PDI, se dan cuenta porque una señora ve que cae una bolsa. “*¡Hay una bolsa, hay una bolsa...!*” gritaba. Pero

ahí había algo extraño, porque yo no estaba metida en bolsas, pero la gente igual especula. ¿Cómo yo caigo ahí? ¿Y ellos, justo, andaban dando vuelta? En sus declaraciones decían que ellos justo, justo, pasaron por allí donde me encontraron. ¡Si hubiesen querido encontrarme, me encuentran arriba del cerro, *poh!* Si usted va a buscar al cerro, recorre bien el cerro, día y noche buscando... el que busca, encuentra. Así se hace una búsqueda. Pero a ellos no les importa. Las desapariciones y muertes de las mujeres no importan. Tienen armas y gente, pueden reventar casas de sospechosos e interrogarlos, no sé... ¿por qué no las ocupan para eso?

Me encontraron el 25 de mayo de 2023, por la ruta 150, en Lirquén, camino a la comuna de Tomé en la Región del Biobío. Mi mamá dijo que la llamaron para que mejor se quedara en la casa y que esperara la prueba de ADN. Pero mi prima Josefa no se quedó tranquila, “*ya, yo voy a ir. Yo voy*”, le dijo a mi tía. Llegó a la ruta 150, donde había caído una parte de mi cuerpo y dijo: “*yo vengo a reconocer si es mi prima o no...*”, y ellos le dicen que “*no puede estar aquí, no puede estar aquí...*”, y ella “*¿por qué no puedo? Yo vengo a reconocerla, es mi prima, conozco todo de ella, sus tatuajes...*”. Me reconoció, justamente por un tatuaje que tenía, pero le dijeron que no podía hablar... tenía que quedarse callada, hasta que saliera el ADN. Estaba desesperada, no podía decir nada ni dar señales, porque estaba como siempre lleno de prensa esperando declaraciones morbosas, como pasa en estos crímenes horribles de mujeres que se hacen públicos y los abordan de manera violenta, sexista y misógina.

Es irreal hablar o imaginar esta tortura a la que someten a las mujeres y sus familias. Por eso cuando nos matan, buscamos

una justicia social, porque una justicia real, no hay. La justicia social es la que nosotras hacemos en la calle, con la gente. Por eso mismo, con los libros, la expresión artística, la convocatoria, los actos culturales, ir a marchar, estar en la calle y en los conversatorios, todo ese apañe entre comunidad, entre gente, es como lo que, entre comillas, nos podría sanar un poco. Ni siquiera sanar. Es como seguir adelante; porque el dolor no se sana nunca.

Esta hueá es un horror. Esto es un horror de verdad. Como dice mi prima, el horror que no le importa a nadie. Tiempo después pasó lo de otra mujer, Camila Becerra, de 50 años, quien fue hallada sin vida al interior de su vivienda incendiada. Fue asesinada, violada y calcinada por un grupo de individuos en la comuna de San Pedro, en Concepción. Y tú dices: *bueno, ¿hasta cuándo?, ¿hasta cuándo nos van a matar de la manera más despiadada? ¿Y nuestras vidas? ¡¡No les importan!!*

Mi prima Josefa de alguna manera sacó fuerzas, empezó inmediatamente a hacer presión en la calle. La abogada de mi mamá es del SERNAM. Dice que “*hay que esperar, hay que esperar...*”. Todos te dicen que hay que esperar. Con sus protocolos. “*Esto se demora, hay que esperar*”. ¡Uno es pobre! ¡Es pobre! No tiene plata para pagarles a los abogados, no tiene plata para estar ahí, presionando a alguien para que trabajen. Así de simple. Porque si hubiese sido una cabra con plata, seguramente me buscan antes y de mejor forma.

A mi prima la han apañado igual harto. Ha tenido harto apañe de cabras. Sobre todo, de mujeres. Puras mujeres ahí, apoyándose, armando las redes de Penco, las cabras de la

Furia Organizada, Red de Penco que es una red increíble, la verdad. Movié hartu, empezaron a publicar INSTRAGRAM RENNATTA para encontrarme y ahora, para exigir justicia. Moviendo el cielo y la tierra por mí y por todas. Ha hablado con la mamá de la Dorito, incluso la miran y le dicen: “*si te parecí. Es que ella es punky, igual que la Dorito*”. Igual es como victimizante... como a todas esas personas, parecidas o no, les puede pasar lo mismo que a mí, a Dorito o a Camila. Y es desgarrador ver como nuestras familias nos van a seguir llorando. Llorar y tirar *pa'* arriba.

Todavía las pericias no están en un cien por ciento. Dan la sensación de que no tienen nada. Vamos a tener que seguir saliendo a la calle, vamos a tener que unir fuerzas, porque si no, lo ven como una historia más, un caso más, una noticia más. No lo ven, quizás, como lo veo yo. Yo soy una persona amada y querida por su familia y amigas. O sea... ¿cómo no te va a conmover una joven brutalmente asesinada? Un motivo más que suficiente para salir a las calles a quemarlo todo.

A veces parece que la gente solo espera el morbo de la noticia de cómo murió y le echan la culpa a una, fácilmente. ¿Por qué la gente pregunta hueás? No pregunten hueás. Mejor vayan y hagan algo para que las cosas cambien. Quienes luchan por justicia tienen que armarse de una paciencia increíble para no empezar a agarrar a chuchás a la gente, a jueces y fiscales, y a la prensa que pregunta como si nada: “¿Cómo estás?” ¡Cómo van a estar! Mal, por supuesto. Mejor pregunten: ¿necesitas que te ayude en algo? Sí, *poh*: Luchar por justicia, porque no se puede sola. Nos necesitamos. Vayan, vayan a las convocatorias de las marchas, a los conversatorios si quieren

saber algo más. Pero, si no se publicó, es porque no lo saben o no pueden decirlo.

El Servicio Médico Legal aún no me ha entregado, pero ya no estoy en ese cuerpo. Ya trascendí. A mi prima se le han acercado personas y le han dicho cosas que sienten que soy yo dando señales, de que ahora estoy bien y me siento libre. Teniendo la libertad que quería. De alguna manera no me gustaba mucho ese mundo; lamentablemente me tocó vivir demasiadas cosas malas y no merecía morir de esta forma tan cruel. Era una buena persona, muy querida. Mis amigas están super tristes. Mi prima ha tenido que sostener a mis amigas cercanas. Y ha sido difícil. Mis amigas me amaban; yo amaba a mis amigas. Era una buena amiga, una buena prima, una buena compañera, una buena hija. Una buena mujer.

REFLEXIÓN SOBRE DESAPARICIÓN FORZADA DE MUJERES Y NIÑAS: UN DESAFÍO URGENTE

Coordinadora Ni Una Menos Chile

El Informe de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación (Informe Rettig) registra 957 personas detenidas desaparecidas durante la dictadura civil-militar. 64 de esas personas fueron mujeres entre los 8 meses y los 65 años. 10 de ellas estaban embarazadas al momento de lo que nosotras preferimos llamar su SECUESTRO y su posterior DESAPARICIÓN FORZADA. Porque hablar de detenciones es otorgar legitimidad al régimen dictatorial y hablar de desapariciones es dejar abierta la idea de que pudieran haber desaparecido voluntariamente.

La más pequeña, Claudia Victoria Poblete Hlaczik, de 8 meses, fue hecha desaparecer junto a sus padres en 1977, y la mayor, María Julieta Ramírez, de 65 años fue secuestrada y hecha desaparecer cuando visitaba a su hija recluida en el centro de detención Tres Álamos en 1974.

Lamentablemente, en tiempos de democracia a las niñas y mujeres que habitamos Chile se nos sigue haciendo desaparecer.

Entre 1998 y 2001, la comunidad de Alto Hospicio debió afrontar no sólo la pérdida de 14 niñas y jóvenes mujeres que fueron “desapareciendo”, sino también la discriminación por su condición de pobreza y la desidia del Estado.

Empezando por el Subsecretario del Interior de la época, el demócratacristiano Jorge Burgos, quien afirmó que la desaparición de las jóvenes obedecía a razones de violencia intrafamiliar, promiscuidad y extrema pobreza que las llevaron a hacer abandono de sus hogares¹. Mientras los agentes de administración de justicia y de fuerzas de orden, con su negligencia, negaron sostenidamente la justicia y la dignidad que las jóvenes víctimas de SECUESTRO, VIOLACIÓN, FEMICIDIO y DESAPARICIÓN FORZADA, y sus familias, debieron recibir y que no obtuvieron, porque la condena dada al criminal fue tan injusta que durante este año (2024) podría salir en libertad.

La historia volvió a repetirse en 2019 en Copiapó. Afortunadamente, las víctimas fueron menos en cantidad (aunque el dolor y la frustración tienen igual magnitud independientemente del número) y los agentes de administración de justicia actuaron de forma más acorde a sus responsabilidades, ya que el depredador en cuestión recibió 3 condenas perpetuas efectivas consecutivas.

Una investigación de El Mostrador registra más de 3 mil casos de desaparición forzada de mujeres y niñas sin resolver entre los años 2020 y 2023. Cifra que nos hace vislumbrar un continuo de violencia que no presenta indicios de detenerse y, por el contrario, pareciera tender a acrecentarse sobre todo en territorios donde entra el crimen organizado que suele

¹<https://www.theclinic.cl/2014/02/27/el-dia-que-jorge-burgos-descarto-que-los-crimenes-de-alto-hospicio-se-debian-a-asesinatos-y-violaciones/>

involucrar la trata de personas, preferentemente de mujeres y niñas con fines de explotación sexual².

Tanto en tiempos de dictadura como de democracia, mujeres y niñas han experimentado la retención contra su voluntad (secuestro) y el avasallamiento de sus cuerpos por diversas acciones violentas (generalmente, de connotación sexual como medio de dominación); a las que sigue el asesinato y la DESAPARICIÓN FORZADA, con el fin de impedir que sus cuerpos puedan denunciar la barbarie a la que fueron sometidas.

Como Ni Una Menos Chile nos aproximamos a esta problemática cuando llegó hasta nosotras la compañera Nancy Cortez, mamá de Paola Alvarado Cortez, víctima de femicidio y de DESAPARICIÓN FORZADA. Acompañar en varias instancias a Nancy, quien es hoy parte de nuestro equipo coordinador, nos mostró que si hay una violencia más horrorosa que un femicidio es la DESAPARICIÓN FORZADA de una víctima de femicidio. Al horror de perder a una integrante de la familia en manos de un violento femicida, se agrega el dolor de no poder dar una última despedida, ni tener un lugar que visitar para honrar su memoria. Y más si se agrega a todo esto la incertidumbre de la muerte de la niña o mujer hecha desaparecer, la que deja detenidas las vidas de quienes le sobreviven.

²<https://www.elmostrador.cl/braga/2023/07/21/mas-de-32-mil-denuncias-por-desaparicion-de-ninas-y-mujeres-se-registran-en-chile-entre-2020-y-2023/>

Así las familias, y en especial las mujeres de ellas, se transforman en eternas buscadoras con la esperanza de conseguir, algún día, paz para las que hicieron desaparecer y para ellas mismas.

Lamentablemente, conseguir esa paz pasa también por aristas legales. Cuando una mujer o niña es hecha desaparecer, su situación legal queda suspendida en un “limbo”: ni en estado de muerte ni de vida.

Esto impacta negativamente las vidas de sus familiares, en especial huérfanos y huérfanas, quienes no pueden acceder a los bienes que esa mujer hecha desaparecer haya tenido. Y los trámites para regularizar la situación requieren de la intervención de un abogado o abogada, lo que significa recursos con los que no siempre se cuenta.

Aún más compleja es la obtención de una justicia reparadora a la que debieran tener acceso tanto víctimas directas como sus familias³. Y aunque hay hechos que no tienen forma de ser reparados, como lo hacía notar la nieta de una detenida desaparecida en dictadura, nuestra compañera Nancy Cortez, así como otras familias de niñas y mujeres hechas desaparecer, y también quienes somos activistas contra la violencia hacia las mujeres, pensamos que la justicia penal debiera tipificar la **DESAPARICIÓN FORZADA** de niñas y mujeres a causa de su género en manos de particulares como un delito que agrave, en forma ejemplar, la pena de quienes habiendo sido

³<https://www.eldesconcerto.cl/nacional/2018/07/29/alto-hospicio-las-heridas-que-no-cierran.html>

condenados por el femicidio de una mujer o niña, se nieguen a entregar sus cuerpos; esto como una forma de proveer de un mínimo de tranquilidad.

Porque, si bien existe en nuestra legislación una disposición en torno a las desapariciones forzadas ocurridas en Dictadura, los actuales agentes administradores de justicia se niegan a aplicarla en tiempos de democracia, como si la DESAPARICIÓN FORZADA sólo fuera un crimen contra los Derechos Humanos en tiempos en que se ha vulnerado el Estado de Derecho (como dictaduras o guerras) y no en todo tiempo y lugar, como lo han entendido países como México y Perú, que cuentan con una legislación al respecto.

Ya estamos recurriendo a Cortes Internacionales para que obliguen al Estado chileno a aplicar la legislación existente. Pero eso puede tardar 10 años o más, y ni las víctimas ni las activistas estamos dispuestas a esperar tanto porque “la justicia que tarda, deja de ser justicia”.

Por todo esto y por mucho más, es que hemos decidido propiciar el reconocimiento legal de un DÍA NACIONAL CONTRA LA DESAPARICIÓN FORZADA DE NIÑAS, ADOLESCENTES Y MUJERES, EN MANOS DE PARTICULARES Y EN CONTEXTO DE DEMOCRACIA. Esto, siguiendo la ruta de visibilización y sensibilización social que nos enseñaron nuestras compañeras de la Coordinadora 19 de Diciembre al lograr el reconocimiento legal del DÍA NACIONAL CONTRA EL FEMICIDIO.

Esperamos que con esto nuestra sociedad logre “VER” esta forma de violencia que nos afecta, con ciertas características específicas que da el hecho de ser mujeres, y esté dispuesta a realizar acciones que nos protejan hoy y mañana.

A las que estamos levantando esta voz de ALERTA FEMINISTA, una voz inquieta que ya alzamos en una reunión de diversas organizaciones latinoamericanas. Una alerta que fue reafirmada con la experiencia compartida por compañeras de diversos territorios de Latinoamérica, no nos gustaría que en poco tiempo más quienes estén administrando el Estado chileno dijeran: “no lo vimos venir”.

EPÍLOGO

Gitte Cullmann y Angela Erpel Jara
Fundación Heinrich Böll, Santiago de Chile

La violencia estructural es complicidad patriarcal

Las historias que acabamos de leer brindan un testimonio doloroso pero necesario sobre la realidad de la violencia de género. Este epílogo busca reflexionar sobre los contextos más amplios que sustentan estas atrocidades y cómo podemos luchar contra ellos de manera efectiva.

Cada una de las historias que aparecen en este libro, hablan sobre algo tan personal e íntimo como la violencia de género, pero bien sabemos las feministas que eso tan personal, se extrapola a un contexto social y cultural donde se circunscribe, y que es la base de la violencia estructural que hace, finalmente, que la violencia se perpetúe de manera sorda en todo ámbito.

Nunca es motivo de felicidad contabilizar casos de violencia, sin embargo, la mayor precisión de los datos en esta materia han sido un avance en esta tan compleja lucha, y en eso, hoy más que nunca, tanto desde las organizaciones sociales, como desde las instituciones, ha sido necesario aunar criterios y esfuerzos para sacar a la luz la cruda realidad que están viviendo las mujeres. Y esto cobra una relevancia mucho mayor si vemos en el horizonte una amenaza que avanza a pasos de gigante: la arremetida de los fundamentalismos, la desafección por la democracia y el ataque directo a las

demandas feministas que tanto ha costado levantar. Las ideas de ultraderecha atacan frontalmente la lucha feminista y desprotegen fuertemente a las mujeres del peligro femicida.

Estos movimientos anti democráticos a los que nos referimos, actúan en contra del colectivismo, son anti-género, anti-ambientalistas y, en realidad, una fuerza contraria a la libertad genuina, pese a que usan dicha palabra como su gran estandarte. El capitalismo promueve la competencia y el individualismo, minando la solidaridad y las luchas colectivas que son esenciales para combatir la violencia de género.

Por esto es imperativo defender el cambio civilizatorio propuesto por las feministas, un cambio que no solo critique, sino que se distancie del capitalismo patriarcal. Propuestas como la reducción del Estado bajo un disfraz de libertad económica se revelan como una trampa de la ultraderecha, que ha ganado considerable terreno. Hablan del feminismo como “un supremacismo”, buscan destruir lo avanzado en equidad de género bajo el argumento de que “las mujeres no son inferiores sino iguales, por tanto, no merecen un trato privilegiado”. Esto es menos inocuo de lo que parece y en última instancia, entrega argumentos para justificar el asesinato de una mujer como si fuera algo circunstancial donde su género es solo una casualidad. Y esto sabemos que no es así.

No podemos ignorar la emergencia de colectivos de hombres que, bajo la bandera de sus derechos, se oponen a pagar pensión alimenticia para sus hijos o la impunidad de figuras políticas y públicas que han demostrado ser agresores de

mujeres. Tampoco podemos obviar el hecho de que cualquier denuncia de violencia, acoso u hostigamiento, pueda ser desestimada por “denuncia falsa” apelando a una suerte de hipersensibilidad exagerada “propia de las izquierdas”, según sus discursos. Esta impunidad fortalece a los fundamentalismos patriarcales, un enemigo que debemos enfrentar con toda nuestra capacidad, sin subestimarlos, del mismo modo en que actualmente se está atacando al feminismo: sin subestimarlos, ejecutando un plan meticuloso y peligroso.

Como dijera la feminista argentina Luciana Peker a propósito de la cumbre de Vox en España: “la única fuerza masiva, democrática y global que puede contrarrestar el capitalismo violento, misógino y autoritario es la construcción feminista”. Su propuesta de poner la prioridad del cuidado por encima del egoísmo y de la construcción colectiva sobre el individualismo resuena de manera poderosa tanto en Europa como en América Latina. El feminismo genera lazos y transforma realidades, impulsando las pasiones, debates y energías que la política tradicional ha dejado de movilizar hace mucho.

Enfrentamos un desafío monumental. Sin embargo, las historias de resistencia y lucha de las mujeres, como las que se han compartido en este libro, nos dan las claves para continuar. Es a través de la colaboración, el entendimiento mutuo y la acción colectiva que podremos crear un futuro donde la violencia de género no tenga cabida. Juntas, no solo debemos resistir sino también construir ese mundo nuevo. La construcción feminista no es solo una teoría; es una práctica diaria de transformación y esperanza radical.

Fomentemos este cambio civilizatorio, reconociendo que nuestros lazos y nuestra capacidad de cuidar y organizarnos son las herramientas más potentes que tenemos. Solo así podremos expulsar la sombra de los fundamentalismos y cualquier fuerza que se oponga a la dignidad y libertad de las mujeres.

Este es nuestro llamado a la acción, para que nunca más el odio femicida arrebathe la vida de mujeres y niñas.



AGRADECIMIENTOS

A las familias, de cuyas palabras y sentimientos, está hecho este texto. Para ellas nuestra profunda admiración y cariño.

A nuestras queridas compañeras y hermanas Ser&Gráficas que nos revuelven el corazón con su fuerza.

A las queridas e incombustibles compañeras y hermanas de Ni Una Menos Chile, que están siempre cerca para tomarnos de las manos y seguir adelante.

A las escritoras, Gabriela, Ana María, Leticia, Paola, Marcela, Miranda y Pía, que nos apoyaron dando forma a los testimonios enredados en el dolor y la fuerza.

A No Estamos Todas (México), organización amiga, con la que venimos hace un rato, mirando la muerte a la cara.

A Gabriela Rochín Navarro, escritora, activista y compañera mexicana con quien tuvimos la fortuna de coincidir.

A Mónica Maureira, por estar Siempre.

A “La Cuchara Feminista”, con quien nos hemos encontrado en este camino.

A las ilustradoras @lv.styleart, @varda.aurora, @kikiylabocatequedadondemismo, @cata._guerrero, @gaune_x, @unagata.grafika, @frinealejo, @daconte_villar, @valentina_ilustra @dosagapantos, @pawlanopaola@nave.estrellada, @_light.baby, @cony_carolinadf, a Gabriela de @No estamos todas, por dar tanta vida a estas historias llenas de despedidas.

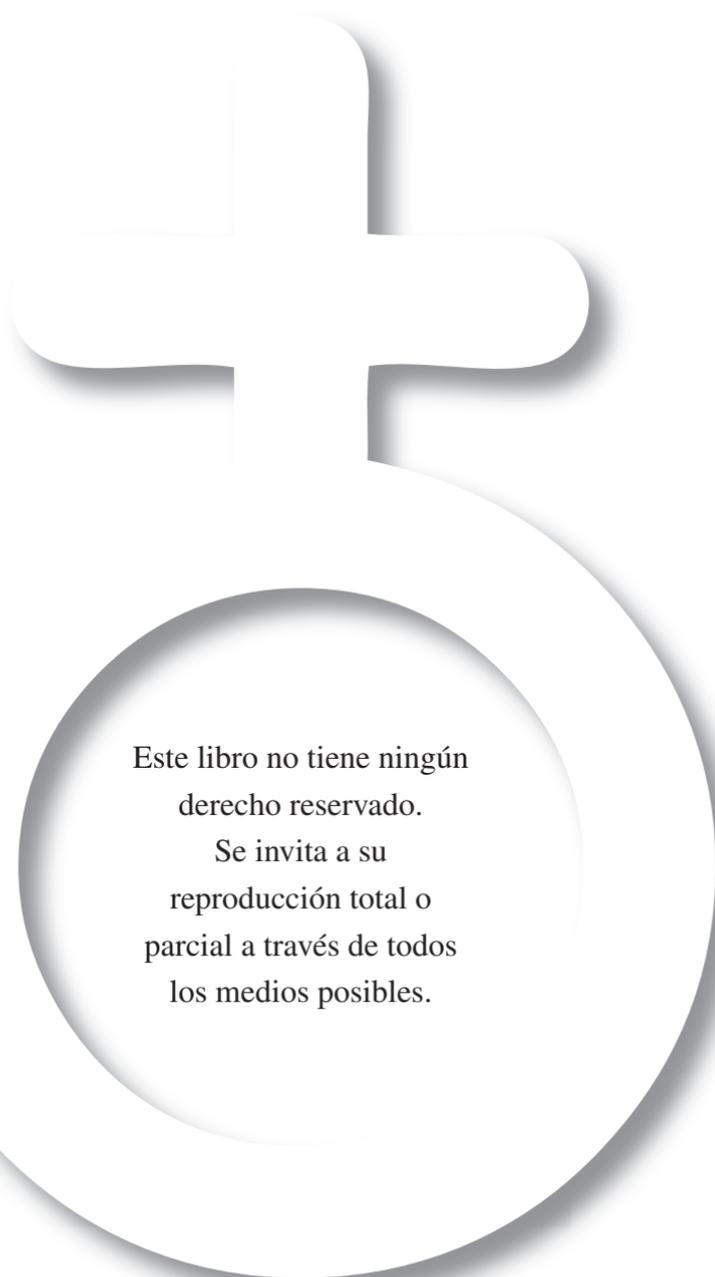
A la Fundación Heinrich Böll, que apostó por este ejercicio de memoria.

*“Solo se mueren las que nunca pudieron hacer a otros
imaginar la eternidad. Ella seguirá moviéndose,
como una diosa de agua, en los recuerdos de quienes
la vimos bailar alguna vez”.*

Ángeles Mastretta



Coordinadora 19 de Diciembre



Este libro no tiene ningún
derecho reservado.

Se invita a su
reproducción total o
parcial a través de todos
los medios posibles.



**NO
ESTAMOS
TODAS**